



Un marido para Olivia
Concepción Marín Albesa

UN MARIDO PARA OLIVIA

CONCEPCIÓN MARÍN ALBESA

Olivia lanzó la invitación sobre el asiento con gesto rabioso.

—Es el protocolo —se lamentó su amiga Francis.

—¡Y una injusticia! Creí que tras esta maldita guerra las cosas iban a cambiar, pero siguen como siempre. ¿De qué han servido tantas muertes y sufrimiento? ¡Absolutamente de nada!

—Por lo menos, tu tío intentó compensarte. Te dejó una magnífica casa y casi la totalidad de su fortuna. No tienes título, pero eres una mujer rica. Diría que, muy, muy rica. Opino que no deberías quejarte.

—Una riqueza que me impide recuperar lo que es mío por nacimiento. Me han arrebatado el título, mi casa familiar y mi prestigio para entregárselo al imbécil de Howard. Tengo todo el derecho del mundo a lamentarme.

—Lo del prestigio... Digamos que hace tiempo que no te acompaña, querida. Y se te han tolerado tus desmanes por ser lady Loughy. Pero ahora no eres más que la señorita Olivia Coleman. Deberás ir con tiento o estas invitaciones que tanto te enervan, ni tan siquiera te llegarán; y perderás la oportunidad de cazar un buen partido.

Olivia, observándose en el espejito, dibujó una gran sonrisa.

—Cielo. Ningún hombre se ha resistido jamás a esto. Y como bien dices, ahora hay que añadir a mi innegable atractivo mi inmensa fortuna. Puedo conseguir el marido que me plazca. Incluso, puedo comprarlo e imponer mis propias normas. Sí. Es una idea estupenda.

—Mas bien una estupidez. Y espero que esta noche no cometas ninguna. ¿De acuerdo?

—La señorita Olivia se comportará como una niña buenecita. No hará como Lady Pamela Edmont que se presentó al baile de disfraces ataviada con el traje de Lady Godiva y un simple collar de cuentas. Un escándalo en toda regla. Claro que, sino recuerdo mal, nadie la ha repudiado. Sigue asistiendo a todas las reuniones.

—Como has dicho, pertenece a su círculo. Se protegen.

—Y yo ya he sido rechazada por la jauría. Haga lo que haga, no me remedirán.

Su amiga la miró preocupada.

—Hablo en serio. No empeores las cosas. Te lo pido por favor.

—No soy tan estúpida, Francis. Antes de nada, debo saber a qué atenerme como "señorita". Aunque, sé muy bien como me tratará más de una. Me la tenían jurada y ahora que he caído en desgracia harán leña conmigo.

Francis sonrió.

—Dudo mucho que te trocean. No he conocido a nadie con más fortaleza que tú. Hemos llegado. ¿Lista?

Olivia inspiró profundamente y bajó del coche, seguida de Francis.

La gran escalinata ya estaba repleta de invitados. Unos invitados que Olivia conocía muy bien. Llevaba años dejándose ver por los elegantes salones de las mansiones más señoriales del reino. Pero solamente eso. A diferencia de las demás casaderas, nunca tuvo la menor intención de encontrar marido. Su única aspiración fue ser libre y ahora, tras la enorme generosidad de su estimado tío, sola en el mundo y habiendo cumplido los veinticinco, no había nadie que mandase sobre su persona.

—Ahí está Celestine. Me han dicho que este año irá a por todas —susurró Francis.

—Ya no le quedan candidatos dignos de su ambición. Tiene que darse prisa o sus esperanzas se verán abocadas al fracaso.

—Dicen que ha puesto los ojos sobre el Marqués de Langfort. ¡Por el amor de Dios! ¿De veras se verá capaz de meterse en la cama con ese viejo repugnante?

Olivia la miró boquiabierta, al tiempo que entregaba la invitación al mayordomo.

—Sé que es ambiciosa, pero casarse con ese carcamal...

—Llevas demasiado tiempo fuera de Londres y no estás al corriente de las noticias. El anciano marqués falleció. Ahora el carcamal se ha convertido en eso. Como ves, ha mejorado mucho el marquesado —le aclaró su amiga indicándole con un leve movimiento de cabeza al hombre que charlaba sin mucha emoción con la anfitriona.

Sin duda, pensó Olivia. El nuevo marqués era joven y muy atractivo. El perfecto candidato a marido ideal. Incluso ella, si tuviese la necesidad de no quedarse soltera, apostaría por él.

—Aunque, temo que no se ha enterado que el pobre está prácticamente en la ruina. Sería divertido ver como le echa el anzuelo y le sale rana —rió Francis.

—¡Sería un placer indescriptible! Deberíamos alentarla, ¿no te parece? Pero primero necesito animarme con una copa de champaña. Necesito burbujas para que mis agudezas broten alegremente.

—Olivia. Me has prometido que te portarás bien. Moderación.

—No me seas aburrida, cielo. Ahí llega tu pretendiente. Deberías hacerle más caso, querida. Es un muchacho estupendo y bien posicionado. Y bebe los vientos por ti.

—Mis sentimientos hacia él solamente son fraternales. Es imposible que algún día lo vea como un hombre a conquistar y meterlo en mi cama.

—Permite que discrepe. Sé que lo encuentras terriblemente atractivo.

—Ya sabes que no es un detalle primordial para mí. Quiero a alguien bueno, leal y amante de la familia.

—Pues deberías comprarte un perro, querida.

—Eres imposible —remugó Francis.

—Soy de mente fría. Sé que terminaréis juntos. Así que, se amable —le susurró Olivia.

—Lady Vaughan —saludó a Francis, besándole la mano.

—Un placer verlo de nuevo, lord Rawson.

—Lady... Señorita Coleman.

—Si me disculpan, deberé acudir en ayuda de nuestra anfitriona. Está ansiosa por escupir su veneno y no quiero ser la culpable de que se envenene al morderse la lengua —dijo Olivia.

—¡Por Dios, Olivia! —jadeó su amiga.

Por el contrario, lord Rawson sonrió divertido.

Olivia se acercó a la mujer de porte altivo.

—Una fiesta maravillosa, lady Wildock. Ha sido un acierto, teniendo en cuenta el clima caluroso, centrarla en el jardín; que por cierto, lo ha decorado con exquisitez. Da la sensación de encontrarnos en un bosque encantado.

—Gracias, querida. Yo me alegro de tú buen aspecto. Todos pensábamos que estarías... Bueno, tras lo ocurrido, que no te encontrarías en tu mejor momento.

—La muerte de mí tío ha sido dolorosa, ciertamente. Pero, la vida sigue, lady Wildock.

—Por supuesto. Sin embargo, las circunstancias no son nada agradables. Una se levanta un día y es toda una aristócrata y al otro, una vulgar ciudadana. Sin el patrimonio familiar, sin apenas nada. Debe de ser espantoso, querida.

Olivia se percató de que su círculo social desconocía que su tío no la había dejado en la miseria. Pensaban que toda la herencia había ido a parar a manos de su estúpido primo, pues este, con toda seguridad, ocultó que a parte del título y las tierras apenas obtuvo unas miles de libras. La situación que le pareció divertida. Y no trató de sacarla del error.

—Si, es terrible. No se imagina cuanto. Tendré que adaptarme a mi nuevo status o buscar un esposo adecuado cuanto antes.

La anfitriona la miró estupefacta. Estaba loca si pretendía cazar a alguien. Ningún caballero la sacaría del apuro y mucho menos, tratándose de ella. Hasta ahora sus locuras le habían sido conmutadas por ser quien era. Ahora no era nadie. Absolutamente nadie. Si la había invitado era para que comprendiese que ya no era uno de ellos y que esta sería la última invitación que recibiría. Su vida social estaba muerta.

—Un título, dinero, prestigio, son avales incuestionables, por mucho que uno cometa errores o se tome la vida muy a la ligera. Temo que despreciaste a grandes candidatos y en estos momentos, no posees lo necesario.

—Entre ellos se encontraba su adorable nieto. He sido una tonta, ¿verdad? —replicó Olivia, fingiendo aflicción.

—Del todo, querida. Cuando uno no se toma la vida en serio, ésta le pasa factura. Disfruta de la noche, nunca se sabe si será la última fiesta.

Lady Wildock se alejó con porte orgulloso. Olivia dejó la copa vacía en la bandeja del camarero, tomó otra y salió al jardín.

—¿Qué te ha dicho esa bruja? —se interesó Francis.

Olivia sonrió.

—Ha dictaminado sentencia: Soy una apestada socialmente. Temo que será mí último acto social. Así que, disfrutaré al máximo.

—¿Y eso te divierte? Olivia, estás en una situación realmente complicada.

—¿Por qué? Aborrezco estas fiestas y a la mayoría de los que transitan este salón. No ser invitada me importa un pimiento. Al contrario. Viviré como me plazca, pues soy una mujer adulta, libre y millonaria.

—Me alegro de que ya no te afecte que tú primo ostente el título que te corresponde por nacimiento y que por ello te exilien.

—¡Por supuesto que me importa! ¡Es una injusticia! —se enfureció Olivia.

—Pero no se puede hacer nada. Es la ley.

—Y ellos están encantados de castigarme.

—Has roto las normas más básicas y ahora pagas las consecuencias. Te han cerrado las puertas de nuestro círculo. Tendría que ocurrir un milagro para que se abriesen de nuevo.

—O pescar a un pez gordo —musitó Olivia, observando al nuevo marqués que salía al jardín.

—¿No hablarás en serio?

—Es atractivo, joven y a pesar de no tener una libra, ostenta un título poderoso. Una tentación para la joven rica, pero carente de nobleza.

—Por suerte te conozco y sé que jamás harías algo semejante. ¿Te importa que te deje unos minutos? He prometido este baile a George.

—Deberías prometerle algo menos liviano, querida.

Su amiga resopló.

—Pesada.

—Me preocupa tú felicidad, cielo. Y sé que lord Rawson es el hombre que te la daría.

Francis se alejó. Olivia dejó la copa vacía y se sirvió otra, sin dejar de observar al marqués. Era realmente atractivo. Moreno, cabello y ojos color miel, rostro masculino, pero bien delineado. Muy alto y musculoso, aunque ello no le impedía derrochar elegancia. El partido perfecto para todas aquellas que desconocían que se encontraba en la ruina. Sería divertido ver cual sería la incauta que cayera en sus garras. Porque estaba segura de que el nuevo marqués haría lo que fuese necesario para conseguir una esposa que le permitiera vivir una vida fastuosa. Y por el momento, tenía un buen ramillete a su alrededor donde escoger.

—Un tipo misterioso, ¿verdad?

Olivia se dio la vuelta. Sonrió ampliamente al ver al joven de aspecto angelical y bello como un dios.

—¡Alan! ¿Cuándo has llegado?

—Hace un par de días.

—¿Y no me has llamado? —le recriminó ella.

—La vida parisina es agotadora, cielo. Desperté hace apenas unas horas.

—¿Por qué dices que el marqués es misterioso?

—Por la sencilla razón de que nadie sabe de donde procede.

—¿Cómo que nadie lo sabe?

—Cariño. Deberías prestar más atención a los cotilleos sociales. Te va el futuro en ello.

—Mi destino ya lo han sellado. Ya no importa lo que haga o deje de hacer. Soy simplemente una señorita. Ya no pertenezco a su club. Esta es mi última fiesta.

—¡Bobadas! Francis y yo te recibiremos encantados. Además, sé que eres muy rica. Ningún hombre con dos dedos de cabeza te repudiará. Y volviendo al tema, el viejo marqués, cuando enviudó, decidió ir a Egipto para practicar su gran afición que no era otra que la arqueología. Dicen que se enamoró de una nativa y que de esta unión nació Rayan. Pero, como es natural, al regresar a casa, dejó atrás ese pasado. No era apropiado traerse a una egipcia y a su bastardo.

—Al parecer, a nadie le importa ahora que sea mestizo. Como es marqués... —Comentó Olivia, observando como las casaderas revoloteaban a su alrededor.

—La ley sálica es una mierda. Pero ante lo inevitable, hay que seguir. Y tú eres una chica fuerte. Nada te hunde.

—No estoy desmoralizada por mi. Más bien, por ellos. Me odiaban y ahora podrán apartarme porque he perdido mi título. No soporto que ganen.

—Ni yo que intenten casarme cada dos horas.

—Somos unos parias —bromeó Olivia.

—Deberíamos hacer un frente común. Yo te doy mi título y tú a cambio, obtienes libertad y prestigio.

—Sería estupendo. Pero nos conocen demasiado bien. No colaría, querido. Estamos sentenciados.

—¡Me niego a que estos estirados nos amarguen la noche! Estamos aquí para divertirnos y están tocando un Charleston. Así que, a bailar. ¡Venga!

El nuevo marqués se retiró a un rincón, observando como los jóvenes danzaban alegres. Él ya no tenía ganas de divertirse. En cuando se hizo cargo de la herencia no pudo imaginar que las cosas estuvieran tan mal. Pero lo cierto era que el marquesado se encontraba en la ruina. Apenas tenía liquidez para sobrevivir unos meses y ni una libra para cancelar los impuestos. Lo cierto es que no debería importarle en absoluto. Durante toda su vida fue ignorado por su padre. Ahora él debería ignorar su legado. Pero no podía. Tenía la obligación de recuperar lo que legalmente le correspondía por derecho y sobre todo, ver como todos esos arrogantes que despreciaron a su madre se inclinaban ante ella. Ante la esposa legal del viejo marqués. Pero apenas tenía opciones. Pedir un crédito era del todo imposible. Nadie se arriesgaría a poner su dinero en unas tierras que apenas producían y en una casa que necesitaba una fortuna para ser reparada. Lo único factible era seducir a una casadera rica que no desease dinero y que buscase un título. Una solución arriesgada, pues no era hombre que estuviese hecho para el matrimonio. Y mucho menos para guardar fidelidad o simularla. Era un espíritu libre. Un hombre demasiado apasionado para entregar su corazón a una sola mujer.

La música estridente dio paso a un vals, momento que aprovechó para alejarse de las casaderas. No estaba de humor para comportarse como un caballero educado. Se detuvo ante el fabuloso bufete y se sirvió unos emparedados de pepinillos. Una comida humilde, pero que le entusiasmaba.

—Deberías probar los de salmón. Son los mejores de la ciudad.

Rayan miró al joven de aspecto refinado.

—En realidad, no tengo mucho apetito. Pero es una excusa para alejarse del baile.

Alan sonrió divertido.

—Te comprendo. Algunas son como lobas. Como se te ocurra perderte en sus dominios, te devorarán. Ya sé quien eres. Así que me presentaré yo. Soy Alan Douglas.

Rayan le estrechó la mano.

—Deduzco que tú habilidad te ha mantenido a salvo. Me vendrá bien alguien que me guíe. ¿Qué hay de ellas?

Alan miró al grupo de jóvenes.

—Es el trío más desesperado. La rubia es Helen Northon. Pertenece a una de las familias con más abolengo de la nación. Su padre es el vizconde de Bonside. Pero ahora están en horas bajas. No están en la ruina, pero casi. Eso le resta puntos. La pelirroja es Amelia Borrows, hija del conde de Erlingth, fortuna considerable, pero un tanto simple para un hombre medianamente cabal y nada atractiva. Todo lo contrario es Celestine, hija del Baronet de Coldom. Un título menor y sin apenas capital, pero gran amigo del rey; por lo que muy influyente. Está dispuesta a todo con tal de pescar al mejor partido. Su inteligencia y belleza la convierte en una víbora peligrosa. Mantente lejos. En realidad, si no piensas en el matrimonio, abstente de confraternizar. A no ser que estés buscando esposa.

—Es posible.

Del todo, pensó Alan. El marquesado estaba en quiebra y urgía dinero candente.

—Te aconsejo que elijas bien. Tendrás que soportar a tú mujer el resto de tus días.

—¿Alguna adecuada?

—En asuntos amorosos, el consejo sobra.

—¿Y quién está hablando de amor? El matrimonio en nuestras esferas es un negocio.

—¡Vaya! Veo que te has integrado con rapidez —se burló Alan.

—Lo aprendí cuando el dinero se interpuso entre mis padres.

—No siempre tiene que ser así.

Rayan esbozó una media sonrisa.

—Me parece que eres un soñador. Y por lo que he podido observar, tus ensoñaciones se encaminan hacia esa preciosidad rubia. La señorita Olivia.

Alan arrugó la nariz.

—Veo que ya te han hablado de ella.

—Algo me han dicho, sí.

—Y deduzco que no maravillas.

—No suelo hacer caso de los rumores. Confío más en la información de primera mano.

—Cualidad de un hombre sensato. Pero deberías prestarles atención. Siempre ocultan alguna verdad.

—¿Y cuál es la verdad de ese bombón?

—Que está bajo mi protección y que no consiento que nadie pueda dañarla.

—Comprendo. Terreno acotado.

—No exactamente. Se trata de mi mejor amiga. Y la mejor que ronda por este salón. A todo aquel que la lastime, me encontrará.

—Tomo nota.

—En cuanto a lo que pretendes, no tiene la menor intención de contraer matrimonio.

—¿De veras? —inquirió Rayan no muy convencido.

—De veras. Aunque, si de bailar. Si me disculpas.

Rayan observó a la pareja que, de nuevo, se sumergía en la pista de baile y danzaba con frenesí; mientras pensaba que era una lástima que Olivia estuviese arruinada. No era la chica más hermosa de la tierra, pero era la mujer más interesante que había visto. Su naturalidad, nada habitual en los salones de la alta sociedad, le confería una sensualidad que la hacía irresistible. Y él debía resistir. No podía permitirse que las candidatas a marquesas lo viesen como un mujeriego. Olivia Coleman era fruta prohibida.

Cinco eventos sociales y cinco a los que Olivia no fue invitada.

Tiempo atrás no le habría importado. Ahora era distinto. Se consideraba víctima de una injusticia por el mero hecho de ser mujer. Ella debería ser la condesa de Loughy y no su estúpido primo. Ella debería estar recorriendo los salones más elegantes de Londres. Ella debería ser la respetada y en cambio, había sido apartada como una leprosa. Pero no lograrían hundirla. Todos los que ahora la repudiaban terminarían arrastrándose a sus pies. En especial la zorra de Celestine, que aquella temporada estaba dispuesta a pescar un buen partido.

—No entiendo porque razón está aquí.

—Por desgracia, la única influencia que tengo en estos asuntos es sobre tú persona. Mi padre cree que eres la que puede convertirme en un hombre de familia. Por eso obvia tus desmanes. ¡Pobre infeliz!

—Alan. No menoscabas a tu progenitor. Estoy segura que sabe de qué pie calzas. Mira. Ahí esta la loba.

La entrada de Celestine en el salón provocó que las miradas masculinas se encaminaran hacia ella. No era para menos. Su rostro era perfecto. Ojos verdes casi nítidos, labios finos y sonrosados. El cabello ondulado de color miel y un cuerpo ligeramente curvo. Las medidas justas que agradaban a un hombre.

—Hay que reconocer que es hermosa —dijo Olivia.

—Su belleza no puede compararse contigo. Tú eres delicada, bellísima, como una muñeca de porcelana; y por supuesto, una dama en toda regla.

—¿Una dama? ¡Por Dios, Alan! Las damas no beben, no fuman y no rompen las reglas.

—Las verdaderas damas son aquellas que poseen un corazón generoso y tú, querida, posees el más grande. Mira. Se encamina hacia su próxima víctima.

—Me comentó Francis que sus presas preferidas son el Marques de Langford y mi primo. No entiendo como una mujer que se considera tan lista no sabe que sus candidatos carecen de fortuna —se burló ella.

—Son datos que la gente procura ocultar. Pero ya sabes que tengo información privilegiada. Y te comunico que su padre ha perdido una gran fortuna; por lo que, cometerá un gran error si pesca a alguno de esos dos.

—¿De veras? Muy interesante, realmente interesante —musitó Olivia.

—¡Ay, Dios! No me ha gustado nada ese tono. Pero nada. Espero que no estés maquinando algo que te lleve al desastre.

—Me conoces. No suelo precipitarme.

—Cielo, no quiero volver a verte sufrir.

La tristeza se aposentó en el semblante de Olivia, pero solo por unos segundos. Volvió a sonreír y dijo:

—Soy una chica muy lista y aprendo las enseñanzas que la vida me imparte; y saco matricula de honor. Así que, no debes preocuparte por mí. Solamente seré un poco mala. Ella se lo merece. ¿No es cierto? Ve tranquilo a la cacería.

Alan la besó en la mejilla y le susurró:

—Cuidado con esa víbora.

Olivia se sirvió una taza de té, mientras observaba a las demás invitadas que habían decidido

quedarse. Su actitud, antaño cordial, ahora era descaradamente de desprecio. Le dieron la espalda y abandonaron el comedor. Pero Celestine regresó.

—¿Has visto mi bolso?

Por supuesto, Olivia se olió que alguna maldad tramaba. Lo que no sabía era que ella también se había armado para la guerra que iba a iniciarse. Y no solía perder.

—Pues ni idea. Ignoro como es.

—Pues lo dejé aquí. Estoy segura.

—Y por supuesto, a parte de desheredada, ahora piensas que soy una ladrona —replicó Olivia, simulando ofensa.

Celestine se llevó la mano a los labios con gesto horrorizado y se acercó a ella.

—¿Cómo puedes creer algo tan horrible, querida? Sé que serías incapaz. La educación que has recibido nos inculca dignidad. Claro que, cuando una está en la ruina... Bromeo, por supuesto.

Olivia inspiró con fuerza. Le gustaría estampar el puño en esos labios que sonreían con perversidad. Pero se concentró en sus dotes de actriz y soltó una lagrimita.

—¡Es horrible, Celestine! Howard se ha quedado con todo y no ha tenido el detalle de solventar mi precariedad. ¡Con lo que ha heredado! Ni una libra se ha dignado a darme. ¡Es un egoísta sin corazón! Y lo peor de todo es que, no encuentro solución. Ninguno de nuestros amigos me pretende y con el único que podría intentarlo, el Marqués de Langfort, no me sirve. Está como yo, en la ruina.

El semblante de Celestine se demudó.

—¿En la ruina? ¿Está segura?

—Del todo.

—¿Cómo lo sabes?

Olivia se sonó ruidosamente.

—Mi tío tenía influencias en los circuitos financieros y aún me queda algún amigo. Debido a mi estado, me he informado a conciencia. Como comprenderás, no puedo arriesgarme a dar un paso en falso. No puedo casarme con un pobretón, por mucho título que tenga. Y es una pena. Es un hombre realmente atractivo y no como los que corren por estos salones que aspiran a ser nuestros maridos. Claro que, tú caso es distinto. Puedes elegir entre dinero o belleza. Un matrimonio a tu gusto. ¡No sabes lo afortunada que eres!

—Lo soy, sin duda —musitó Celestine.

—¡Odio a Howard! ¡Lo odio! Él es asquerosamente rico y yo tendré que mendigar.

Olivia volvió a hacer pucheros y la otra le dio unas palmaditas en la espalda.

—Exageras. Jamás dejaría que vivieses en la calle. No es tan desalmado.

—Pues, de momento, ni me recibe. ¡Ay, Celestine! No puedes ni imaginar lo que ha recibido. Howard es un adefesio, medio alelado y egoísta, pero esos defectos quedarán mitigados porque la mujer que se case con él podrá compararse a una reina. ¡Es tan manejable! Una cara bonita y unas carantoñas, y su cartera será propiedad de su esposa. No la privará de nada. Joyas, viajes, vestidos, sedas. Es injusto. ¡El legado debería ser mío!

—Muy injusto, si —musitó Celestine, impactada por la revelación de Olivia.

—¿Qué voy a hacer? ¿Dime? ¿Qué será de mí? ¡Estoy aterrada!

—Eso, querida, quien lo sabe. Pero no te preocupes, mujer. Todo irá bien. ¡Mira! Ahí está el bolso. Disculpa, me aguardan.

En cuanto desapareció de su vista, Olivia sonrió satisfecha. El anzuelo estaba echado. La victoria segura, puesto que la conocía muy bien y no dejaría escapar la supuesta riqueza monumental de su primo.

Cogió la chaqueta y salió al jardín. El día primaveral era espléndido. Ninguna nube a la vista. Sería un placer recorrer la finca.

Una hora después regresó a la mansión. Alan, que no soportaba las cacerías, iniciaba la carrera y a los pocos minutos, se escabullía, ya estaría en su cuarto. Subió la enorme escalinata y sin molestarse en llamar, entró en la habitación.

—¡Demonios, Olivia! ¿Por qué nunca llamas? —protestó su amigo, que apenas estaba cubierto por una toalla.

Ella se dejó caer en el sillón.

—No me vengas con remilgos. Eres como mi hermano. Además, no eres el primer hombre que veo desnudo.

—Olivia...

Ella alzó la mano haciéndolo callar.

—Tengo que hablar urgentemente contigo.

—Me esperan en el cenador. Y tú deberías estar con las demás invitadas.

—¿Con esas brujas? ¡Antes me corto las venas! Son unas hipócritas. Van diciendo pestes de mí, pero si yo hablase... Pero soy, a pesar de las apariencias, toda una dama. ¿Sabes que pretende la zorra de Celestine? Quiere humillarme ante todos en su fiesta anual. ¡Ah! No sabe con quien está jugando. Yo tengo los ases bajo la manga y ella las cartas más bajas. Hoy he hecho una jugada maestra. La he inducido a conquistar al bobo de Howard. Y está dispuesta a todo por convertirse en su esposa. Y lo conseguirá. Mi primo será incapaz de resistirse a su belleza mortal. ¡Cómo me reiré cuando descubra que mi tío lo arregló todo para que la fortuna fuese a parar a mis manos y no a la de su posible maridito!

—Olivia...

—No me convencerás. Estoy dispuesta a todo para recuperar lo que es mío. Y si para ello debo buscar una solución extrema, lo haré. Hoy mismo comenzaré a tantear a Rayan. Estoy convencida que aceptará mi propuesta. Es insuperable. Voy al cenador. No tardes.

Se levantó y a toda prisa abandonó el cuarto.

El marqués salió del vestidor.

—Una revelación muy interesante. Todos piensan que está en la ruina y resulta que es millonaria —dijo abrochándose la camisa.

—Te ruego que mantengas silencio. Olivia ya tiene demasiados problemas para que se le añada otro —le pidió Alan.

—¿Es un problema ser rico?

—Depende de las circunstancias. Ella no quiere que se sepa.

—Como ha dicho Olivia, las apariencias engañan y soy un caballero. Guardaré el secreto.

—Hablo en serio o también difundiré que no tienes ni una libra —lo amenazó Alan.

Rayan parpadeó perplejo.

—No soy tan díscolo como aparento. Los nuevos tiempos me han enseñado que un noble debe cuidar su patrimonio. Hay que saber donde mete uno el dinero. Una inversión fallida y se acabó. Y en estos círculos las apariencias provocan muchos desastres.

—¿Lo sabe alguien más? —inquirió Rayan con preocupación.

—Es posible. Aunque, no por mi parte. Soy un tipo tremendamente discreto. Y muy fiel a mis amigos. En cuanto a Olivia, te diré que se encuentra un tanto ofuscada por las circunstancias. Temo que es capaz de cometer una gran insensatez. Por ello espero que su propuesta sea rechazada de inmediato.

—¿Por qué debería hacerlo? Olivia no es ninguna niña a la que se tenga que rescatar. Todo lo

contrario. Es una mujer que sabe disfrutar de la vida sin importarle las consecuencias. Estoy seguro de que no necesita héroes que la rescaten de nada. Es demasiado fuerte.

Alan se enfrentó a él.

—No la conoces. Nadie la conoce. Y juro que si la lastimas, pagarás por ello.

—No será necesario. Jamás dañaré a una mujer. Al contrario que tú, la aprecio demasiado —replicó Rayan con tono acerado.

—Si piensas que es una amenaza, temo que todo el país conoce mis preferencias. Busca otra cosa con la que chantajearme.

Rayan resopló.

—Esta discusión es absurda. Estamos hablando de algo hipotético. Y yo nunca me preocupo por algo que aún no haya sucedido y por descontado, no voy extorsionando a los demás por puro placer; y mucho menos a los que me han acogido en su círculo de amistades. Que no sea de vuestra raza predominante no me convierte en un villano.

—Siento que creas que te menosprecio. En absoluto, Rayan. Nunca he sido de esos tipos que se cree superior a otros. Sólo intento cuidar de Olivia. A pesar de su apariencia es muy frágil. No quiero que de nuevo... Lo dicho. Me enfadaré y mucho si la haces sufrir.

—Aún no he escuchado lo que desea Olivia. No sabes si aceptaré.

Alan sonrió.

—Sé lo convincente que puede ser esa insensata.

—Me huelo que estás al tanto de sus planes. ¿Me haces un resumen?

—Como he dicho, soy leal. Pero te diré que, no aceptes, por muy tentador que sea. ¿De acuerdo? Ya que has elegido la corbata, vete. Nos esperan en el cenador.

Los invitados estaban en el cenador para tomar un refrigerio tras la cacería. La mayoría de las miradas se centraban en Olivia. No podían comprender la razón por la que Alan seguía invitándola. Uno podía ser amigo en el pasado de alguien, pero en el mismo momento que este caía en desgracia, debía apartarlo como aunapestado. Por ello, observaron incrédulos como el marqués de Langfort se acercaba a charlar con ella.

Rayan sentía una enorme curiosidad por saber que propuesta pretendía hacerle Olivia. Y no estaba dispuesto a aguardar ni un minuto más; así que se acercó a ella.

—Señorita Coleman. Es imperdonable que nadie nos haya presentado aún, ¿no le parece?

Ella le dedicó una de sus mejores sonrisas.

—Del todo inaceptable. Aunque, para ninguno de los dos somos unos desconocidos, marqués. Estoy segura que las lenguas ponzoñosas le han puesto al día de mis hazañas; al igual que lo han hecho conmigo sobre usted.

—Como es su obligación —bromeó él.

—Espero que no esté escandalizado.

Nunca le incomodaba que una mujer fuese liberal. Por el contrario, le permitía gozar de ella. Olivia poseía una belleza delicada. Un físico que jamás le atrajo. Prefería las curvas. Sin embargo, desde el mismo instante que la vio, quedó fascinado. Era como una muñeca delicada, pero hecha de un buen material resistente. Estaba seguro que dentro de ese refinamiento existía una mujer explosiva. Y si no lo era, él se encargaría de encender la mecha.

—Suelo ser muy tolerante; más bien liberal, lo cuál, en mi situación, temo que no es adecuado.

—Se equivoca, marqués. El dinero y poder obran milagros. Sus locuras serán consideradas como una excentricidad.

—Privilegio del que usted, por las circunstancias, me consta que ya no goza. Aunque, no tiene porqué ser definitivo. La vida da muchas sorpresas.

Olivia, en lugar de ofenderse, volvió a sonreír.

—Alguien surgido de un pasado misterioso, que hereda uno de los títulos con más abolengo del país, lo sabrá mejor que nadie.

Rayan alzó una ceja.

—Me deja asombrado. Considero que soy un hombre vulgar.

Ella le cogió la taza de entre sus manos y dijo:

—¿Por qué no me cuenta lo vulgar que es dando un paseo?

—¿No le importan las habladurías?

Ella dejó la taza sobre la mesa y entrelazó su brazo con el de él.

—Nunca me han quitado el sueño y menos ahora que he caído en desgracia. Tengo total libertad para hacer lo que se me antoje. ¿Le apetece ver el invernadero? Es uno de los mejores de Inglaterra

—En ese caso, será un placer; y mucho más si es con su encantadora compañía.

Abandonaron el cenador ante las miradas curiosas de los demás.

—No puedo creer que el marqués esté interesado en Olivia —dijo Amelia.

Celestine esbozó una sonrisa malévola.

—Por supuesto que lo está. Quiere comprobar si Olivia es tan díscola como le han dicho.

Rayan y Olivia se alejaron.

—Una finca realmente magnífica —dijo él.

—La suya también lo es. Aunque, su padre la había descuidado últimamente. Pero ahora está usted para devolverle su esplendor. Y dígame, ¿qué le parece Inglaterra? Imagino que será muy distinta a Egipto.

—Por su comentario deduzco que nunca ha estado allí. Debería ir. Es un país mágico. En especial sus noches. Nunca he visto un cielo tan fascinante.

Ella le dedicó una de sus sonrisas más cautivadoras.

—Cuentan que usted también lo es.

—Me halagan, pero como le dije antes, en absoluto.

—¿No es cierto que sea hijo de una princesa del desierto?

Él sacudió levemente la cabeza.

—Las categorías nobles distan mucho de asemejarse a las británicas. Mi abuelo fue un jeque beduino muy respetado, pero arruinado en sus últimos días. Así que, al morir, mi madre se vio obligada a buscar un empleo y lo consiguió en casa del viejo marqués. Lo que sigue ya debe usted suponerlo.

—Criada seducida por su señor. Sí. He sido testigo en varias ocasiones. Y he de decir que nunca han tenido un final tan feliz como en su caso.

—Le aseguro que no vivo en un cuento de hadas —refutó él.

—Mi amigo sí. ¿No le parece un sueño el invernadero?

Rayan miró el edificio. Enorme, construido por completo en cristal, apenas se apreciaban las juntas, por lo que daba la impresión de ser una pecera gigante. Un escaparate plagado de flores y árboles exóticos.

Olivia abrió la puerta, él le cedió el paso y entraron.

—¡Um! Huele de maravilla —musitó ella, cerrando los ojos.

—Un perfume embriagador, sí —dijo él observándola. Olivia era exquisita. Y además, acaudalada. Era una lástima que supiese que estaba arruinado. No le supondría un gran esfuerzo soportarla como esposa. Por el contrario, sería un placer mantenerla de vez en cuando en su cama. Ahora mismo, sentía una enorme tentación de estrecharla entre sus brazos, apoderarse de su boca sonrosada y hurgarla sin compasión, estrujando su cuerpo menudo contra la incipiente erección. Apretó los dientes e intentó concentrarse en los rosales.

Olivia abrió los ojos y sonrió.

—Esto es el Edén. Acompañeme.

Caminaron por un sendero bordeado por decenas de plantas multicolores hasta alcanzar el centro del invernadero. Frente al banco situado bajo una palmera, un grupo de orquídeas ocupaban el puesto de honor. Olivia se sentó e invitó a Rayan a acompañarla.

—Lady Pelham tiene un don para las plantas. Ha conseguido hacer florecer a las orquídeas más delicadas. ¿No le parecen hermosas?

—Fascinantes —corroboró él. Jamás había visto nada parecido. Había unas con forma de abejas, otras de labios o de pájaro, y también simples pero con colores brillantes. Pero la flor más hermosa era Olivia.

—Yo lo intenté y fue un desastre —musitó ella.

—Puede volver a probar —sugirió él.

Ella esbozó una sonrisa amarga.

—¿En qué jardín?

—Será un placer cederle el mío.

Olivia tomó aire. Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—Mí lord. Quien me conoce sabe que no soy en absoluto diplomática. Encuentro absurdo enmascarar lo que tarde o temprano saldrá a la luz. Soy conocedora de su situación económica. Y permítame decir que no tardará en estar en boca de todos. Eso no es bueno para usted.

—¿Seré un paria! No sé si podré soportarlo —se burló él.

—Yo no bromearía, señor.

—¿Por qué debo tomármelo a la tremenda? Al fin y al cabo, no me considero uno de ustedes. Regresaré a casa y le aseguro que no me sentiré en absoluto frustrado.

—¿Va a dejar que le arribaten de nuevo lo que por ley le corresponde? No me lo creo. Usted, al igual que yo, no es de los que se rinden fácilmente. Somos luchadores.

—Hay circunstancias, como usted sabe, que lo impiden.

—Ciertamente. Yo por ser mujer no puedo reclamar lo que es mío. En cambio, lo suyo es simplemente cuestión de dinero. Un impedimento mínimo.

Él soltó una risa sarcástica.

—Y eso lo dice la mujer que ha sido desheredada y que no sabe como salir de la miseria.

Olivia le dedicó una gran sonrisa.

—¿Suele creer todo lo que se dice sin verificarlo? Lo consideraba inteligente, marqués.

Rayan no quiso revelar que estaba al tanto de su situación financiera y dijo:

—Y lo soy, pero los hechos son evidentes. Su tío legó todo a su primo. Absolutamente todo. ¿O estoy equivocado?

—En absoluto. Lo que nadie sabe es qué heredó en realidad.

—Según él, una fortuna e innumerables propiedades. ¿Miente?

—Por supuesto.

—Por sus palabras deduzco que la fortuna atribuida a su tío era inexistente.

—¿Oh, no! Era inmensamente rico.

Rayan, simulando enojo, masculló:

—Como ha dicho, no soy idiota. Tampoco creo que usted lo sea. Y me molesta que me tomen el pelo. Así que, déjese de rodeos y vaya al grano.

—Bien. Seré clara. Mi tío nunca soportó a mi primo. Y no me extraña. No es más que un parásito. Pero debió acatar la ley. Por lo que, procuró darme en vida su fortuna y propiedades, exceptuando el condado. ¿Comprende? Todo el dinero está en mi poder. Más la casa de Londres, una en la costa de Cornualles, otra en Florencia y un sinfín de joyas.

Él continuó con la farsa y dejó escapar un pequeño silbido como signo de asombro.

—¿Y por qué razón hace creer a todo el mundo que es pobre como las ratas? No comprendo.

Ella sonrió ampliamente.

—Por diversión. Y por ver como mi primo se desespera para conquistar a una rica heredera.

—¿Yo también le divierto? —inquirió él, esta vez, molesto de verdad.

—Nunca osaría burlarme de alguien perjudicado como yo.

—¿Perjudicada? ¡Por Dios! ¡Pero si acaba de decirme que es inmensamente rica! ¿Qué puede haber de malo en ello? —exclamó Rayan, atónito.

Los ojos azules como el cielo se oscurecieron de rabia.

—Pertenezco a una estirpe muy antigua. Mis antepasados han defendido el condado y lo han mantenido a pesar de las guerras, hambrunas y otras dificultades. Amo sus tierras, pues es el legado de mis padres y mi origen. Y me lo han arrebatado para entregárselo a un mequetrefe que no tiene el menor sentido de lo que significa ser el conde Loughthy y todo porque soy mujer. ¡Es injusto y estoy dispuesta a todo para recuperarlo!

—No estoy muy versado en leyes de la nobleza, pero creo que todo el dinero del mundo no podrá conseguir que sea de nuevo condesa.

—Se equivoca. Puedo hacerlo con la ayuda de usted.

Él la observó perplejo.

—No veo como puedo ayudarla. Haga lo que haga, seguirá siendo una mujer sin derecho a título alguno y yo más pobre que las ratas.

—Lo tendré si lo ostenta mi marido.

Rayan la miró perplejo.

—¿Me está proponiendo que nos casemos? ¿En serio? *¡Ya'iihi!

—Le aseguro que no estoy en absoluto bromeando, marqués.

—¿Es una locura, señorita Coleman!

—Usted está buscando una esposa rica que lo ayude a salvar el marquesado. Y yo un hombre que necesite mi dinero. Es la unión perfecta. Un acuerdo comercial que no nos obliga a nada.

—Olvida que nada podemos hacer para conseguir su título.

—Howard está en la ruina. Tarde o temprano, necesitará que alguien lo salve. Y ese será usted. Dinero a cambio del condado.

—Es una probabilidad. Pero hay un aspecto que temo ha pasado por alto. En Inglaterra no se pueden vender los títulos.

—Veo que ha hecho los deberes. Pero ignora que nuestro condado es de origen escocés y allí es posible.

—De acuerdo. Pero existe otro impedimento primordial. Si no hay heredero, el condado volverá a pasar a manos extrañas.

—¿Hijos? —musitó Olivia.

—Por supuesto. Son imprescindibles para lo que proyecta. ¿O es qué pretendía un matrimonio de apariencia?

—¿Usted no?

—Mi búsqueda de esposa no se limita simplemente al dinero. Ha de ser de mi agrado, pues no pienso renunciar a mis derechos como marido. Ello incluye intimidad e hijos.

* ¡Dios mío!

—Nunca imaginé que fuese hombre de familia.

—En principio, no lo soy. A pesar de ello, si quiero mantener mi legado, deberé dar un heredero para evitar que pase a manos extrañas. Lo mismo que usted.

Olivia se mordió el labio inferior. Rayan estaba en lo cierto.

—Observo que esta condición no entraba en su propuesta. Es una lástima. Usted reúne todas las virtudes que estaba buscando. Rica, hermosa y sincera. Con el añadido de estar tan necesitada como yo. Bueno. No crematísticamente; según me ha asegurado.

—Puede confiar en mí. Soy inmensamente rica.

—Usted también. Le prometo que cumpliré sus condiciones.

—¿No podría meditarlo y darme una respuesta? —le pidió ella.

—No hay nada que pensar, señorita Coleman. Como he especificado, necesito un matrimonio real.

—¿También incluye la fidelidad?

—No es lo esencial. Pero es un punto que podríamos discutir.

—Por lo que veo no es posesivo ni celoso.

—No se confunda. Soy estricto con el honor. No aceptaré humillaciones ni burlas. Mi esposa deberá ser discreta. Por otro lado, solamente aceptaré las relaciones extramatrimoniales tras el nacimiento de mi heredero. No puedo arriesgarme a cargar con un bastardo. Como comprenderá.

—¿Y yo debería aceptar las tuyas sin rechistar desde el principio? ¿No es un tanto egoísta por su parte? —le echó Olivia en cara.

—Soy un hombre —dijo él levantando los hombros en un gesto de disculpa.

—Y yo, aunque mujer, tampoco tolero la humillación. Tengo dignidad.

—El único modo que mi esposa podría evitar mis aventuras sería que me complaciese en todos mis deseos. Ya me comprende.

—Unos deseos que desconozco y que puede no sean de mi agrado o degradantes. Temo que pide demasiado —rechazó Olivia.

—Le aseguro que para una mujer como usted no sería ningún sacrificio.

Olivia endureció la mirada.

—¿A qué se refiere con una mujer como yo?

—Yo también me informo sobre los que me rodean. Sé que no llegará inocente al matrimonio. Y contrariamente a lo que se espera, no me importa. Por el contrario, es una gran ventaja. No soportaría ver como mi esposa se siente sacrificada. Quiero que disfrute de la situación tanto como yo.

—¿Y por no ser virgen piensa que no me sentiré así? Entregarse a un hombre por obligación no es satisfactorio, mí lord.

Él dibujó una sonrisa maliciosa.

—Yo no soy cualquier hombre, como puede apreciar.

—La humildad no es una de sus cualidades —le recriminó ella.

Rayan acercó su rostro al de ella y musitó:

—Le aseguro que no es vanidad. Soy un hombre realista. No soy de esos que solamente busca su complacencia. Y si terminamos cerrando el trato, podrá comprobarlo.

—Tengo que meditarlo.

—¿Por qué? No encontrará a nadie mejor. Poseo un título de gran abolengo y magníficas posesiones. Soy atractivo y sano, por lo que, juntando estas virtudes junto a las tuyas, le daré hijos guapísimos que no tendrán problemas para alcanzar la madurez. Además, soy divertido, inteligente y un buen amante. Y le aseguro que nada debe temer. Soy osado en la cama, pero nunca inflexible. Atiendo los deseos o negativas de mis amantes. ¿Qué más se puede pedir? —bromeó él.

—En una situación normal, un matrimonio por amor. ¿No le parece?

—¡Error! No terminan bien. Los más duraderos son aquellos que se casan por interés. Es nuestro caso.

—No se...

—Entiendo sus dudas. Es un paso importante. Pero le aconsejo que no tarde en darme una respuesta. Dentro de un mes vencen mis deudas y haré lo que sea para no perder mi patrimonio.

Olivia aseveró.

—Comprendo. No tema. Pronto le comunicaré mi decisión. Ahora, debemos regresar.

Olivia no podía dejar de pensar sobre su futuro. Era la decisión más importante que debería tomar en la vida.

Sopesó los beneficios.

Un marido poderoso, atractivo e inteligente, y por supuesto, que le retornaría la vida social de la que había sido echada; con la posibilidad de ayudarla a conseguir el título arrebatado. Cualquier mujer estaría satisfecha con aceptar ser su esposa. Pero ella no era una mujer corriente. A pesar de su cuna, no concebía un matrimonio por interés. Ella siempre soñó con el amor. Un amor que la elevaría al confín de la dicha. Y lo tuvo. Por eso sería una ilusa si creyese que su corazón volvería a latir con la misma fuerza.

—Entonces, ¿por qué dudo? —masculló.

—¿Cómo dices?

—¡Oh! Pensaba en voz alta.

—Últimamente estás muy ensimismada, cielo. Y cuando eso ocurre, tiemblo. ¿Qué está pensando esa cabecita?

Olivia sacó el espejito y se aplicó más carmín en los labios.

—Nada que deba preocuparte. Dime, Alan. ¿Se desenvuelve bien nuestro marqués?

Él encendió un cigarrillo. Aspiró el humo y tras soltarlo, dijo:

—Como si hubiese sido noble desde la cuna. Nos tiene a todos maravillados. En especial a las casaderas. Guapo, refinado, distinguido, divertido, sensual, exótico... ¡Un techado de virtudes!

—¡Alan! —exclamó Olivia.

—No te confundas. A pesar de esas maravillas no me interesa.

—Pues por como lo has descrito, nadie lo diría.

—Aún así, no es mi tipo. Temo que es de esos que son muy posesivos y a mi me gusta la libertad.

—Por lo que sé, no es celoso.

—Es medio árabe, querida. Tarde o temprano, su educación saldrá a la luz. Por cierto. Deduzco que tú interesante conversación con Rayan no surtió el efecto que esperabas. Y no lo entiendo. Ningún hombre con dos dedos de frente te rechazaría. Aunque, me alegro. Hubiese sido una locura.

—¿Por qué? Acabas de describir al hombre perfecto.

—Lo sería en circunstancias favorables. Busca dinero, no una esposa.

—Yo tampoco soy inocente, Alan. También tengo intereses. Y eso es un lazo bastante fuerte.

—Pero no sólido. Con el tiempo sería un desastre.

—¿Y qué matrimonio no termina del mismo modo?

—El de mis padres. Siguen adorándose. El otro día creí que moría de vergüenza al escuchar sus jadeos. ¡Por Dios! Apareándose como dos adolescentes al mediodía y en la biblioteca. Seguro que lo hacían sobre la mesa. Ya no podré concentrarme cuando consulte un libro. ¡Señor! Veinticinco años de matrimonio y aún se atraen.

—Una excepción entre mil.

—¿Pensabas lo mismo cuando...? Ya sabes.

—Nunca pienso en el pasado. Siempre miro hacia el futuro.

—¿Y en ese futuro entra Rayan?

—Es posible.

Alan echó la colilla a través de la ventana.

—Puedes provocar un incendio —lo reprendió Olivia.

—No tanto como tú insensatez. ¡Por Dios, Oli! Si te casas con él cometerás el mayor error de tu vida. Ese hombre es un mujeriego.

Ella le mostró la mansión que ya se divisaba a lo lejos.

—¿Tú crees? Estoy convencida de que si mis padres hubiesen vivido, estarían encantados con esta elección.

—Tus padres eran tradicionales y muy conservadores. Jamás habrían permitido una boda por amor sin que reuniese las condiciones adecuadas a tu rango. De esta dirían que es el mayor error. Pero no están y no tienes que sacrificarte. Olivia, por favor. Recapacita. No tienes necesidad de enredarte en algo tan sórdido.

—Lo he estado pensando esta semana. Y muy a fondo. Alan. Sé que soy rica. Inmensamente rica y que puedo vivir como me plazca. No obstante, eso no es suficiente para mí. Siento como si me hubiesen arrebatado parte de mi esencia. Tú más que nadie debería entender. No eres tan superficial como se cree. Te preocupa tu futuro legado. Y sé que cuando llegue el momento harás lo necesario para mantenerlo en la familia. Yo pretendo lo mismo.

—Cielo, ya lo has perdido. ¿No lo comprendes? Es imposible recuperarlo.

—Rayan me ayudará. Mi dinero obrará el milagro. Howard estará tan desesperado que no tendrá más opción que vendernos el título.

Su amigo suspiró hondamente.

—Veo que lo has decidido.

—Así es. Voy a convertirme en la marquesa de Langfort.

—Olivia...

Ella levantó la mano para hacerlo callar.

—Eres de los pocos que conocen lo que pasó. Por ello, sabes que nunca volveré a ser feliz. No de ese modo. Así que, por lo menos crearé una que me haga sentir un poco dichosa. Con eso me basta, amigo mío. ¿Me apoyarás o me darás de lado como los otros?

Alan le tomó la mano y le besó los nudillos.

—Soy tu amigo incondicional y estaré a tu lado siempre que me necesites. Aunque, cometas un error tras otro.

—Gracias. Eres un amor.

—Si opinase lo mismo Gerard...

Olivia soltó un sonoro silbido.

—¿No estarás insinuando lo que imagino? ¡No me lo puedo creer!

—Pues, sí. Lo es.

—¡Pero si es el hombre mas tradicional y serio del mundo! Tanto que tiene hasta amante oficial. ¡Caray! La vida nos da muchas sorpresas.

Alan guiñó un ojo.

—Las apariencias engañan en nuestro mundo, querida. Doris es una tapadera.

—Pues, unámonos al teatro —dijo Olivia, al tiempo que el coche se detenía.

—Vamos allá —suspiró él.

Los recibió Rayan personalmente en el recibidor. Una estancia antaño soberbia y ostentosa, y ahora en plena decadencia. Se necesitaba una fortuna para poder reparar una de las mansiones más colosal de Inglaterra.

—Me alegro de que aceptaran la invitación. La fiesta no sería lo mismo sin ustedes.

—Soy yo la que le agradezco que cuente con mi presencia. Últimamente soy como una piedra en el zapato. Bastante incómoda.

—Pues, para mí es un placer recibirla en mí casa.

—Compruebo que todo continúa igual —dijo Olivia mirando a su alrededor.

—Aún es pronto para hacer reformas. Estoy esperando a que lo haga mi futura esposa como considere oportuno. A su gusto. Yo no tengo la menor idea de decoraciones; como usted comprenderá.

—Sin duda, será afortunada de poder modernizar esta mansión tan espléndida —comentó Olivia.

—Usted sí que está espléndida, querida Olivia —dijo el anfitrión. Ella le tendió la mano y él se inclinó levemente. La miró intensamente y añadió: Y espero que bien dispuesta a hacer que este fin de semana sea inolvidable.

—¿Eso no es tarea del anfitrión?

—Por supuesto. Aunque, los invitados también deben contribuir. ¿No le parece?

—Por mi parte, lo tengo fácil. Seré un tema de conversación interesante.

—Lamento la situación.

—No lo haga. No hay nada peor que una sea ignorada. Y le aseguro que hoy no pasará desapercibida. Pero no tema. Seré prudente.

Los ojos ámbar la miraron intensamente. A cada encuentro, Olivia le parecía más apetitosa. Y sino aceptaba casarse con él, haría lo posible para conseguir sus favores. Estaba decidido a meterla en su cama y disfrutar de cada centímetro de su cuerpo.

—Me contenta escuchar sus buenas intenciones.

—¿Hemos terminado con las bobadas? ¡Por Dios Santo, Rayan! Apenas queda una hora para la cena y necesito tiempo para cambiarme —se exasperó Alan.

—Bob les acompañará a sus aposentos. Olivia. ¿Podríamos mantener una pequeña conversación en digamos... media hora en la biblioteca?

—Por supuesto.

—¿Vas a comunicarle hoy tu decisión? —le susurró Alan, mientras ascendían por la escalinata de mármol.

—Es absurdo retardar lo inevitable.

—Tanto como inevitable. Casarte o no está en tus manos, querida. Pero... ¡En fin! Si es lo que deseas, no seré yo quien te reproche nada. Y más tras ver lo atractivo que está tu futuro marido.

—No está mal.

—¿Bromeas? ¡Es guapo a reventar! Querida, te aconsejo que tengas mucho cuidado si llegas al altar con él. Tendrás mucha competencia.

—Eso es lo que menos me preocupa.

—¿Qué a Olivia Coleman le dará igual que su maridito le ponga los cuernos? ¡A otro con ese cuento! Te conozco y sé que no lo consentirás. Por eso te aconsejo que sopeses el paso que piensas dar. Rayan no me parece un hombre que guarde fidelidad. Y es peligroso.

—¡Qué estupidez! —exclamó ella.

—Lo es, cielo. Tanto que, es posible que consiga enamorarte.

—Eso jamás pasará —aseguró ella.

—Yo ya no soy tan tajante, cielo. Tú, más que nadie, debería saber que la vida te obliga a dar muchas vueltas.

—Mi viaje llegó a su fin.

—La mayoría de las veces la voluntad no tiene fuerza suficiente para doblegar al corazón —

refutó Alan con semblante taciturno.

—¿Estás hablando de mi o de ti?

—Soy portavoz de la raza humana. Pero, dejémonos de filosofía y vayamos a lo importante. He de estar deslumbrante esta noche para Gerard y apenas me queda tiempo para recomponerme. Nos vemos en el salón.

Olivia también se dio prisa. Necesitaba ofrecer un aspecto radiante. Quería asegurarse de que Rayan no se echase atrás. Escogió un vestido celeste con bordados en plata que realzaba el color de sus ojos, un collar largísimo compuesto por cuentas de colores y cinta plateada en la frente. Puras baratijas. Debía aparentar que se encontraba en la mayor de las pobreza.

Una vez arreglada se dirigió a la biblioteca.

Rayan estaba de espaldas frente a la chimenea. Su aspecto era imponente. No recordaba que fuese tan alto. Ni tan tremendamente atractivo cuando al darse la vuelta le dedicó una gran sonrisa.

—Olivia. Está usted radiante. Ninguna brillará esta noche como usted.

—Y a usted el smoking le sienta como un guante. ¿Sastrería Colmans?

Él alzó una ceja.

—Mi tío no compraba en otro lugar. Es el mejor.

—No hay nada como pagar a un buen sastre.

—Sin una buena percha, no hay sastre que haga milagros, mí lord.

—Usted, a pesar del disfraz, está preciosa.

—¿Disfraz? —inquirió ella.

—Las joyas son falsas. Más bien baratijas.

Olivia lo miró perpleja.

—Observo que entiende de joyas.

—Un poco, sí. Pero es que ha elegido unas que son tan descaradamente falsas que cualquier inexperto se daría cuenta. ¿La razón?

—Es parte del teatro. Recuerde que estoy arruinada.

—Por fortuna, no le ha sido arrebatada la belleza. Lo que me lleva a pensar que juntos ofreceremos una imagen muy atractiva. Porque, ¿sigue en pie su oferta? ¿O tal vez lo ha pensando mejor y cree que será un desatino?

—Lo he meditado y he llegado a la conclusión que nos necesitamos. Muchos se han casado por razones menos primordiales. En realidad, la mayoría de los nobles velan por sus intereses. ¿Por qué nosotros deberíamos ser distintos? ¿No opina lo mismo?

—Sí. Nuestra alianza logrará que consigamos nuestros objetivos. ¿Puedo anunciar esta noche el compromiso? —dijo él entusiasmado.

—Muy Precipitado. Sería más adecuado cuando tengamos preparado el escenario que queremos representar. Hay que dejarlos boquiabiertos. En especial a todos aquellos que me han repudiado. No puede dejar la casa como está. Esta gente es muy sagaz y podrían deducir su situación económica. La arreglaremos antes.

—Eso llevará meses —se quejó él.

—Comenzaremos con el vestíbulo, el salón y comedor. Solamente necesitan una mano de pintura, cambio de cortinas y algún que otro complemento. Un mes, a lo sumo. Lo ideal para que crean nuestro romance.

—¿Romance? ¿Aún lo creen posible? —inquirió Rayan.

—Por supuesto. En especial si alguien rico y poderoso elige casarse con una desheredada. ¿Qué otra razón podría haber sino el amor?

—Bien. Les daremos un espectáculo que jamás olvidarán. Aunque, antes deberé hacer esto

como manda la tradición —dijo él. Se arrodilló ante ella y sacando una cajita del bolsillo, le preguntó: Señorita Olivia Coleman. ¿Desea ser mi esposa?

Ella lo miró perpleja. Ese hombre era extraño. Podía ser por su mestizaje. Una mezcla que debía influir en su comportamiento. Por un instante, dudó. Pero al recordar que su primo se lo había arrebatado todo, dijo:

—Sí, quiero.

Él cogió el anillo y lo insertó en el dedo de su prometida.

—Pertenece a mi tatarabuela. ¿Te gusta?

—¡Es fabuloso! —musitó Olivia al ver el enorme diamante tallado con forma de una rosa, rodeado por una corona de rubíes.

—Temo que será lo único hermoso que podré regalarte —se disculpó Rayan.

—No es cierto. Harás algo mucho más valioso. Me devolverás mi legado.

—Prometo que lo intentaré.

—Sé que lo harás.

—Confías mucho.

—Apenas nos conocemos, pero veo en ti a un hombre determinado. ¿Me equivoco? ¿O debo ir a un notario y poner por escrito que si te ayudo antes de la boda y no cumples, te llevaré a los tribunales?

Rayan chasqueó la lengua.

—No lo harás o descubrirán tu engaño. Aunque, como he dicho, soy hombre de palabra. Cumpliré. ¿Sigue en pie el compromiso?

—Sí.

Él se acercó un poco más. Sus ojos de miel lanzaron destellos.

—¿Permiso para besar a mí prometida?

Olivia, a pesar de que el trato no excluía los momentos íntimos, parpadeó indecisa. Aún no se sentía preparada. No obstante, nunca se consideró timorata. Afrontaba los problemas de cara.

—Concedido —susurró.

Los brazos de Rayan le rodearon la cintura y la atrajo hacia su pecho. Olivia se sintió como una niña pequeña. Rayan era un gigante. Apenas alcanzaba llegarle a los hombros. El rostro bronceado de su prometido descendió y posó los labios sobre los de ella. Suavemente, su lengua se abrió paso y la besó. Olivia esperó rechazo y se sorprendió al sentir un ramalazo de placer. Rayan besaba de maravilla. Y murmuró una leve protesta cuando él se separó.

Él, sorprendido por la agitación que le provocó ese simple beso, se apartó.

—Lo sé. Ha sido muy, muy sugestivo. No te imaginas lo que se me ha pasado por la cabeza —dijo con voz ronca.

Olivia, aún alterada, sin apenas voz, dijo:

—Los invitados...

—Sí, claro. Una pena. Debemos dejarlo para otra ocasión. Querida. Dame el anillo. Lo mostrarás en el momento oportuno.

Olivia se miró en el espejo. El vestido dorado le quedaba como un guante y realzaba su belleza. Lo mismo que el largo collar de perlas grises que su tío le regaló cuando regresó de sus aventuras por los Mares del Sur. Desde luego no ofrecía una imagen de mujer vencida. Por el contrario, de triunfadora. Lo cuál, creerían la mayoría que ignoraban que el marqués estaba arruinado. Por supuesto, Celestine pensaría que su gran rival se había destrozado la vida.

Se ajustó la cinta de diamantes que sujetaba el flequillo, retocó el carmín y se aplicó unas gotas de perfume.

—Estás impresionante, querida —dijo Rayan mirándola con embeleso. A cada día que pasaba, su prometida le parecía más bella. Y aguardaba con ansía poder hacerla suya por completo; a lo cuál ella se había negado.

Ella se colocó el guante con gesto coqueto.

—Impresionante es el Coliseo de Roma o la Torre Eiffel. Yo estoy maravillosa, mí lord.

—Temo que voy a casarme con una mujer muy, muy presuntuosa —bromeó Rayan.

—El reflejo del espejo no engaña, mi lord.

—Ni el de estos brillantes tampoco. Sácate los guantes y luce el anillo como debe ser —dijo él.

Ella se quitó los guantes y se puso la joya.

—Fabulosa —musitó.

—Como mi prometida —dijo Rayan. Se acercó a ella e intentó besarla. Olivia se apartó.

—No quiero volver a retocarme el maquillaje, querido. Deberíamos bajar. Ya habrán llegado todos.

Rayan masculló un reniego. Desde su petición de mano, Olivia se las había apañado para evitar cualquier acercamiento.

—Querida. Temo que antes deberemos puntualizar algunos aspectos que están poniendo en duda nuestro acuerdo.

Ella se detuvo abruptamente y se dio la vuelta.

—¿Cómo dices?

—Me has escuchado a la perfección. Tengo serias dudas.

Olivia se enfrentó a él realmente enojada.

—¿Y lo dices ahora? ¡Por la Virgen Santa! He preparado este momento durante semanas. E incluso he invertido una pequeña fortuna. Un dinero que no podrás devolverme. ¡Qué ilusa! Simplemente me has utilizado para devolver el esplendor a esta finca. Pues sepa, señor marqués, que le haré pagar hasta la última libra. Y no tendré piedad si le embargo las propiedades y lo dejo en la calle.

—En ningún momento he tenido la intención de estafarte. Mi única intención es acercarme a ti íntimamente y una vez tras otra, sacas excusas. ¿Por qué razón? ¿Tanto te repugno?

Ella lo miró estupefacta. ¿Cómo podía ni tan siquiera imaginar que un hombre tan atractivo como él podía provocar ese sentimiento?

—No, por supuesto que no. Es que...

—¿Qué es, Olivia? Necesito que seas sincera o esto no funcionará.

—Yo... Necesito acostumbrarme a la idea de... Ya sabes...

—Lo entendería si fueses inocente. Pero conoces a los hombres y su intimidad. Lo que me hace deducir que no te atraigo y que será difícil que logremos el punto más importante de nuestro

arreglo. Te recuerdo que sin sexo ni heredero no hay boda. Has de aceptar que tengo mis necesidades y no son pocas, te lo advierto.

—Te aseguro que no será ningún problema.

—No quiero en la cama a una mujer que vaya a un sacrificio. Y menos si es mi esposa. No he heredado la flema inglesa. Soy ardiente y espero que mi mujer responda de igual modo.

—Rayan, te aseguro que no me repeles. Tú único beso me sorprendió gratamente. Ese es el problema.

—¿Qué te agradara es un problema para ti? Es desconcertante tú actitud.

Ella sonrió levemente.

—Toda yo soy un despropósito.

—Un desastre que a mí me fascina.

—¿Realmente te gusto?

—¿Quieres que demuestre cuanto?

—Rayan...

—Esta vez no podrás rechazarme, Olivia. Esta vez no —sentenció. Le rodeó la cintura con una mano y con la otra la nuca. Atrajo su rostro hacia el suyo y musitó: Voy a besarte y sentirás tanto placer que las piernas te parecerán de gelatina. Y cuando deje de besarte, me suplicarás que siga hasta que mueras de placer.

—Rayan...

Él la acalló con un beso profundo, casi desesperado. La hurgó sin piedad notando su tensión. Se separó por unos instantes para volver a tomar su boca, esta vez con más calma, recreándose en sus labios hinchidos. El cuerpo de Olivia se relajó y correspondió a la caricia tan íntima con la misma pasión. El beso interminable de Rayan la estaba llevando a un lugar lejano que ya no recordaba, a un mundo de placer y sentimientos al que no quería regresar. Asustada por esas sensaciones, se liberó de su boca.

—Creo que... has comprobado que no me repugnas. Y que... incluso he disfrutado con... el beso. Puedes... puedes anunciar nuestro compromiso —jadeó.

—Y tú has verificado que me gustas y mucho. ¿Qué haremos ahora? ¿Me dejarás así?

El rubor subió a sus mejillas. La erección de Rayan era muy evidente.

—Los invitados nos aguardan.

—Que esperen —protestó él.

—Mí lord. Pensé que era un caballero. Me ha pedido un beso y lo he complacido. No me exija nada más. No hasta la boda.

Él abrió la boca perplejo.

—¿Bromeas?

—En absoluto.

—Es incoherente que una mujer como tú desee esperar a la noche de bodas.

—Que no sea virgen no significa que no sea inteligente o que no desee sentir esa emoción de toda recién casada. Por lo demás, no estoy dispuesta a entregarme a ti y después que decidas romper el compromiso. No pienso pasar ni una humillación más. Eres tú el que más tiene que perder si no aceptas mis reglas. Ya están comprometidas todas las casaderas que podrían sacarte de la ruina. Así que, aguardas o no hay boda. Tú dirás.

—Nada de sexo —gruñó Rayan. Y añadió: Contigo, claro.

Olivia se abstuvo de replicar su grosería. Sacó el lápiz de labios y se retocó.

—¿Bajamos?

—Dame unos minutos. No demos escandalizar a nuestros invitados antes de tiempo —dijo él

señalando hacia su entrepiera.

Las mejillas de Olivia se encendieron al comprender.

—No es lo que imaginas, cariño —dijo su prometido.

Ella abanicándose con energía bajó al salón. Nadie importante había faltado a la invitación.

—Estás preciosa, cielo. Hoy serás la reina —le dijo Alan.

—Celestine no comprenderá porqué me caso con el marqués si es pobre como las ratas. Pero dentro de poco, conocerá la razón; al mismo tiempo que descubrirá que su maridito está en bancarrota. Y eso será en cuanto regresen de su luna de miel.

—Un viaje que ha dejado prácticamente con los bolsillos vacíos a tú primo. Tuvo suerte de que los padres de ella corrieran con los gastos del banquete o no hubiesen podido ni llegar a Francia. Fue una boda del todo disparatada.

—A la que por supuesto, no fui invitada. Dos meses en la inopia y después les llegará la hecatombe.

—La Reina Malvada a tú lado es una corderita, querida —bromeó Alan.

—Celestine no merece otro trato. Desde que nos conocimos no ha dejado de difamarme. Es retorcida, egoísta y fría como el hielo.

—Ahí llega Rayan. ¡Cielos! Está soberbio. ¿Qué le has hecho durante mi ausencia? No. No me lo cuentes que me dará mucha envidia.

—Aunque no lo creas, nada.

Él parpadeó perplejo.

—¿En serio? ¿Por qué? ¡Si es un dulce en almíbar!

—Y mi futuro marido. No un amante eventual. Quiero hacer las cosas como es debido.

—¿Y aceptó? ¡Vaya!

—Como ves, es un caballero.

Olivia no pudo evitar admirar al hombre que con gestos felinos descendía por la escalinata. Era un hombre imponente, terriblemente atractivo y experto en besar a una mujer. Y supuso que en la cama también sabría como levantar la pasión.

—Querida, que comience la función —dijo besándole la mano.

Ella se colgó de su brazo y se mezclaron con el resto de los invitados, que curiosos, miró a la pareja que se encaminaba hacia el centro del salón, completamente restaurado. A una señal del anfitrión, la orquestina dejó de tocar.

—Señoras y señores, el motivo de esta reunión no es otra que comunicar un hecho que me ha hecho inmensamente feliz. Me complace anunciarles le he pedido la mano a la señorita Olivia Coleman y ha aceptado; por lo que estamos comprometidos. Y por supuesto, están ustedes invitados a la boda que será el mes que viene.

El anuncio dejó perplejos a los presentes. Alan rompió el hechizo efectuando un gran aplauso que fue coreado por los demás. A una nueva señal de Rayan, los músicos iniciaron un vals. Los prometidos se unieron dando vueltas mostrando una gran felicidad.

—Es divertido ver sus caras. No dan crédito —susurró Olivia.

—Estarán preguntándose como se me ha ocurrido elegirte siendo pobre, de moral un tanto dudosa y sin un título que arregle el desaguisado. Y, encima, que la boda sea tan precipitada.

—Harán muchas especulaciones. Incluso pensarán que me has dejado embarazada.

—Porque desconocen tu norma tan cruel de mantenerme alejado de tu cama, querida.

—Si fuese otra chica, lo encontrarías lógico. ¿No es así, querido?

—Con una virgen incauta sería fácil aguardar hasta la boda. En cambio, supuse que con tu pasado nos dejaríamos de estupideces.

—Puede que lo encuentres irracional. No obstante, deberías intentar comprender que no eres un simple amante, que te convertirás en mi marido y deseo comportarme como una novia al uso. Aspiro a una noche de bodas con misterio.

—A consecuencia de ello, yo también debo mantenerme a la expectativa.

Olivia le sonrió con candor.

—¿Y no es tentador el enigma?

—Hay una incógnita que ya he descubierto y me produce mucho placer, y es besarte. En realidad, temo que no puedo contenerme.

—Rayan, por favor. ¿Te has vuelto loco? —se escandalizó ella.

—¿No te gustaría darles más motivos para que chismorreen durante meses? Acabamos de comprometernos. Sería lógica una muestra de nuestro infinito amor.

—Es mejor que dosifiquemos las emociones.

Él la miró con ojos brillantes.

—Como desee esta noche mi adorable prometida.

Olivia sintió un nudo en el estómago. Algo le decía que debería escapar cuanto antes. Pero continuó bailando entre los brazos de ese hombre que estaba segura, no sería tan fácil de manejar como creyó.

Lo más granado de la sociedad del Reino Unido estaba concentrado en los bancos de la Catedral de Saint Paul. A pesar de que la mayoría le parecía del todo inapropiado el enlace, nadie quiso perderse la boda del año. Sería tema de conversación en los salones y no querían ser los únicos sin poder criticar los detalles más escabrosos.

—Olivia me confesó que el marqués no tiene ni mil libras en el banco. Ella también está en la ruina. ¿Y se casan? No logro entenderlo —dijo Celestine.

—Pensé que no teníais tratos. Que no os soportáis —dijo su marido.

—Así es.

—¿Y te puso al tanto de la situación de ese mestizo? Es extraño.

—¡Ay, Señor! ¿Piensas que me mintió?

Por supuesto que Howard lo creía. Olivia podía ser muy retorcida. Tanto que, alejó a su rival del mejor partido para abocarla hacia él. Hacia un hombre que no poseía la menor fortuna. Esperaba que su suegro contribuyese con la cantidad necesaria para invertir en un negocio que le reportaría innumerables beneficios en un tiempo record. De este modo evitaría que llegasen a conocer en apenas unas semanas su verdadero estado financiero.

—De Olivia puede esperarse cualquier cosa. Temo que quiso alejarte de él y ha sido una suerte para mí. Lo que soy incapaz de entender es que ha llevado al marqués a elegirla como esposa. Ha perdido prestigio, dinero y nobleza.

—¿Estará embarazada? ¡Ay, Dios! Debe ser eso —sugirió Celestine.

—Todo es posible. Aunque, dudo que Rayan sea de ese tipo de hombres que reparan un honor mancillado.

—Pero cabe la posibilidad que le de un heredero y es lo que todo hombre desea —apuntó ella.

—¿Me lo darás a mí pronto, cielito? Esta noche volveremos a intentarlo —le susurró su esposo acariciándole la espalda.

A ella se le erizó la piel de asco al sentir su contacto.

—¡Contente, por Dios! Estamos en lugar sagrado.

—Pues Rayan es hijo de una egipcia. ¿Seguro que es cristiano? Lo que sí es evidente que este casorio le habrá costado una fortuna. Pero, ¿qué nos importa? Sé que jamás podrán ser tan felices como nosotros. Tenemos todo lo que se puede desear. ¿No es así, mi cielo?

Celestine se abanicó con brío. No. No tenía lo que ambicionaba. Sí. Consiguió un marido rico, con un título excelente, pero tan feo y repugnante como un cochino. Aún se estremecía al recordar la primera vez que la poseyó. No es que tuviese mucha experiencia, pero por lo que había leído en las novelitas románticas, Howard se comportó con torpeza y egoísmo. Lo atribuyó al nerviosismo de un recién casado. Pero después la cosa no mejoró. Y lo peor de todo era que cada noche acudía a su habitación. Ninguna excusa le servía para evitar que no la poseyese. La única esperanza era quedarse en cinta. Un embarazo conseguiría que parasen sus instintos lujuriosos.

La música anunció la entrada del novio. Rayan avanzó por el largo corredor acompañado del padrino.

—Será la boda más fastuosa de la temporada. ¿Viste cómo quedó la casa tras la restauración? Debió costarle una verdadera fortuna. En cambio, Olivia no tiene un penique y su reputación no es precisamente la ideal para un marqués —dijo Lady Pluman.

—Y aún así, se ha llevado al mejor partido. Algún oscuro secreto debe existir. ¿No te parece,

querida? —susurró su esposo.

Celestine apretó los dientes. ¿Por qué había sido tan estúpida al creer a Olivia? Ahora veía claro sus verdaderas intenciones. Quedarse con el mejor partido. ¿Pero cómo iba a pensar que una mujer de su calaña lograría conquistarlo? Él procedía de una cultura donde la mujer debía ser respetable y en especial, virgen. No llegaba a comprender que había pasado. Pero lo averiguaría.

Al verla entrar comprendió la razón. Olivia era la novia más hermosa. Parecía un ángel. La perfección hecha carne. Y los hombres caían rendidos ante la belleza, sin importar la reputación o situación de una mujer. Olvidaban lo correcto en favor de sus instintos. Y ella, por supuesto, sabía como contentarlos en el lecho. No dudaba ni un segundo que utilizaba las técnicas de las prostitutas para embrujar a sus amantes. Y Rayan cayó en su trampa.

—Unas joyas magníficas. Debieron pertenecer a la marquesa —susurró Howard.

Sí. Eran espectaculares. Pero Howard se equivocaba. Rayan tuvo que vender todas las alhajas para poder aparentar una riqueza que no poseía hasta conseguir una esposa adecuada. Fue Olivia quien aportó cada una de ellas. Unas joyas que costaban una verdadera fortuna.

A diferencia de los invitados, a su futuro marido no le importaba lo más mínimo sus joyas. Si hubiese llegado hasta él con un simple camisón, la habría encontrado igual de bella. Y por primera vez, se dio cuenta de que en breves minutos esa muñeca angelical sería suya. Sería su amo y señor. Esa idea le provocó un ramalazo de emoción. En apenas unas horas cumpliría el sueño de tenerla en su cama. La espera apremiante había terminado.

—Pensé que sería imposible, pero hoy aún estás más hermosa que nunca —le susurró cuando llegó junto a él.

Ella aferró el ramo con más fuerza. Estaba a punto de cambiar su vida por completo. Aún estaba a tiempo de remediar esa locura. Podría olvidar esa idea absurda de recuperar el condado y largarse lejos para vivir como le apeteciera, sin escatimar ni un lujo. Si decidiese echar a correr, nadie se extrañaría. Al fin y al cabo haría honor a su fama de alocada e irreverente. Sin embargo, recordó lo que la había llevado hasta allí y permaneció quieta.

La ceremonia transcurrió como en sueños. Apenas fue consciente de que se había convertido en la señora, marquesa de Langfort.

—Deberías mostrar más emoción, querida —musitó Rayan.

—Los ingleses somos fríos como el mar que nos rodea. Mucha emoción no sería creíble.

—¿Estás segura que eres de pura raza? En dos ocasiones me has demostrado que tienes fuego. Por eso sé que esta noche me harás arder. No te imaginas lo ansioso que estoy por quemarme cuando cumpla con mi deber carnal de esposo.

—¡Por Dios, Rayan! Muestra un poco de respeto. Estamos en lugar sagrado —se escandalizó ella.

—Lamento la impertinencia. No estoy acostumbrado a estos ritos.

Ella parpadeó perpleja.

—¿No eres anglicano?

—He crecido en Egipto. Mi familia es musulmana. De todos modos, no soy muy creyente. ¿Lo eres tú?

—Lo fui.

—¿Perdiste la fe?

Olivia no pudo contestar. La lluvia de arroz los obligó a protegerse.

Tras las obligadas fotografías, se dirigieron al restaurante. El mejor de la ciudad, con el mejor chef. Olivia estaba dispuesta a resarcirse de cada una de las humillaciones. A partir de este día solamente hablarían de la increíble boda que ofrecieron los marqueses de Langfort.

—Apenas has probado la comida.

—Es tradición que las novias no tengan apetito. Los nervios, ya sabes.

—Pues es una pena. Está todo delicioso. Y te recuerdo que te ha costado una fortuna. No hemos escatimado en la materia de mejor calidad. Ordenaré que nos lleven algo a la habitación para cenar. Aunque, no se si tendrás ocasión. Pretendo mantenerte muy ocupada, cielo.

—Eres único para tranquilizar a una mujer — rezongó Olivia.

Rayan curvó la boca en un rictus escéptico.

—¿De veras estás nerviosa?

—¿Por qué te cuesta tanto de creer?

—Eres una mujer mundana, ¿no es así?

—La experiencia de nada sirve cuando una tiene que convertirse en la esposa de un completo desconocido.

—Los dos estamos por descubrir. De todos modos, yo ya se algo de ti. Que eres la mujer más hermosa que jamás he conocido —dijo él mirándola con intensidad. El momento tan anhelado estaba a punto de hacerse realidad. Moría por poseer a esa mujer. Nunca deseó a otra de ese modo tan feroz. No estaba acostumbrado que ninguna lo rechazase. Lanzaba la trampa y caían en ella sin dudar.

—Una cualidad que el tiempo se encarga de destruir. Y no me importa, pues no considero que la belleza sea una virtud de la que sentirse orgulloso.

—Es una ventaja cuando está en su esplendor. Pero estoy seguro que aún siendo una ancianita, perdurará tu hermosura.

—Dudo mucho que un hombre como tú admire a las ancianitas.

—¿Tan frívolo me consideras? —se ofendió Rayan.

—Lo mismo de mi se dice y lo has creído —dijo Olivia.

—¿Y no es cierto?

Ella sonrió dulcemente.

—Nunca una mentira lo es en su totalidad, ni tampoco la verdad.

Él también dibujó una sonrisa.

—Desde el primer momento te consideré hermosa. Y después comprobé que tu cabecita no estaba hueca. Pero a cada día que pasa, me doy cuenta que además eres inteligente. Una combinación peligrosa.

—Lo cual te decepciona.

—¿Por qué debería? —inquirió su marido.

—Los hombres prefieren a una esposa callada, sumisa y sin muchas luces. No soportan que piensen.

—¿Acaso no te has percatado de que yo no soy un hombre corriente. Tu ingenio aún aumenta más mi apetito por ti. ¿Nos vamos ya al hotel?

Ella negó con la cabeza. Se levantó y le tendió la mano.

—Por el momento, deberás conformarte con llevarme a la pista de baile. Como manda la tradición, debemos iniciarlo.

Rayan se levantó.

—¡Malditas tradiciones! —rezongó por lo bajo.

Iniciaron el vals reglamentario. Rayan la llevó entre sus brazos como si fuese una pluma y sintió como si volase. Nunca llegó a saber si por las excesivas copas de champaña o por una situación que aún le parecía irreal.

Tras el baile, su marido la entregó a su mejor amigo.

—Ya lo has hecho, insensata. Enhorabuena —le dijo Alan.

—¿Primero me llamas loca y después me felicitas? Ambiguo, como siempre.

—No en serio. Estoy preocupado.

—¿Por qué? He conseguido lo que quería. No todo el mundo puede decir lo mismo.

—¿De veras? Esto no es una de tus aventuras, Oli. Te has casado. Ahora perteneces a un hombre. Ya no eres libre. ¿Entiendes a lo que me refiero?

—¿Por Dios, Alan! No seas tan dramático. No estamos en la edad media. Una mujer a pesar de estar casada goza de libertades.

—¿Has puesto sobre la mesa esas normas?

—Todas. Pero el matrimonio no es una condena. Existe el divorcio.

—Por supuesto. Pero no veo a Rayan tomándose muy bien que su esposa le pida separarse. Como tampoco que se deje manejar por ti del modo que estás acostumbrada. Ten cuidado, preciosa. Y si necesitas algo, lo que sea, no dudes en llamarme. ¿De acuerdo?

—Sé que siempre podré contar contigo. Pero no será necesario.

—El tiempo prudencial para evitar a las casaderas ha llegado a su límite. Tengo que irme antes de que mi padre me apremie. Disfruta mucho de Egipto. Y también de ese hombretón, tú que puedes.

—¿Qué hay de...? Ya sabes.

—Nos estamos conociendo. Le he propuesto ir a Florencia y ha aceptado. Iremos dentro de dos semanas. Presumo que al ver tanta belleza esculpida, terminará por rendirse a la mía.

—Lo hará. Eres un hombre muy guapo y divertido. Una combinación irresistible.

—Lo sé —dijo él sin el menor signo de modestia.

—Os alojaréis en mí casa.

—¡Oh! No deseo ser una molestia.

—No lo seréis. Pago a unos empleados para que cuiden del palacete. Se limitarán a hacer su trabajo. Pasa por casa. George te entregará las llaves y se encargará de enviar una nota para avisar a los criados de vuestra llegada.

—Gracias. Eres la mejor.

Olivia lo besó en la mejilla.

—Disfrutad.

—Lo intentaremos. Nos vemos a mi regreso. Y ten cuidado con ese hombretón. Utiliza los colores brillantes de la salamandra para esconder el veneno.

—Pues ha dado con una bruja que conoce todos los antídotos —bromeó ella. Lo besó dulcemente en la mejilla y Alan abandonó la celebración.

Rayan le hizo una señal para que se reuniese con él.

—Te aseguro que si no supiese de que pie cojea, me mosquearía —le dijo.

—Si Alan no fuese homosexual, te aseguro que hubiésemos dejado de ser solteros hace muchos años. Es un hombre extraordinario.

—Lo sé. ¿Podemos irnos ya?

—Aún no. No sería educado.

—He intentado comportarme como todo un lord inglés. Y no sabes el esfuerzo agotador que esto supone. He estrechado manos, saludado, recibido felicitaciones y ya estoy agotado. Si aparece uno más para decirme que soy muy afortunado, lo mandaré a la porra.

—Rayan, por favor —jadeó Olivia.

—¿Qué? Es la verdad. Necesito ir ya al hotel. Necesito estar con mi mujer a solas y descubrir todos sus secretos más íntimos.

—Para la primera noche, temo que pides demasiado.

—Deberías conocerme ya. No soy hombre que se conforme con medias tintas.

Era absurdo comportarse como una chiquilla. No era una virgen que estaba a punto de ir al tálamo. Todo lo contrario, no sería ningún sacrificio practicar sexo con ese hombre tan atractivo y sensual. Rayan sabría como arrancarle esa pasión que mantenía aletargada desde hacía mucho tiempo.

—Tienes razón. Hemos cumplido. Deja que hable con George y nos vamos.

Su primera noche como casados transcurriría en el hotel más lujoso de la ciudad, pues al día siguiente deberían partir hacia Egipto para disfrutar de su luna de miel y conocer a la familia de Rayan.

Olivia, tremendamente nerviosa, se dispuso a cruzar el umbral, pero Rayan la detuvo.

—Hay que cumplir con la tradición —dijo. La alzó en brazos y con el pie abrió la puerta. Una vez dentro la posó en el suelo sin soltarla. Bajó el rostro e intentó besarla.

—Rayan, nos observan —susurró ella.

Él miró al botones. Sacó un billete del bolsillo y se lo entregó ordenándole que bajo ningún concepto fuesen molestados. Olivia aprovechó para alejarse de su marido.

—Voy al baño.

Rayan se acercó a la mesa y descorchó el champaña. Llenó la copa y dio un sorbo, sin dejar de mirar la puerta que daba al aseo. A lo largo de su vida poseyó a muchas mujeres. Unas bellas, otras interesantes. Jóvenes, maduras. Todas ellas deseadas, pero jamás experimentó el ansia que Olivia le provocaba. Tal vez por ser la primera que se resistía a sus encantos. Y deseaba demostrarle que a partir de esa noche no volvería a rechazarlo. Incluso podría descubrirle placeres desconocidos que la harían derretirse.

Olivia salió. Se acercó al baúl y buscó en el interior.

—He olvidado el camisón.

—Temo que no será necesario, querida.

Olivia contuvo el aliento. Sabía lo que iba a suceder y aún así, no podía evitar sentirse como una virgen inexperta. Y no entendía la razón. No era el primer amante que pasaba por su cama. Y Rayan no era nadie especial. Nadie con el que llegaría a implicarse. Debería ser práctica, disfrutar de la compañía de ese hombre tan imponente y que la inmensa mayoría de mujeres deseaban. Y era suyo. Por el momento, solamente de su propiedad.

—El camisón es más asequible para un hombre —musitó.

—No soy un adolescente. He desvestido ropajes más complicados. Además, tenemos toda la noche por delante —replicó él comenzando a desabrochar el primer botón, al mismo tiempo que sus labios recorrían su nuca. Olivia se estremeció. Él no se detuvo y siguió hostigándola con sensualidad. La punta de su lengua recorrió cada milímetro de piel que el botón dejaba libre, hasta que llegó al final de la espalda.

En ese instante, Olivia se separó. Dio media vuelta. Tenía las mejillas encendidas y ese hormigueo que uno siente cuando la excitación se apodera de la piel. Rayan era realmente habilidoso. Apenas unas leves caricias habían conseguido incitarla a desear que continuase tocándola.

—¿Tienes calor? —dijo él mirándola con ojos encendidos por la lujuria.

Sí. El fuego ardía en sus entrañas. Y esperaba que Rayan apagase ese ardor. Tenía experiencia. Pero nunca había estado con un hombre como su marido. Derrochaba masculinidad, pasión y sensualidad. Se sentía cohibida. A pesar de ello, apartó la vergüenza y dejó caer el vestido.

—¿No me ofreces una copa? —dijo apartándolo de un zapatazo.

Él llenó con rapidez dos copas sin poder retirar sus ojos ámbar del cuerpo enfundado en la combinación. Le dio una y apuró la suya de un solo trago. La muñequita de porcelana ocultaba unas formas suaves, pero bien definidas. Perfectas. Un cuerpo moldeado para gozar y

proporcionar placer. Y era suyo. Solamente suyo.

—Si pretendes retardar lo inevitable, no te saldrá bien. Esta noche serás mía. Tal como me prometiste —aseguró con voz ronca.

—Y lo seré, esposo mío. Como pactamos. Pero apenas he comido y estos bocados parecen exquisitos —dijo ella.

Rayan dejó la copa sobre la mesa y volvió junto a Olivia. Tomó la que ella mantenía entre sus manos y la tiró sin contemplaciones.

—La impaciencia no es recomendable. Has roto una copa de cristal carísimo.

—Y romperé una seda delicadísima, a no ser que te quites la combinación.

—Tú ímpetu te costará caro.

—¿Y qué demonios me importa? Ahora solamente me interesas tú. ¡Dios! Eres preciosa —jadeó su esposo.

—No se si hambrienta corresponderé a tus exigencias —bromeó Olivia.

—Puedes devorarme —propuso Rayan quitándose la chaqueta.

—Estoy acostumbrada a la mejor carne, marqués.

—La mía es exquisita. Tierna, sabrosa y recién salida de las brasas. Quemo, cariño —le aseguró Rayan. La atrajo hacia su pecho y la besó con hambruna. Ella le correspondió con la misma intensidad. Los dedos de Rayan deslizaron los tirante. La combinación cayó. Impaciente desabrochó el sujetador. Los senos menudos de Olivia se mostraron desafiantes.

—No son turgentes —se lamentó ella.

—Son deliciosos. La medida perfecta —dijo él rodeándolos con sus enormes manos. Con los dedos pulgares acarició los pezones, con mucha más delicadeza de lo esperado.

Ella comenzó a respirar con angustia. Y sus jadeos se incrementaron cuando la boca de Rayan los devoró. Hundió las manos en el cabello de su esposo y se dejó llevar por increíble sensación de placer.

—Intuía que eras ardiente —jadeó él.

—Me gusta... el sexo. Pero no... Te equivoques. No con cualquiera.

—Así que puedo considerarme privilegiado —dijo él bajando las manos hasta las braguitas.

Ella lo obligó a separarse.

—¿Qué ocurre? —se quejó Rayan.

—¿Vas a hacerme el amor vestido? Desnúdate. Yo también quiero verte y tocarte.

Rayan se quitó la chaqueta y se arrancó la camisa. Los botones saltaron.

—Le estamos dando mucho trabajo a nuestros costureros —dijo Olivia deslizando sus ojos azules por el pecho musculoso de su marido.

—Así fomentamos el mundo laboral —masculló Rayan. Comenzó a desabrocharse el cinturón. Olivia lo detuvo.

—Eres tan fuerte y hermoso. Me recuerdas a las esculturas del renacimiento —suspiró acariciándolo.

El apretó los dientes.

—Pues te aseguro que soy de carne y hueso. Y estoy ardiendo. Ardo por ti, preciosa. Soy puro fuego.

La mano de Olivia descendió hasta su entrepierna. Notó la enorme dureza. La rozó sutilmente.

—No hagas eso —resopló él.

—¿No te gusta cómo te toco?

—Lo haces de maravilla.

—¿Entonces?

—Quería tomarme esto con calma, pero por tú culpa me es imposible, cielo. No puedo esperar más —masculló Rayan. La tomó de la cintura y la sentó sobre la mesa. La besó con furia mientras le quitaba las braquitas de seda. Las lanzó lejos. Sus dedos acariciaron su montículo dorado. Ella aguantó el aliento anticipándose a lo que llegaría. La mano se hundió en la maraña y se movió experta. Suspiró aliviado al ver su reacción.

—Estás muy húmeda.

Hacia mucho tiempo que ningún hombre había logrado hacerle perder la sensatez.

—¿Acaso no me prometiste llevarme al paraíso? Hazlo ya —dijo intentando soltarle el cinturón.

—Tranquila, preciosa. Tranquila —dijo él ronco. Se desabrochó con torpeza. Su masculinidad se liberó dispuesta a tomar aquello que le pertenecía. A esa mujer magnífica. Acunó su rostro entre sus manos y le preguntó: ¿Me deseas?

Ella, respirando con dificultad, respondió.

—Deja de hablar y tómame de una maldita vez.

Rayan no la hizo esperar. Aferró sus caderas y ella se abrió para él. La penetró sin contemplaciones, de un solo golpe. Ella ahogó un quejido.

—Lo siento. Estás muy húmeda. Pensé que... estabas mucho más estimulada —se extrañó, al notar su estrechez.

—Lo estoy. Lo estoy. No te detengas.

—Debería. No estas... a punto, no. Pero no puedo aguardar, cielo. No puedo parar ya —gimió Rayan moviéndose contra ella. Y contrariamente a lo que era habitual, le fue imposible controlarse. Profundizó y en apenas unos segundos se dejó llevar exhalando un gemido. Buscó la boca de Olivia y con la respiración alterada, susurró: Lo siento. Lo siento, cariño.

—No importa. Tranquilo. Suele ocurrir.

—A mí, jamás. No soy egoísta. Disfruto más viendo gozar a mi pareja. Pero me has puesto muy caliente, gatita. Eres una mujer muy sensual.

—Me gusta disfrutar.

—Te compensaré. Te haré gozar.

Comenzó a hurgarla con dedos expertos, acariciándole con la otra mano los pechos. Ella enredó las manos en su cabello y apoyó la frente en la de su marido. Su respiración se tornó angustiada. Exhaló un suspiro y se meció contra esos dedos maliciosos.

—Ahora sí estás gozando, ¿verdad? Así me gusta, cariño. No te reprimas.

Ella aseveró mordiéndose los labios. Rayan aceleró sus caricias profundas. Tomó en su boca uno de los pezones inhiestos y lo succionó suavemente. Olivia se arqueó contra esa mano insidiosa. Rayan la estaba llevando a un mundo donde la razón no existía. Solamente las sensaciones y no le importó. En ese instante lo único que codiciaba era llenarse de placer. Puro placer animal.

—Estás empapada, derritiéndote. Desbórdate para mí. Hazlo sin pudor. Muéstrame el placer que te estoy dando. No te contengas. Libérate, preciosa. Gime, grita.

Ella apoyó las manos en la mesa, cerró los ojos y dejó que el fuego terminase por devorarla. Se convulsionó perdida en el éxtasis, jadeando entrecortadamente. Su marido tomó su boca y sus gemidos se unieron a los besos apasionados.

—No sabes lo feliz que me hace ver como te satisfago, cielo —dijo Rayan observando su rostro sofocado. Mordisqueó sus labios y susurró: Prometo que la próxima vez será muy distinto.

—¿De veras? —inquirió ella con tono burlón.

—La culpa ha sido tuya. Me hiciste esperar tres meses. No hay hombre que resista cuando

consigue el objeto de su obsesión.

—Ahora ya no soy una novedad.

Rayan paseó el dedo índice por sus labios hinchidos. Ella, mirándolo fijamente, abrió la boca y lo lamió. Una ráfaga de excitación traspasó la espina dorsal de Rayan.

—El misterio ha sido descubierto.

—¿Y qué te parece?

—Un descubrimiento fascinante. A ti aún te queda por averiguar como me comporto cuando la ansiedad no me domina.

—¿Estás dispuesto a demostrármelo ahora mismo o deberé aguardar?

Rayan le tomó la mano y la llevó hacia su miembro.

—Con tu colaboración, te prometo que en unos segundos.

Olivia lo apartó suavemente. Bajó de la mesa y camino hacia el lecho.

—Mejor en la cama, mí lord.

—Por supuesto —aceptó él acercándose.

Ella se recostó. Antes de que Rayan llegase a su lado, alzó la mano deteniéndolo.

—Desnúdate antes.

Su marido no dudó en hacerlo. En menos de un minuto se mostró tal como Dios lo trajo al mundo.

—¡Cielos! —exclamó Olivia al ver su masculinidad inhiesta.

Él soltó una carcajada profunda. Subió a la cama y la atrajo hacia él.

—Pues aún no estoy en plena forma.

—Lo solucionaremos —aseguró Olivia.

Rayan cerró los ojos para sentir con más intensidad sus caricias.

—Ya ‘iihi —murmuró.

—Dicen que los árabes poseen una gran masculinidad. Compruebo que es cierto —musitó ella impactada por su erección.

Rayan la acarició entre los muslos, buscando el botón escondido. Lo rozó sutilmente. Ella empujó las caderas hacia esa mano torturadora.

—Y a mi me habían dicho que las inglesas eran frías como un témpano y tú eres puro fuego.

Olivia buscó su boca y lo besó con hambruna.

Rayan lanzó un gemido. Esa mujer era peligrosa. Conseguía hacerle perder el control.

—Patrañas. Solamente necesitamos un hombre experimentado para desatar nuestra pasión — jadeó ella. Sin dejar de estimularlo, se tumbó de espaldas.

—Y estoy aquí, cariño. Todo para ti —dijo él ronco. Se posó sobre ella, le separó los muslos y la penetró.

—Dame lo que deseo —le suplicó ella.

—Esta vez se portará muy bien. Esta vez te llevaré al paraíso, preciosa.

Se hundió en ella una y otra vez. Y en cada embestida, su corazón latía con más fuerza.

—Mírame, cariño. Mírame.

Ella abrió sus ojos azules. Estaban plomizos a causa del placer que estaba sintiendo. Sus mejillas sofocadas y sus labios temblorosos.

—Estás preciosa cuando te excitas, cariño.

Olivia se aferró a su espalda y empujó las caderas para acompañarse a los movimientos de su marido. La espiral de fuego estaba expandiéndose por cada poro de su piel, hasta que estalló elevándola a un éxtasis salvaje. Su respiración se tornó agónica y su cuerpo se convulsionó. Rayan dio el último embiste y se dejó arrastrar por el orgasmo más potente de su vida. Tomó el

rostro de su mujer entre las manos y la besó con languidez, recreándose en esa boca fresca y deliciosa.

—¿Cómo estás?

Ella le acarició la mejilla y sonrió.

—De maravilla, pero muerta de hambre. Te recuerdo que no he probado bocado en todo el día.

Rayan se levantó. Llenó el plato y regresó junto a ella. Cogió un canapé y dijo:

—El pastel de hojaldre relleno de cangrejo está es delicioso.

—¡Eh! —se quejó ella al ver que se lo zampaba.

—Tengo que recuperar fuerzas si quiero seguir complaciéndote, querida.

Olivia y Rayan, en apenas unos minutos, devoraron los restos del banquete. Él llenó dos copas de champaña y le ofreció una. Parte del contenido cayó sobre su vientre. Rayan se inclinó y lamió el líquido dorado.

—¿Qué haces? —protestó ella.

—Es el champaña más caro del mundo, cielo. Nunca desperdicio algo tan precioso.

Ella posó la mano en su pecho y lo obligó a tumbarse de espaldas. Se colocó encima de él y dijo:

—Y yo nunca termino una comida sin postre.

—Compruebo que tienes muy buen apetito.

—Disfruto de los placeres que me otorga la vida.

—Pues, aprovecha este, cariño —dijo Rayan.

Olivia, aún medio dormida, se desperezó estirándose como una gata.

—Buenos días, princesa.

Abrió los ojos. Al ver a Rayan reflejaron temor. Pero fueron tan solo unos segundos, hasta que recordó lo acontecido el día anterior. El hombre imponente que estaba en su cama era su marido.

—Marquesa, si no te importa. ¿Qué hora es? —preguntó somnolienta.

—Tarde. Tenemos el tiempo justo para tomar una ducha y un almuerzo ligero.

—Necesito dormir más. Estoy rendida —gruñó Olivia.

—Haberlo pensado antes. Te advertí que me gusta disfrutar del sexo.

—Y a mí se me olvidó decirte que mi humor no es agradable cuando despierto.

—Ahora estoy yo para cambiar la situación —dijo él. Saltó de la cama y la alzó en sus brazos.

—¡Suéltame! —protestó su mujer.

Desoyéndola, entró en el baño, abrió el grifo y la colocó bajo él.

—¡Ah! ¡Esta helada! ¡Eres un animal! —gritó Olivia.

Rayan se colocó frente a ella. Sus ojos de ámbar la miraron con intensidad.

—En estos momentos soy una bestia sin control. Y deseo devorarte.

Ella tragó saliva. Rayan, bajo la cascada de agua, ofrecía una imagen tan sensual que hasta dolía.

—¿No tenemos que darnos prisa? —musitó.

—Lo primordial ya está preparado —dijo él tomándole la mano. Ella comprobó que no mentía.

—¿Vamos a hacerlo en la ducha?

Por su tono él dedujo que era la primera vez que se encontraba en esa situación. Y le sorprendió gratamente. Aún podía ser el primero en mostrarle ciertos placeres.

—Vamos a hacerlo, sí. ¿O alegas algo que pueda impedirlo?

Ella sonrió seductoramente.

—Nada que oponer a las novedades, señor marqués. Enséñeme, por favor. Le prometo que seré una alumna muy disciplinada.

Rayan bajó el rostro y buscó su boca. La atrapó en la suya y la devoró con deleite. Ella le rodeó la nuca con los brazos y se pegó a su cuerpo atlético. A pesar del agua fría, sus pieles ardían.

—Eres una bruja que me obliga a comportarme como un insensato adolescente.

—Pierde la razón, pues —le pidió ella.

Lo ojos de su marido lanzaron chispas.

—A sus órdenes, mi señora.

Se relamió los labios y se arrodilló ante ella. Olivia contuvo el aliento.

—Ábrete para mí.

—Rayan no...

—¿No disfrutas con esto?

—No lo se.

Él permaneció unos segundos perplejo. Al parecer, la vida disipada de Olivia no era tan atrevida como se podía imaginar.

—¿Quieres averiguarlo?

Ella aseveró.

Ahogó un gemido cuando su lengua jugueteó remolonomamente sobre su punto de placer. Las piernas se le tornaron de gelatina. Apoyó las manos en la cabeza de su marido y se dejó llevar por las sensaciones exquisitas de su boca malvada.

—Rayan, por favor.

—¿Qué quieres?

—Más...

Él cumplió su mandato. Ella cerró los ojos y se sumergió en las sensaciones exquisitas que su boca descarada le proporcionaba.

—Contigo soy incapaz de dominarme —refunfuñó su marido.

Con gesto impaciente la volteó. Sus enormes manos aprisionaron sus pechos y los masajeó suavemente, mientras su boca se deleitaba en su cuello. Lentamente, su caricia fue descendiendo hasta detenerse en el montículo dorado.

Olivia contuvo el aliento. Apoyó las manos en la pared. Los dedos comenzaron a torturarla dulcemente y jadeó excitada. ¿Qué le ocurría con ese hombre? Siempre necesitó que la estimularan lentamente y jugar con su pareja para conseguir la excitación. Pero él, apenas la tocaba y su cuerpo se derretía exigiendo que la tomase de inmediato, permitiéndole hacer cosas del todo obscenas.

Y lo hizo. La sujetó con fuerza y la invadió llenándola por completo.

—¿Es lo que querías?

—Sí —murmuró Olivia.

—¿Notas lo duro que estoy?

Ella suspiró.

Rayan comenzó a moverse, sin dejar de incitarla. Ella cerró los ojos para sentir con más fuerza el deleite que le estaba regalando y que la inundó de un modo salvaje. Los jadeos de Rayan sobre su nuca se unieron a los de ella, cuando el orgasmo los alcanzó de un modo brutal.

Durante unos minutos permanecieron entrelazados, intentando calmar el latido de sus corazones.

—Ese avión no esperará —dijo él. La besó en el cuello, apagó el agua y salió de la ducha. Cogió dos toallas, le lanzó una a ella y comenzó a secarse.

Olivia se envolvió y entró en la habitación. El camarero ya había dejado el desayuno en la mesa. Al ver la comida, su estómago rugió. Se sentó y se sirvió una generosa cantidad de huevos revueltos, dos tostadas, un vaso enorme de naranjada y varios pedazos de beicon.

—¿Siempre comes así?

—Soy de buen comer, sí.

Él levantó las cejas.

—Pues no lo parece.

—Las mujeres de mi familia siempre han sido flacas. ¿Los hombres de la tuya son también tan fuertes?

—Lo ignoro. Soy hijo único y no tengo tíos, ni primos. ¿Y tú?

—Ningún hermano. Por desgracia, sólo el imbécil de mi primo.

—Es una lástima que no estés presente cuando descubra que su mujercita está también en la miseria.

Olivia irguió la espalda.

—¿Qué sabes?

—Mi abogado me informó que la familia de Celestine debía abonar los impuestos en un mes. Y pedirán el dinero a Howard.

—Un dinero que, por supuesto, no podrán obtener —dijo ella sin poder evitar una sonrisa cargada de maldad.

—La venganza no es buena compañera de viaje, Olivia. A veces se revuelve contra uno.

—No es venganza, es justicia. Él nunca fue digno del ducado ni del dinero. Jamás visitó a nuestro tío cuando estuvo enfermo. Y cuando creyó que me lo quitaba todo, me echó como a un perro. Tiene lo que se merece y esa zorra también. Son tal para cuál.

—Espero no ser objeto de tu desprecio nunca. A saber que serías capaz de hacerme — bromeó él.

Su mujer también sonrió.

—Tendrás que portarte bien o conocerás mi ira.

—¿Consideras que me estoy portando bien desde que nos hemos casado?

Olivia dio un mordisco al beicon y en lugar de responder, dijo:

—¡Um! Está delicioso. Frito en su punto justo. Pruébalo.

—No como cerdo.

—¿No te gusta?

—Soy medio musulmán. ¿Recuerdas?

—¡Oh! Pensé que... Como dijiste que no eras religioso.

—Hábitos que le inculcan a uno desde niño. ¿Tú tienes alguno en especial?

—No tomarme las cosas demasiado en serio.

Él, con semblante pensativo, untó mermelada de frambuesa en la tostada y tras dar un bocado, dijo:

—¿Ni las importantes?

—Mucho menos. He aprendido que no son eternas y cuando las pierdes, sufres demasiado.

—A los veinticinco se es muy joven para pensar así.

—Y a los treinta demasiado mayor para no haber llegado a esa conclusión —replicó ella.

—Puede que nuestras experiencias no sean las mismas.

—Puede...

Rayan respetó su silencio. Habían compartido sus cuerpos, pero aún no existía la confianza suficiente para desnudar sus almas.

Miró el reloj y apuró la naranjada.

—Tenemos que vestirnos.

Olivia se sirvió una taza de té.

—El avión no saldrá sin nosotros.

—Tienes miedo a volar. Es eso, ¿no?

—¿Qué? ¡Por supuesto que no! Soy una chica moderna e intrépida.

Rayan la miró con intensidad.

—Y apasionada. Compruebo que me he casado un una chica muy completa. Presiento que nuestro matrimonio será divertido.

—¿Te estás burlando? —se picó ella.

—¿Tengo que tachar el sentido del humor de tus virtudes?

—Me gusta que se rían conmigo, no que se rían de mí.

—Hablo muy en serio. Creo sinceramente que hemos hecho una buena alianza. Como que también tenemos que irnos ya.

Olivia se vistió para el viaje. Una blusa vaporosa y pantalones.

—No entiendo a los hombres que no soportan a una mujer con ropa masculina. Con lo bien que os sienta —dijo Rayan admirando su trasero.

—¿Nos vamos?

Cruzó la puerta y su marido no pudo contenerse, y le palmoteó la nalga.

—¡Señor marqués! —exclamó Olivia.

—La culpa es suya por provocar, marquesa.

Ella puso los ojos en blanco.

—En marcha.

El coche los llevó al aeródromo. Un aeroplano Latécoère de cuatro plazas les estaba aguardando.

—Precioso, ¿no te parece? —dijo Rayan.

Olivia asintió sin mucho convencimiento.

—Es el avión más moderno y estamos en manos del mejor piloto.

—Si tú lo dices...

—¿Nunca has volado?

—Una vez y no me gustó. No paraba de oscilar. Una sensación nada agradable. ¿No podríamos ir en barco? Un buen camarote, cama amplia, comida excelente y baile. ¿No te parece mejor plan?

—¿Y pasar días en alta mar exponiéndonos a un tormenta? No, cielo. En menos de veinticuatro horas estaremos en nuestro destino. Confía en mí. Todo irá de perlas.

Olivia no se consideraba una mujer cobarde. Pero volar la atemorizaba. En cambio, a su esposo le parecía la experiencia más fabulosa del mundo. Mientras él disfrutaba observando las cosas a vista de pájaro ella se encogía más y más en su asiento, rezando para que el motor no dejase de funcionar. Y no besó el suelo al aterrizar por pura vergüenza.

—¿Así que no tenías miedo? —se burló Rayan.

—No soporto las alturas. ¿Es necesario que continuemos volando?

Él abrió la puerta del coche que los llevaría al hotel de París.

—Una mujer moderna como tú debería estar acostumbrada a los nuevos transportes.

—Hay modernidades que no son necesarias —remugó ella, acomodándose.

Rayan se sentó a su lado y el coche se puso en marcha.

—En eso estoy de acuerdo. Es incomprensible que a las mujeres les de por prescindir de sus hermosas cabelleras. Y en cambio los hombres deban lucir enormes mostachos.

Olivialadeó el rostro.

—Los tiempos que teníamos que complaceros han quedado atrás. Ahora debemos sentirnos libres. Mi cabello corto es práctico y fácil de mantener. En cuanto al bigote, me alegro que no sigas los dictámenes de la moda. Me gusta un rostro bien afeitado. Se aprecia mejor la belleza.

—Lamento no poder congratularme al igual que tú con el peinado. Aunque, reconozco que no ha mermado para nada tú hermosura. Al contrario. El matrimonio te ha sentado muy bien. Estás arrebatadora. En cambio, a mí, me ha trastornado. Constantemente deseo perderme dentro de ti y sentir como te convulsionas de placer.

—Rayan, por favor. Un poco de discreción —jadeó ella mirando hacia el conductor.

—Querida, te has casado con un mestizo salvaje a quien no lo han educado en las costumbres de la nobleza. A veces me cuesta controlar mis impulsos. Pero tú me enseñarás, cariño. ¿Verdad?

—Y también a dejar de tomarme el pelo. No creo ni por un segundo que no recibieras una educación esmerada. ¿Eaton, Oxford?

—Winchester College. Pero después me enrolé en un barco y recorrí el mundo durante cinco años.

—¡Vaya! ¿Y tuviste un amor en cada puerto?

—¿Tú qué crees?

—Con tú planta y tus dotes seductoras, por supuesto que las mujeres cayeron rendidas a tus encantos.

Rayan inclinó levemente la cabeza y le habló al oído.

—¿Y tú también eres una de esos amores?

Ella le sonrió dulcemente.

—Querido marqués. Que me guste gozar de sus placeres sexuales, no significa que esté rendida a sus pies. Necesitará algo más para seducirme por completo. No soy una chica fácil. ¿No se ha dado cuenta aún? Y dígame, mí lord. ¿Qué fue de su vida tras el largo recorrido por los océanos?

—Regresé a casa e inicié un negocio acorde con mis dotes. Vendo objetos de decoración.

—¿Eres comerciante?

Él rió suavemente.

—Más bien me calificaría como tendero. Vendedor de arte. ¿Decepcionada?

—En absoluto. Eres un pozo inagotable de sorpresas.

Los labios de Rayan rozaron suavemente el lóbulo de su oreja.

—Espero seguir sorprendiéndote esta noche. Ya verás lo que tengo preparado.

El auto se detuvo ante el Ritz.

—¡Me encanta! Una excelente elección —exclamó Olivia abriendo la puerta, sin esperar a que el chofer la ayudase.

Rayan también salió y caminó tras ella. Entraron en el hotel.

—¡Milady! Un placer tenerla de nuevo entre nosotros —la saludó el recepcionista.

—Siempre es magnífico regresar a Paris.

—No recuerdo su reserva. Y el hotel está al completo... Lo lamento pero... No se como arreglarlo...

—Reservó mi esposo. El marqués de Langfort.

El hombre la miró estupefacto. Ella rió dulcemente.

—Aunque parezca difícil de creer, sí, me he casado, Maurice. Y este es mi esposo. ¿No le parece que he hecho una magnífica elección?

—Sin duda, señora marquesa. Pero al señor marqués le doy la enhorabuena por una esposa tan bella y encantadora. Por supuesto se le reservó la suite nupcial. Si me permiten, el botones se encargará del equipaje.

—Solamente el de mano. Mañana mismo partimos. ¿Aún podemos disfrutar de la cena? Le estaría muy agradecida si nos traen algo a la suite ¡Llevo un hambre canina! Le dejo que seleccione el menú. ¡Ah! Pero elimine el cerdo.

—Siempre a su servicio, milady.

—Gracias, Maurice.

La suite era espectacular. Enorme. Lujo y elegancia por doquier. Ramos de flores frescas sobre el tocador y la mesa, bombones, fruta y una botella de champaña. El botones dejó el equipaje, Rayan le dio la propina y lo despidió.

—Ahora comprendo tú osadía. No es fácil renunciar a todo esto —dijo Rayan.

—¿A qué te refieres con osadía?

—A casarte con un desconocido. No es lo más sensato.

—Hay gente que convive toda la vida y jamás llegan a conocerse —replicó ella. Se quitó la chaqueta, entró en el baño y añadió: Además, dudo mucho que seas peligroso.

—¿En qué te basas?

—Intuición.

—No es un dato fiable.

Olivia abrió el grifo y se lavó las manos.

—Suele funcionar, te lo aseguro.

Rayan la imitó.

—¿Y quién te dice que en cuanto llegemos a El Cairo no te encerraré en mi harén?

Ella simuló horror.

—¿Tienes un harén? ¡Dios mío! ¿Y me encerrarás? ¿Y qué número de esposa soy? ¿La tercera?

—La décima —dijo él siguiendo con la broma.

—¡Vaya! Tendrás que esforzarte mucho para cumplir con cada una de ellas.

—Creo que en las pocas horas que llevamos juntos has comprobado que tengo potencia suficiente para dejar saciada a una mujer.

—Tú lo has dicho, a una.

Él se secó las manos y la atrajo hacia su pecho.

—¿Así que dudas de mí hombría? Esto no está bien, cariñito mío. No señor, no. Así que, me veré en la necesidad de sacarte del error. Te haré el amor tantas veces que mañana no podrás ni dar un paso de lo dolorida que te dejaré.

—Monto a caballo desde niña; y al trote. Estoy curtida —detalló ella.

—Pero he comprobado que algunos aspectos de la doma nunca los has practicado.

—¿Y estás dispuesto a enseñármelos?

—Me indicas cuáles son y lo haré con sumo placer.

—Soy partidaria de las fiestas sorpresas.

Olivia, al oír los golpes en la puerta, se apartó.

—La cena.

—¿No te parezco yo más apetitoso?

—Con franqueza, en estos momentos, no.

Él suspiró.

—Una noche y ya estoy perdiendo tú interés.

Olivia dejó entrar al camarero. Éste sirvió la mesa y los dejó a solas.

—Como siempre, el chef es magnífico. Los emparedados tienen un aspecto delicioso.

—Un pequeño banquete, sí —ratificó Rayan.

Durante unos minutos dejaron de hablar y dieron buena cuenta de los succulentos canapés, ensaladas frías, chips y champaña.

—¿Has venido al hotel en muchas ocasiones? Parece que te conocen bien —se interesó Rayan.

—Una vez al año viajo a Paris. Las mujeres necesitamos renovar el vestuario cada año y Francia es el país de la moda. De regreso iremos de compras. Como sabes, hay los mejores sastres y modistos.

—No. No se. Nunca me he codeado con nadie que viaje para adquirir un sombrerito o un vestido. Supongo que ahora tendré que acostumbrarme. Me he casado con una mujer rica y al parecer caprichosa.

—Es asombrosa la percepción de aquellos que no tienen dinero hacia los potentados. Lllaman caprichos a todo aquello que ellos, si pudiesen, harían. Y con referencia a mi estado financiero, toma nota de que soy millonaria —le rectificó ella soltando un sonoro bostezo.

—¡Estupendo! Es un alivio no tener que preocuparse por el futuro.

—Cierto. Por lo único que deberás preocuparte es por recuperar mi legado.

—Será mejor que nos acostemos. Mañana nos espera una nueva jornada agotadora.

—Sí, sueño con la cama —musitó Olivia.

Rayan se levantó y fue al baño. Antes de entrar, la miró y con una sonrisa pícaro dibujada en su perfecto rostro, dijo:

—Y yo con lo que haremos sobre ella.

—Vicioso —dijo Olivia bostezando de nuevo. Se desvistió y se metió en la cama.

Cuando su marido regresó, estaba completamente dormida.

—¡Fantástico! —masculló Rayan. Se quitó la bata y se acostó.

Rayan tenía planeado llegar cuanto antes a El Cairo, pero al comprobar el temor que aún sentía su esposa a volar, decidió hacer unas escalas.

El avión aterrizó en Niza e inmediatamente se trasladaron al Hotel Negresco.

—Imagino que será uno de tus favoritos —le dijo mientras cruzaban la puerta.

—Es la primera vez que vengo. Solemos hospedarnos en El Regina —dijo ella.

—Si lo prefieres, podemos cambiar. Seguro que con tu influencia no tenemos problemas para encontrar acomodo.

—Tengo entendido que este es insuperable. Lo comprobaremos.

Rayan tramitó su llegada en recepción y los acompañaron a la suite nupcial.

—¿Y bien? ¿Lo supera a todo? —le preguntó su marido.

Ella aseveró escrutando a su alrededor.

—Una decoración fastuosa, pero elegante.

Él abrió las puertas de la terraza. El crepúsculo llenaba de rojo el horizonte y el mar resplandecía de fuego.

—Una panorámica sublime. Ahora esperemos que la fama de su chef no sea exagerada. Me muero de hambre —suspiró Olivia.

Rayan la abrazó y pegándola a su pecho, la besó en la nuca.

—Yo también, preciosa. Llevo horas deseando devorarte. Estoy hambriento de ti.

Ella ahogó un gemido al escuchar su voz sensual y su cuerpo endurecido. Podría olvidarse de la cena y dejarse llevar por el ardor que estaba naciendo en sus entrañas. No obstante, debía negarse. Rayan tenía que aprender que no era un juguete a su disposición en el momento que a él le apeteciese. Ese capricho tenía voluntad propia.

—Eres un vicioso. No es momento —dijo, sin que su tono mostrase mucha determinación.

—No, cielo. Soy un recién casado que anoche tuvo que contenerse porque su adorable esposa se quedó dormida. Tendrás que compensarme doblemente. Y puedes comenzar ahora mismo. ¿Te parece, cielito?

Olivia se deshizo de su abrazo.

—Y tú por obligarme a subir a ese horrible aparato del demonio. No hay compensación para ti por el momento. Así que, ponte el smoking. No estoy dispuesta a perderme el magnífico menú.

Él la miró con cara de cordero degollado.

—Eres cruel.

Ella le acarició la mejilla y con una sonrisa pícaro, dijo:

—Lo bueno se hace esperar. Y yo soy lo mejor de lo mejor. ¿No crees?

Rayan le rodeó la nuca con la mano y la besó con voracidad. Olivia sintió como la exaltación nacía entre sus piernas. Pero en cuanto terminó el beso, se apartó.

—Hay que vestirse.

Rayan soltó un gruñido, pero claudicó. Su mujercita, en cuanto regresaran a la suite, no se libraría tan fácilmente de él.

Ya vestidos, bajaron al comedor. Quedaron asombrados con la enorme cúpula y en especial la lámpara.

—Es de cristal de Baccarat. La hicieron construir para el zar Nicolás. Me han dicho que tiene más de dieciséis mil cristales. Es magnífica. Algo así quedaría preciosa en tú casa de la ciudad —

dijo Rayan.

—Mí casa está divinamente decorada. No hay nada que modificar —refutó su esposa alzando la barbilla con orgullo.

Rayan apartó la silla y ella se acomodó.

—Ciertamente, es exquisita. Pero eso no quita que una obra de arte como esta sería elevarla a lo sublime. Celestine moriría de envidia.

—No hará falta este dispendio innecesario. Ya le he dado motivos suficientes.

—¡Vaya! ¿Dispendio innecesario? ¿Eso lo dice una multimillonaria? ¡Inaudito! —se mofó Rayan, sentándose ante ella.

—Aunque no lo creas, aborrezco el despilfarro. Si gasto dinero es para un fin útil. Como por ejemplo, disfrutar de este maravilloso hotel y su deliciosa comida —replicó ella.

—Y de un magnífico champaña —dijo él eligiendo una botella de Dom Perignon.

—Compruebo que muy pronto te has acostumbrado a la buena vida, señor marqués.

—¿Es un reproche, señora marquesa? ¿O es de ese tipo de personas que considera que un paria no puede prosperar?

—¡Por supuesto que no! Estoy a favor de que todo el mundo viva decentemente y sin pasar penurias Soy una mujer liberal, como habrás comprobado. Y por si no lo sabes, pertenezco a La Liga de Mujeres por la Real Democracia. No me vale eso de que algunas mujeres mayores de treinta años y con especificaciones muy concretas tengan derecho a votar. Quiero que todas podamos votar —contestó ella a la defensiva al notar su tono irritado.

—¿De veras te interesa la política? —inquirió él con aire divertido.

—¿Es qué por ser mujer no puede interesarme? Soy ciudadana al igual que tú. Quiero exigir mis derechos.

—Lógico.

—Además, soy amiga de Lady Astor. Es diputada por la Unión Conservadora para Plymouth desde el 28 de diciembre de 1914. Hace un trabajo excelente en favor de las mujeres. Y todas deberíamos colaborar.

—¿Y tú quieres ser diputada?

Olivia se mordió el labio inferior con gesto pensativo.

—Pues... Nunca me lo había planteado. Pero, no es mala idea.

—¿Cómo dices? ¡Es del todo descabellada!

—¿No me crees capacitada? —se indignó Olivia.

—¡Oh, del todo, querida!

—¿Entonces?

—Considero que no es un oficio apropiado para mí esposa. En realidad, ninguno lo sería.

Ella soltó una media carcajada.

—¿Me estás diciendo que te has casado con una mujer con un pasado nada decoroso y te molestaría que trabajara? Eso carece de lógica, querido.

—Borrar el pasado no significa que mis principios o digamos, forma de pensar, hayan cambiado. Soy tradicional en algunas cosas.

—¡Vaya! ¿De veras? ¿Y en cuáles?

Rayan dejó que el camarero llenase las copas. Tras catar el champaña y dar su aprobación, dijo:

—En las normales.

—¿Me tomas el pelo? Pensé que me casaba con un hombre moderno y tolerante.

—¿Te parece moderna la infidelidad?

—Lo que no consiento es que un hombre pueda tener amantes y su esposa no. Si eso es un problema para ti, temo que nos hemos equivocado; pues en el momento que te encuentre o sepa que estás con otra, te aseguro que actuaré del mismo modo.

—¿Me engañarás con una mujer? —bromeó él.

—No bromeo. Toma nota de que es una advertencia y muy seria.

—Te dije que si tenía en casa lo que deseaba, no buscaría nada fuera. Y por el momento, me encanta lo que tengo. Sé que esta noche también quedaré complacido —respondió él. Dio un sorbo largo a la copa, sin dejar de mirarla con ojos brillantes. Esa mujer le gustaba tanto que el deseo constante de hacerle el amor lo martirizaba. Era la primera vez que una mujer le provocaba esa ansia salvaje. Se moría por besar su boca sonrosada, sus senos menudos, su centro del placer. Ese simple pensamiento lo estaba incitando hasta el punto de tener que ocultar su erección bajo la servilleta.

Las mejillas de ella se encendieron como la grana y no por el rubor. Pensar en el sexo que compartirían la hacía arder. Nunca antes le había ocurrido nada parecido. Rayan la excitaba de un modo brutal.

—Yo con la maravillosa cena —logró decir.

El camarero sirvió la sopa.

—Crema de puerros fría. Especialidad del chef August. Espero la disfruten.

—Gracias.

Olivia llenó media cuchara y la probó.

—Parece muy deliciosa. Aunque, no será tan apetitosa como mi mujercita. Sabes tan dulce...

Ella se atragantó.

—Rayan, modérate —jadeó.

—Lo intentaré. Pero no me pidas contención; porque no estoy dispuesto a renunciar a un buen postre esta noche. Y mucho menos a que te me duermas en cuanto toques las sábanas. Te quiero bien dispuesta para retozar como dos salvajes hasta el amanecer.

La imagen de la boca de Rayan tomándola obligó a Olivia a apurar casi de un trago la copa de vino.

—Estoy sedienta —logró decir.

Él dibujó una sonrisa divertida.

—Ciertamente hace calor. Pero creo que estas semanas la temperatura aún se disparará mucho más. Tendremos un verano realmente tórrido. ¿Más vino, querida?

—Sí —dijo ella en apenas un susurro.

El camarero sirvió a Rayan el famoso pato a la naranja y a ella lenguado aderezado con una ligera crema de leche y marisco. Se lanzó sobre él como si hubiese pasado hambre durante semanas.

—O estás hambrienta o tienes prisa por acabar cuanto antes la cena por lo que te espera en la habitación. ¿Quieres que te cuente lo que pienso hacer, cariño? Verás...

—Lo que quiero es que dejes de insinuar de un modo tan descarado —le pidió ella.

Él levantó una ceja.

—Me extraña que una mujer tan moderna como tú se incomode cuando su marido le insinúa sus deseos. No es nada inmoral.

—Lo sé. Pero en público lo encuentro de lo más vulgar.

—Mentirosa. Lo encuentras excitante.

—No.

Rayan se llevó a la boca un trozo de pato. Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro de placer.

Tras degustarlo, cortó otro pedazo y se lo ofreció a su esposa.

—Está exquisito. Abre la boca.

—No es necesario. Te creo.

—Pruébalo —insistió él.

Olivia, para evitar ser el centro de atención, lo complació. Rayan introdujo el tenedor en su boca y cuando ella succionó la carne, lentamente lo extrajo. Sus ojos se tornaron oscuros. Podía imaginar esa boca deleitándose con él. Extendió más la servilleta sobre su entrepierna.

—¿Y bien?

—Exquisito —dijo ella sin apenas voz.

—Últimamente mi vida está envuelta de exquisiteces. Un título, dinero y una esposa bellísima que me complace. Soy un hombre muy afortunado.

—Te complaceré cuando lo considere justo. No lo olvides nunca.

—Por supuesto. ¿Postre o ya estás repleta? —dijo él con voz melosa.

La música en la terraza comenzó a sonar.

—Me apetece un cóctel y unos bailes a la luz de las estrellas.

—¿En serio? —se quejó su marido.

—Tenemos que disfrutar de otros placeres, marqués.

Rayan se levantó y ofreciéndole la mano, dijo:

—Sino hay más remedio.

Una ligera brisa y un cielo completamente despejado, ofrecía la visión de una luna creciente y millones de estrellas iluminando la noche. El escenario ideal para una pareja enamorada. Pero ellos no estaban enamorados. Aunque, al verlos entrelazados danzando al ritmo de aquella canción triste de jazz, nadie lo creería.

—¿Te había dicho que estás preciosa esta noche?

—Esta noche no —sonrió Olivia.

—Pues estás arrebatadora. Me tienes embrujado. Y al resto de los hombres también. No pueden apartar los ojos de ti. Pero eres sólo mía, cariño.

—Y ellas te miran a ti. Y también me perteneces. Recuerda mi advertencia, señor marqués. O te comportas o hay consecuencias.

Rayan acercó la boca a su oreja y le susurró:

—En ese caso, deberás decirme ahora mismo lo que me harás para mantenerme atado a tu cama. Cuéntamelo, cielo. ¿Qué planeas? ¿Desnudarme poco a poco? ¿Recorrer con tú boca cada milímetro de mi cuerpo? ¿De cada una de mis partes? ¿Es eso? ¿Si? Sólo de pensarlo me pongo duro. Dímelo, cielo.

—Rayan, por favor —se ruborizó ella.

Por su reacción, dedujo que nunca había participado en un juego semejante. ¿Era posible que Olivia no fuese una mujer tan experimentada como todos imaginaban?

—¿Ninguno de tus amantes te ha pedido que le cuentes tus deseos?

—No soy una... una... —Olivia no terminó la frase.

—¿Prostituta? Por supuesto que no, cariño. Eres una dama. Pero eso no implica que debas reprimir tus necesidades o anhelos cuando estés conmigo. Por el contrario. No me gusta defraudar a mi pareja al ignorar lo que le place o no. Es el único modo de sentirse satisfecho. ¿De acuerdo?

La música cesó.

—¿Me traes una copa? —le pidió Olivia.

Rayan se acercó a la barra y ella se encaminó hacia la mesa. El corazón le latía con fuerza. Ese hombre le producía reacciones difíciles de asimilar. La abochornaba y por otro lado, su descaro la inflamaba. En ese instante, correría tras él y lo obligaría a subir a la suite para que apagara el fuego que ardía en sus entrañas. No lo haría. Rayan no podía saber el poder sexual que ejercía sobre ella.

—¿Olivia? ¡Dios Santo! ¡Sí! ¡Eres tú!

Miró al hombre de ojos verdes como esmeraldas y cabello rojizo, tremendamente apuesto.

—¡Tim!

Él le estampó dos sonoros besos.

—Estás guapísima, cariño. Y eso que lo creía imposible.

—Y tú igual que siempre.

Él arrugó la nariz.

—¿Igual? ¿Ni un poquito más atractivo?

—No me seas presumido. Sabes que eres irresistible.

—Así que no he perdido encanto para ti. Eso me anima, cielo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Me cansé del terrible clima parisino y me dije que la Costa Azul sería el remedio. Y veo

que ha sido una gran idea. Ahora sí que voy a pasármelo bien con la chica más animada de Inglaterra. ¿Te apetece recordar viejos tiempos, preciosa? —dijo el muchacho acariciándole la mejilla.

Rayan carraspeó. Sus ojos de miel los miraron enfurecidos.

—Temo que mi esposa no podrá acompañarlo en esta ocasión.

Tim miró perplejo a Olivia y después se fijó en el hombre. Era un tipo que irradiaba hombría, seguridad y una furia apenas contenida.

—¿Te has casado?

—Hace un par de días.

Sus ojos negros se abrieron como platos.

—¡Dios! ¿De verdad?

—¿Por qué le parece tan extraño? —gruñó Rayan.

Tim levantó los hombros.

—Siempre pensé que Oli era de esas mujeres que evitaban el matrimonio a toda costa; que su única meta era divertirse.

Rayan rodeó con el brazo la cintura de su mujer para ofrecer a Tim una imagen de posesión.

—Hasta que conoció al hombre soñado. Ahora solamente quiere divertirse conmigo. ¿No es así, mi amor?

Olivia se deshizo de su abrazo e ignorando las señales de Rayan, se sentó. Él, enfurruñado, también se acomodó. Tim hizo lo mismo.

—Fue un flechazo. Un amor a primera vista. ¿Verdad, cielo? —dijo Olivia con tono encrespado.

Rayan respondió con un gruñido. Cogió la copa y la bebió sin respirar.

—¿Y puedo saber como debo llamarte ahora? —preguntó Tim.

—Marquesa de Langfort —contestó Rayan por ella.

El joven soltó un silbido.

—¿Usted es el hijo del viejo marqués? ¡Vaya! Me alegro de conocerlo. He descubierto el misterio, pues muchos nos preguntábamos como sería.

Rayan extrajo un cigarrillo de la pitillera y sin ofrecerle ninguno, rasgó una cerilla y lo encendió. Dio una larga calada y dijo:

—¿Y le he decepcionado?

El joven, a pesar de el malhumor de Rayan, sonrió.

—Lo cierto es que todos esperaban a un árabe oscuro y digamos.... Difícil de mirar.

—¿Difícil de mirar? —inquirió Rayan.

—Feo. Muy feo. Pero no es así. Es realmente atractivo y elegante —respondió Tim con total sinceridad.

—Observo que entiende mucho de belleza masculina, ¿Señor?

—Lord Thomas Walsh. Tim para los amigos —respondió, captando su tono irónico. Miró a Olivia con ojos de cordero degollado y dijo: Soy capaz de discernir cualquier tipo de belleza, en hombre, mujer u obra de arte. Lo mismo que Olivia. Si hubiese sido un adefesio, tenga por seguro que no sería su esposo.

—¿Tan superficial la considera? —le recriminó Rayan.

—¿Piensa que Miguel Ángel era superficial por adorar la belleza?

—Touche.

Olivia dejó la copa con brusquedad sobre la mesa.

—¿Ha terminado la pelea de gallitos?

—¿Qué pelea? Estamos intercambiando opiniones, bomboncito.

Rayan aplastó la colilla en el cenicero. Y con tono acerado, dijo:

—¿Cómo qué bomboncito?

Tim carraspeó incómodo.

—Un apodo cariñoso entre amigos. Unos buenos amigos —dijo Olivia.

Su marido le lanzó una mirada incendiaria al comprender su íntimo significado. Y no debería estar furioso. Olivia tenía un pasado y nunca se lo ocultó. Era absurda su reacción. Se estaba comportando como un hombre celoso. Y él nunca lo había sido. Solamente era orgullo. Ahora Olivia era su esposa y nadie tenía derecho a llamarla bomboncito ni nada parecido.

—Ya. Pero ahora Olivia es una mujer casada y esas licencias no son decorosas. Daría que pensar y nada bueno. ¿No le parece, Tim?

—No. Por... supuesto —farfulló el muchacho.

Olivia lo miró realmente indignada.

—¿Por qué eres tan antipático?

—Me limito a exponer mi opinión. Nada más.

Tim terminó la copa.

—No pasa nada, Oli. Tiene razón. Es tu esposo. El pasado está muerto y enterrado.

Ella se levantó airada.

—Pero yo no soy su esclava. ¿Bailas conmigo, cielo?

—Si bailas, lo harás conmigo —se opuso Rayan.

—¿Qué te ocurre? Es un amigo de toda la vida. No creo que...

Su marido alzó la mano pidiéndole que callase.

—Como he dicho, antes eras una mujer libre y podías hacer lo que te diese la gana. Ya no. Y sabes lo importante que es para mí la honorabilidad. Hay que evitar las murmuraciones a toda costa, cariño. Si quieres ir a la pista de baile, lo haremos juntos.

Ella alargó la mano y cogió el bolsito con brusquedad.

—En estos momentos no me apetece ir contigo a ninguna parte. Me voy a acostar. Buenas noches, Tim. Nos vemos mañana.

Rayan, maldiciendo por lo bajo, la siguió.

—¿Se puede saber por qué te has puesto así?

—Te has comportado como un hombre rastroso y vulgar. Como un hombre de las cavernas.

—¿Yo? ¡Esta sí que es buena! Has sido tú quien ha provocado mi ira al coquetear con descaro con ese tal Tim —se escandalizó él.

Al entrar al ascensor dejaron de discutir. Pero al llegar a la suite, Olivia lanzó el bolso sobre el diván y se encaró con él.

—En ningún momento he coqueteado. Me he limitado a saludar cordialmente a un viejo amigo. Eres tú quien ve fantasmas donde no lo hay.

—No veo fantasmas, Olivia. ¿De verdad te crees que soy idiota? He visto a un antiguo amante que no ha perdido la esperanza de retomar la relación y a una mujer que la ha seguido el juego gustosamente. Y eso, lo tienes prohibido. Al menos, hasta que me des un heredero.

Ella sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿De verdad me estás diciendo que tenía intención de serte infiel?

—Cabía esa posibilidad. Sí.

—¡Por Dios Bendito, Rayan! Es injusto que me adjudiques actitudes que desconoces y mucho menos que pronostiques mis futuros actos.

—Conozco tu actitud cuando estamos en la cama y no es precisamente la de una mojigata que

aborrece el sexo. Por el contrario, disfrutas enormemente. ¿Qué quieres que piense cuando te veo coquear con un hombre atractivo que en el pasado disfrutó contigo?

Los ojos de ella se humedecieron.

—Pues quiero que pienses que soy una mujer que cuando da su palabra la cumple. Juré serte fiel al acordar este trato y ante Dios; y aunque te parezca mentira, soy leal. Pero por lo visto, ya te has hecho una idea muy clara de mí y es que soy una puta degenerada que se abre de piernas cuando un hombre atractivo le sonríe.

—Olivia. Yo no...

—¡No quiero que me hables!

Él intentó acercarse y ella lo apartó de un manotazo.

—Ni se te ocurra entrar en la habitación o juro por Dios que no se de lo que seré capaz. ¡Déjame en paz!

Entró en el cuarto y dando un portazo, lo dejó allí plantado.

Rayan no pegó ojo. El estallido de desconfianza había sido del todo inapropiado y muy cruel. Pero no pudo contenerse al verla reír con su antiguo amante. Los imaginó revolcándose, tocándose, gimiendo de placer y algo en su interior se torno oscuro y maléfico. Pero Olivia se equivocaba. En ningún momento pensó en ella como una prostituta. Y tenía que hacérselo comprender. Ella se negó a escucharlo y a compartir la cama. Durmió en el sofá y durante el desayuno no le dirigió la palabra, y si le lanzaba alguna mirada era de inquina.

—Ya sé que lo que diga te da igual. Pero teniendo en cuenta que no estamos cómodos aquí, lo mejor que podemos hacer es irnos. Así que, prepara el equipaje. Volamos en una hora.

—Me quedo.

Él tomó aire intentando mantener la calma.

—Me da igual si quieres ir conmigo o no. Lo harás y punto.

—No.

—Olivia. No me provoques.

—¿O qué? ¿Te comportarás como un macho dominante? Ya me advirtió Alan de que eras peligroso.

Los ojos de Rayan mostraron consternación.

—¿De verdad me ves capaz de pegar a una mujer?

—¿Por qué debería confiar en lo contrario? Tú me has acusado sin pruebas.

—No es lo mismo, por el amor de Dios.

—¿Ah, no? Dijiste que era una... una...

—En ningún momento te consideré una puta. Lo único que hice fue cometer el error de pensar que podías estar interesada en Tim. Y eres mi esposa. ¡Maldita sea!

—¿Así es como te comportarás con mis amigos? ¿Igual que un hombre de las cavernas?

—Haré lo que tenga que hacer cuando uno de tus amantes crea que nada ha cambiado. Ese Tim tenía clavado en sus ojos la avidez.

—Ya. Como si yo fuese una criatura sin voluntad ni sesos que cae rendida ante cualquier embaucador. Sé perfectamente como llevar mí vida, Rayan. No necesito a ningún caballero andante.

—Pues, es lo que hay. No consentiré que exista la más mínima duda en tus actos. El hijo que lleves en las entrañas será mío.

Ella se carcajeó.

—¿Y cómo te asegurarás? ¿Encerrándome en una mazmorra y acudiendo cada noche para fecundarme? ¡No seas absurdo!

—Dejarte preñada cuanto antes será la mejor solución. De este modo, el trato quedará cumplido.

—¿Te estás escuchando? ¡Ni lo sueñes! No volverás a tocarme —exclamó Olivia. Dio media vuelta y entró en el baño cerrando de un portazo.

Rayan encendió un cigarrillo. Aspiró el humo y dejó que escapara lentamente formando círculos. Tras dar dos caladas más, lo apagó. Olivia salió de nuevo, cogió la chaqueta y el bolso dispuesta a salir.

—¿Adónde crees que vas?

—No tengo que darte explicaciones.

—Por supuesto que sí. Soy tú marido.

—Por poco tiempo. Quiero el divorcio.

Él arrugó el ceño.

—¿Quieres el divorcio? Me decepcionas, querida. Pensé que tras los anteriores desaires estabas más curtida.

—Está visto que no me conoces.

—Creía conocer a esa muchacha decidida a conseguir lo que consideraba suyo. Pero que al menor contratiempo tira la toalla. Me equivoqué. No tienes los arrestos suficientes. ¿Quieres divorciarte? De acuerdo. No pondré impedimento alguno.

—¿Así de fácil? —inquirió ella no muy convencida.

—Ningún juez nos lo negará en cuanto alegue que me has sido infiel.

—¿Qué?! —jadeó ella.

—Cielo, nunca admitiré que por un capricho de mi mujer mi matrimonio se rompa. Tengo que darles una buena razón. Y como comprenderás, no pienso dar una que me deje quedar mal a mí.

—¿De qué matrimonio hablas? Estamos inmersos en una farsa.

—Lo que acordamos era bien real, Olivia. O eso pensé yo. ¿Para ti fue un juego más? ¿Lo que juraste ante el altar era mentira?

—Claro que no.

—¿Tener un hijo te parece una pantomima? ¿Qué habrías hecho? ¿Di? ¿Entregarlo a las institutrices y desentenderte de él? ¿Tan fría y calculadora eres? Por tú actitud, temo que sí.

Olivia se frotó las manos con nerviosismo.

—Estás... tergiversando lo... que digo.

—¿De veras?

—Sí. Lo que yo digo es que nosotros nos casamos sin estar enamorados. Fue una especie de acuerdo comercial. Sin implicación de sentimientos. Y tú me has humillado por unos celos irracionales.

—¿Celos? ¡Absurdo! Tú misma has dicho que no hay amor entre nosotros —rió él.

—A ojos de un extraño eras el perfecto celoso furibundo.

—Como dije, estaba defendiendo mi honor. Nada más.

—Pues tu honor estará a salvo, porque insisto en que este matrimonio se termine.

—¿Ya no deseas recuperar el condado?

—Más que nada en el mundo. Pero no a este precio.

—Bien. Como quieras. Nos divorciaremos.

—No admitiré que me acuses de infiel.

—Ni yo no sacar ningún beneficio.

Olivia soltó una risa cáustica.

—¿Qué te parece tan escandaloso? Me casé contigo para un fin que no obtendré. Una meta que estoy dispuesto a terminar. Eres tú la que abandona.

—Por perderte de vista, estoy dispuesta a pagar una fortuna.

—Me alegro. Pero continuarás a mi lado hasta que se confirme que no estás esperando un hijo mío. Ahora, prepara el equipaje. Nos vamos.

—Es absurdo ir a ver a tu madre. Puede albergar unas esperanzas que nunca se cumplirán. ¿No te parece?

—Nuestros problemas no me impedirán visitarla. En media hora subimos a ese avión.

Ella cerró el baúl maldiciendo entre dientes.

—Te rogaría que si tienes que decirme algo, hables con más claridad.

—¡Capullo! ¿Te ha sonado suficientemente claro? —le espetó ella mirándolo con hostilidad.
Él sonrió.

—¿Te divierte que te insulte?

—En este momento, no. Pero he imaginado otra situación más estimulante en la que sí me apetecerían tus arrebatos —dijo Rayan mirándola con avidez.

Ella no pudo evitar sonrojarse al suponer a qué se refería.

—Si crees que caeré en tú trampa, estás muy equivocado.

—¿Qué trampa?

—Tus argucias como seductor no me convencerán para que cambie de opinión. Como bien dijiste, no soy una virgen incauta. Conozco a los hombres y sé como defenderme de ellos.

—Está bien.

—No lo haré —insistió ella.

—Me ha quedado claro, cariño.

—Y no me llames cariño. Ya no soy tu cariño.

—¿Prefieres que te llame señora marquesa?

Ella soltó un bufido y cerró el baúl.

—Estoy lista. Podemos irnos.

Tras abandonar el hotel emprendieron viaje hasta Roma. Durante el trayecto no se dirigieron la palabra y al llegar al hotel, Olivia exigió habitaciones separadas, pero estaban al completo.

—No pienso dormir contigo —aseguró al entrar en la habitación. Parpadeó desconcertada al comprobar que no era una suite. Era un cuarto simple con una cama de matrimonio, una mesa y un par de butacas.

—Los planes de última hora tienen estos inconvenientes —dijo Rayan dándole la propina al botones.

—Hay otros hoteles en la ciudad.

—No conozco Roma ni sus hospedajes. Confíe en el conductor. Disculpa mi ignorancia en estos menesteres. Hasta hace unos meses era un simple tendero de El Cairo, señora marquesa.

No lo dijo con tono de reproche. Y eso, sulfuró aún más a Olivia.

—Sigues creyendo que me retractaré. Pues hazte a la idea de que estoy determinada a alejarme de ti. Y esta noche no quiero dormir contigo.

—¡Bien! Toda la cama para mí.

—No se como pude pensar que eras un caballero.

—No soy quien ha impuesto esa norma. Además, anoche fui yo quien durmió en el sofá. Y como soy democrático, aunque te cueste creerlo, hoy me toca a mí dormir cómodamente —replicó él quitándose la camisa. Su torso atlético se mostró ante Olivia, que no pudo evitar que la garganta se le secase ante tan magnífica visión.

—¿Qué haces?

—¿A ti qué te parece? Quiero darme una ducha antes de bajar al comedor.

—Yo cenaré en la habitación.

—Buena idea. Estoy agotado del viaje.

—No me apetece cenar contigo.

—Ni dormir conmigo, ni estar casada conmigo. ¿Hay algo que sí te gustaría? —Se burló él, al tiempo que se desprendía de los pantalones.

—Que fueses... más decoroso —logró decir ella cuando quedó completamente desnudo. Rayan, sin el menor pudor, se volvió hacia ella. ¡Dios! Su marido era un hombre perfecto. Una tentación imposible de resistir. Pero ella no caería en sus redes. Estaba realmente enojada con su

actitud humillante. Y mataría ese deseo que pugnaba por extenderse en cada poro de su piel.

—No me vengas con falsos pudores. Esto ya lo has catado en varias ocasiones. Y afirmo que lo has disfrutado enormemente. Y eso no me lo puedes negar, señora marquesa.

—Eres... eres...

—¿Un capullo? —rió él entrando en el baño.

Despertó molida por la incómoda posición en la que se quedó dormida en esa butaca infernal. Por el contrario, Rayan dormía plácidamente en la enorme cama. Incapaz de volver a conciliar el sueño, decidió tomar esa ducha aplazada.

Otro error más. El agua estaba tan fría que no pudo evitar el tremendo grito. A consecuencia de ello, tuvo que soportar las carcajadas de su insufrible marido. Pero no le siguió el juego. Comenzaba a conocerlo. Tras poder meditar durante la noche, se dio cuenta que en ningún momento quiso insultarla, pero era orgulloso y el episodio posesivo que explotó con Tim no sería el último. Y no estaba dispuesta a pasar el resto de la vida soportando su tiranía. Rayan debía aceptar de una maldita vez que si había dado su palabra de serle fiel, lo sería o de lo contrario, si terminaría divorciándose.

Pero la jornada aún iría a peor. Su marido, debido a las nuevas circunstancias, decidió terminar el viaje cuanto antes. Volaron hasta agotar el combustible. Repostaron y continuaron.

Viajaron durante todo el día y al atardecer, el avión aterrizaba en El Cairo.

—¡Por fin! Esto ha sido como una tortura —exclamó Olivia saltando del avión.

—Ahora podrás descansar.

—Tenemos que ver a tú madre.

—Es tarde. Mañana —decidió Rayan. Se despidió del piloto, dio instrucciones al maletero y caminaron tras él hasta llegar a un coche de caballos.

—¿En serio?

—No es un paseo romántico. Es el único medio de transporte que habrán encontrado. Sube, por favor —dijo él dándole la mano. Ella se acomodó y él tras sentarse, indicó al hombre que se pusiese en marcha.

Olivia miró a su alrededor. El sol se escondió. Las calles de la ciudad se llenaron de coches, carros y animales formando un barullo indescriptible.

—Así es mi ciudad. Caótica y al mismo tiempo fascinante. ¿No opinas lo mismo? —dijo Rayan con cierto tono de orgullo.

No era hermosa. En absoluto. Era horrible. Casas viejas y a punto de derrumbarse. Hacia un calor insostenible y desprendía un olor nada agradable. Decididamente, no le gustaba y procuraría que Rayan la sacase de allí cuanto antes.

El carruaje se adentró en una calle de comercios ya cerrados. Antes de alcanzar el final se detuvieron en uno de ellos. Bajaron y Rayan extrajo unas llaves del bolsillo.

—¿Vives en una tienda? —se sorprendió Olivia.

—En la planta de arriba —contestó él. Abrió y encendió la luz.

—¡Vaya! Esto es... fascinante —dijo ella al ver el contenido del local. Estatuas, cofres, reliquias de la época faraónica, muebles.

—La Cueva de Ali Babá. Tesoros para aristócratas ricos. ¿Qué ironía, no? Ahora soy uno de ellos. Aunque, también tenemos objetos para bolsillos menos afortunados. Considero que todo el mundo tiene derecho a rodearse de un poco de belleza.

El cochero entró el equipaje. Rayan le pagó y cerró tras él.

—¿Quién se encargará de todo esto cuándo te instales en Londres?

—En este momento, no tengo la menor idea de como será mi futuro más inmediato. Lo único que sé es que estoy agotado.

Ella cogió el equipaje de mano.

—Yo también. Estoy deseando descansar.

—No esperes un palacio. Es una casa sencilla. Vamos arriba.

No lo era tanto. Cuando Rayan se adentró tras la tienda, Olivia se encontró con un patio, al estilo de las casas de Sevilla. Jazmines y palmeras bordeando un aljibe asombrosamente limpio.

—Tengo un empleado que se encarga de que todo funcione. Suelo utilizar el estanque como piscina. Las noches suelen ser tórridas y es un placer poder refrescarse.

—Es precioso, Rayan —admitió su esposa contemplando los azulejos y esculturas. Le dio la sensación de encontrarse en un patio de la Alhambra,

—Procuro cuidar de lo que aprecio; siempre —dijo Rayan mirándola significativamente.

Ella apartó la mirada y la encaminó hacia la escalera.

—¿Están arriba las habitaciones, verdad?

—Sí.

Subieron.

El pasillo bordeaba el perímetro del patio. Olivia calculó que debía haber unas ocho estancias. Rayan abrió la primera puerta.

—La habitación de invitados. Lamentablemente, no hay baños en la casa. De todos modos, espero que estés cómoda. Buenas noches.

Olivia no esperó que él respetara su enojo. Por supuesto, en ningún momento se le pasó por la cabeza que intentaría ejercer su derecho como esposo a la fuerza; pero sí usar sus artes seductoras. Por ello le extrañó que no pasara la noche junto a ella.

—Buenas noches, Rayan.

Había luz eléctrica. Encendió el interruptor. En el centro estaba la enorme cama cubierta por la sábana de seda roja con bordados de pájaros. Bajo la ventana, un diván tapizado en bermellón y al otro extremo un baúl de piel finamente cincelado, un escritorio de ébano con incrustaciones doradas y una jofaina de hierro forjado. Un cuarto sencillo, que la decoración exquisita lo tornaba majestuoso.

Contuvo un bostezo. Se sentía realmente agotada. Sobre todo, por las horas de tensión subida en ese aparato infernal. Se moría por meterse en la cama. Abrió el maletín y sacó el camisón. Se desnudó y tras lavarse un poco, se acostó.

—¡Sí! —suspiró metiéndose en la cama.

Se quedó dormida en unos segundos. Sin embargo, una hora después, despertó completamente empapada de sudor. Rayan no mintió. La noche era muy calurosa. Se levantó y fue hacia la ventana. Ni una pizca de aire, ni tan siquiera los pájaros osaban cantar. Silencio.

Salió a la galería. Sus ojos se encaminaron hacia el estanque. El agua parecía bailar una danza seductora y la invitaba a mecerse en su frescura. Bajó. No se lo pensó dos veces. Se desprendió del camisón y se metió en el agua.

—¡Deliciosa! —suspiró. Sumergió la cabeza y aguantó la respiración durante un largo minuto. El repentino chapoteo la asustó. Rayan entraba en el agua completamente desnudo.

—¿Qué haces? —musitó encogiéndose.

—Está bien claro. Refrescarme. ¡Um! Bien fresquita. Un alivio gozoso. ¿No te parece?

Ella retrocedió ante el avance de su marido.

—No voy a comerte, cariño. ¡Ah, no! Olvidaba que ya no eres mi cariñito.

—No. No lo... soy.

—¿Por qué tiembles? ¿Acaso le doy miedo a la señora marquesa?

—Yo no... te tengo miedo. Es que esto... no está bien.

—¿Por qué no? Soy tú marido.

—Hemos decidido divorciarnos.

Él sacudió la cabeza.

—Error. Yo no.

La nube que había estado cubriendo la luna, se apartó. El rostro de Rayan se iluminó. Olivia se quedó sin aliento. ¡Señor! Estaba guapísimo. Sus ojos parecían dos zafiros de arena ardiente y era de deseo. Pero no podía ceder a la tentación. Debía conseguir que su marido aplacase ese orgullo insensato. Debía irse cuanto antes. Comenzó a nadar hasta la escalera. Rayan la avanzó y evitó que escapara.

—¿Por qué tienes tanta prisa? La noche es tórrida y aquí se alivia uno. O tal vez a ti te ocurre todo lo contrario. Te altera mí presencia.

—Por... supuesto... que no.

—Te has frotado el lóbulo de la oreja. Y eso significa que mientes.

—Bobadas —refutó ella sin mucha convicción.

—Puede que no lo creas, pero comienzo a conocerte.

—Lo dudo.

Rayan alargó el brazo y tomándola de la cintura la pegó a su pecho.

—Suelta, por favor.

—Confía en mí. Solamente haré lo que tú quieras. Y puedo adivinar lo que deseas.

¡Dios! Estaba enojada con él, muy enfadada. A pesar de ello, al notar su erección, el fuego que encendió comenzó a derretir su voluntad. Deseaba volver a experimentar el placer que Rayan le regalaba cada vez que le hacía el amor; sentirse adorada. ¿Por qué demonios era tan débil?

—No quiero que me toques. No quiero que hagas nada. No deseo nada de ti —logró decir intentando librarse de su abrazo.

No la escuchó. La atrajo hacia su rostro y sobre su boca, musitó:

—Voy a besarte. Porque sé que lo deseas. No. No lo niegues. Estás deseando que te muerda, te succione, te devoré como un hambriento. Que me introduzca dentro de ti y te haga gritar de puro placer cuando me hunda una y otra vez.

Olivia dejó escapar un lamento. Era cierto. Codiciaba su boca, sus labios turgentes y experimentados. Y él la complació. La tomó bruscamente, sin consideración. Mordió sus labios de coral, hundió su lengua y saboreó su paladar, besándola sin darle tregua. Ella, sin poder dominarse, reaccionó del mismo modo. Olvidó que debía sentirse herida por sus suspicacias humillantes. Ahora lo único que experimentaba era un calor sofocante e imposible de contener. Le ardían las entrañas de deseo. Se moría por disfrutar de nuevo de su sexo salvaje.

—Rayan —jadeó. Levantó los brazos, pero él los sujetó. No permitió que sus cuerpos se rozaran y siguió besándola con hambre.

—¿Quieres más? —preguntó él con voz ronca.

—Sí —suspiró ella.

Abruptamente, Rayan se apartó. Dio media vuelta, salió del aljibe y sin mirarla, dijo:

—Buenas noches, señora marquesa.

Olivia lo miró estupefacta. ¿En serio se creía con derecho a asaltarla cuando le diese la gana y dejarla de ese modo tan desesperado?

—No te atrevas a darme la espalda —siseó.

Rayan se giró de nuevo. Sin el menor pudor se enfrentó a ella. Bajo los ojos y sonriendo, dijo:

—Comprendo que esta visión te cautive.

—¡Maldito arrogante! Lo único que quiero de ti es que me dejes en paz —le espetó ella.

—Mientes. Deseas todo lo contrario.

—¿Y tú qué sabrás de mis deseos?

—Hace unos minutos has correspondido a mis besos y te morías por hacer el amor. Pero como soy considerado y me has pedido el divorcio, he tenido la sensatez de retirarme a tiempo. No hay que cometer errores de los que después podríamos arrepentirnos. ¿No te parece?

—¿Qué consideración? No la has tenido en absoluto. Me has visto y no has dudado en venir a importunarme.

—Te das demasiado importancia, marquesa. Ha sido el calor el culpable. ¿Por qué debería negarme el placer de bañarme en mí propio aljibe por estar tú?

Olivia le lanzó una mirada incendiaria y levantándose, gruñó:

—Si es por eso, todo tuyo. Que lo disfrutes.

Lo apartó de un manotazo. Salió del agua y cogió el camisón. Rayan fue tras ella y la detuvo. La arrastró hacia su pecho y la mantuvo prisionera.

—Solamente puedo disfrutar contigo —dijo ronco.

—Pues yo ya estoy harta de tus juegos. Y solamente tendré serenidad cuando te alejes de mí. Suéltame —replicó ella.

—Olivia, cielo...

—He dicho que me dejes. No quiero ningún tipo de intimidad contigo. Lo único que pretendo es librarme de ti. Y deja de utilizar apodosos cariñosos. No lo soporto.

—Lo lamento. Pero tus deseos no podrán cumplirse.

Ella lo miró incrédula.

—¿Vas a forzarme?

—¿Me crees capaz de algo tan vil? No, querida. Te estoy diciendo que acordamos un pacto y lo vas ha cumplir hasta el final. No pienso divorciarme, por el momento; ni tampoco renunciar a tener un hijo.

—Ni yo tengo intención de ceder a tus locuras. Así que, ya me dirás como pretendes tener un hijo sin violarme.

Rayan esbozó una sonrisa ladina.

—Sé como incitar a tu voluntad, preciosa. Acabo de demostrártelo.

—Y yo como resistir. No podrás tenerme.

—¿Seguro? —dijo él. Buscó sus labios y la besó de ese modo que la enloquecía. Ella permaneció impasible.

—No me conoces, Rayan. Te has equivocado conmigo. No me abro de piernas, a no ser que yo lo desee. Y a ti, en estos momentos, te aborrezco.

—Pues, lo lamento, querida. Cumplirás con tu deber y voluntariamente.

—¡Jamás! —exclamó ella.

—Lo harás o de lo contrario, te acusaré de adulterio. Mi cama o la cárcel. Tú decides —siseó Rayan.

—Eres un bastardo.

Rayan la separó de él. Pero no mostró ira. Por el contrario, sonrió ampliamente.

—Ese es un error que todos habéis cometido. ¿Nunca os dijeron que mis padres se casaron? Si, señora marquesa. Mi padre amaba a mi madre. Pero la familia respetable del marqués se encargó de anular el matrimonio y mi padre, que era un cobarde, no se opuso. Pero, esa no es la cuestión que nos ocupa ahora. Hablamos de nosotros. Soy tu esposo y como dicta la ley, estás bajo mi tutela. Soy tu dueño, Olivia. Toda tu vida depende de mí. Tu patrimonio, tu destino, tu honor. Una mujer tan inteligente debería de haber contemplado estas cuestiones. ¿No te parece?

—Pensé que eras un caballero —dijo ella en apenas un susurro, conteniendo las ganas de echarse a llorar. Era cierto. Obsesionada en cumplir su venganza, no pensó en ello. Ahora estaba a merced de un hombre que no albergaba la menor piedad.

—Y lo soy. He cumplido cada uno de los puntos de nuestro contrato. Eres tú quien ha puesto en peligro mi honor. No puedo permitir que mi esposa coquettee con un antiguo amante.

—Lo que no entiendes tú es que no soy una cualquiera y que nunca he tenido la intención de traicionarte.

—Ya no eres una joven libre, Olivia. Debes comportarte con dignidad y respeto.

—¿Me está pidiendo respeto alguien que pretende convertirme en su esclava? ¡Sin duda estás loco! Nunca te respetaré. ¡Nunca! ¡Te odio!

Rayan comenzó a subir la escalera y sin mirarla, dijo:

—Me importa bien poco que me respetes o no, mientras cumplas. Y ahora, vete a la cama. Mañana tienes que conocer a mi madre y debes presentar tú mejor aspecto. ¡Ah! Y espero, por tu bien, que seas amable. Buenas noches.

Olivia, rabiosa, agarró una pequeña maceta y se la lanzó. Él esquivó el golpe. Sacudió la cabeza y riendo, entró en su cuarto.

—Juro que en cuanto pueda, me libro de ti —masculló Olivia. Se puso el camisón y se encaminó hacia su habitación.

Fue incapaz de conciliar el sueño. No podía dejar de pensar en lo idiota que había sido. ¿Por qué no se conformó con disfrutar de la generosidad de su tío? Como mujer soltera y sin un hombre que la protegiese, podía disponer de sus bienes como le apeteciera. Pero no. Tenía que ir a contracorriente. Exigía que la ley de siglos no cayera sobre ella. Y ahora se encontraba a merced de un hombre implacable que no dudaría en pisotearla si no obtenía sus exigencias. Y lo cierto era que, no podía reprochárselo. Hicieron un trato y debía cumplirlo. Pero le sulfuraba que tuviese razón. En el pacto se especificó que ella sería fiel hasta dar a luz a su hijo. Y su trato tan cercano con Tim, a ojos de extraños, podía dar pie a especulaciones que ofendieran a su marido. Tampoco ayudaba a su credibilidad de mujer fiel la reacción tan sensual que tenía cada vez que Rayan la tocaba, pues era consciente que no lo amaba. Aportaba una imagen de mujer sumamente sexual, cuando nunca lo había sido. No de esa manera tan desinhibida. Pero a partir de ahora, cumpliría con sus exigencias sin reaccionar. No permitiría que su cuerpo la traicionase. No le concedería el placer de darle la razón.

Con esta determinación se levantó. Abrió la ventana. El espectáculo la dejó sin aliento. Tras los tejados transcurría el Nilo, ahora como una lengua de fuego por el sol que comenzaba a salir. A lo lejos, la silueta de las pirámides y como banda sonora a esa maravilla, el canto del Almonacid.

Rayan, una vez más, tenía razón. Su ciudad era fascinante. No obstante, jamás lo reconocería ante él.

Con un hondo suspiro se acercó a la jofaina y se acicaló. Abrió el baúl y rebuscó algo adecuado para el intenso calor que caería sobre la ciudad.

Rayan, desde el quicio de la puerta, dijo:

—No me parece el vestido correcto para presentarte a mi madre.

—Ni a mí que nadie me diga como debo vestirme y menos un hombre.

—Pues, no debiste casarte, querida. Como tú marido, tengo el deber de velar por el buen gusto de mi esposa.

—Mi único error fue elegirte a ti.

Él cruzó los brazos sobre el pecho y sonrió.

—Una equivocación que, de vez en cuando, te hace muy feliz.

—Como lo he sido con otros y lo seré en el futuro cuando me libre de ti.

—No lo dudo. Pero por el momento, te guste o no, sigo siendo tú esposo y debes respetarme. El azul servirá. Discreto y elegante.

—Es un traje de noche y con mangas. ¡Me asaré! Ni lo sueñes —protestó Olivia.

—A veces, me da la sensación que no has nacido entre la aristocracia. No es un capricho mío, Olivia. Sabes que hay normas y deben seguirse. Aquí las mujeres tienen que ser moderadas. El cuerpo debe estar oculto. Lo mismo que el cabello. Pero prescindiremos de ese detalle.

—Las árabes. Yo soy inglesa.

—Pero te has casado con un musulmán.

—Medio musulmán.

—No tenemos tiempo para un debate. Vístete. En cinco minutos nos vamos —replicó él. Dio media vuelta y salió.

Ella, refunfuñando improperios indignos de una dama, se vistió según sus indicaciones. Era

una claudicación temporal, pues en cuanto llegasen a Londres se desharía de su insufrible marido. Ya hallaría el modo de conseguir un divorcio que no la perjudicase.

Sin abandonar el enojo, subió al coche, esta vez de motor.

—Perfecta —opinó su marido.

—No opinarás lo mismo cuando sude como una cerda.

Rayan paseó sus ojos por el cuerpo de su mujer y dijo:

—Tú nunca podrás parecerte a un gorrino, querida. Aunque, como se dice de ellos, no hay nada en ti desaprovechable.

—Deja de esforzarte. Tus lisonjerías ya no surten efecto. Te odio.

—No era un halago. Evidenciaba una realidad. Y por favor, te rogaría que cambiases de insulto.

—Si nos estamos sincerando, te pido que te calles. No me apetece charlar contigo.

Él alzó los hombros con desgana y se centró en el paisaje.

Tras unos minutos el coche se detuvo ante un elegante edificio de tres plantas rodeado por un precioso jardín. Era un edén en medio de El Cairo.

Rayan evitó que ella abriese la puerta y dijo:

—Mi madre es una mujer muy tradicional. Así que, para impedir que metas la pata, hablarás cuando se te pegunte. Y no con mucha extensión. Frases cortas será lo adecuado.

Ella lo miró estupefacta.

—¿Bromeas?

—En absoluto.

—Temo que sí. Tú madre se casó con un inglés. Conoce como somos. No espera a una mujer sumisa y esclavizada. Y tampoco creo que realmente desee conocerme. No se molestó en asistir a nuestra boda.

—Como siempre, creyéndote el centro de atención. Mi madre no vino a Londres porque juró no pisar esas tierras cuando mi padre la abandonó. No se fía de los británicos.

—Pues yo soy inglesa. Por lo que, es absurdo escenificar lo que no existe y darle falsas esperanzas. Además, en cuanto cumplamos los objetivos, nos divorciaremos. Ve tú a verla. Te espero.

—Que no se fíe, no significa que sea intransigente. Siempre da una oportunidad a las personas. Entrarás y procurarás ser lo más cordial posible.

—Yo no soy cordial. Soy la consecuencia de una educación exquisita —replicó Olivia con irritación.

Él inspiró hondamente.

—Mi madre se llama Kytzia. Significa Lucero de la mañana. Pertenece a la familia Mutjar. Mi abuelo fue príncipe de la tribu. Como lo fue mi padre.

—Y ahora lo eres tú —lo interrumpió Olivia.

—No te emociones. Tan sólo es un título honorífico. La única ventaja es que gozamos de un gran respeto.

—A muchos nobles británicos ya les gustaría tenerlo — consideró ella.

—Lo cierto es que, por lo que he comprobado, muy pocos se lo merecen. Tan sólo les mueve el poder y el dinero.

—Imagino que hablas por tu media parte inglesa.

Rayan dibujó una media sonrisa.

—Siempre tan aguda, querida. ¿Vamos?

Les recibió una anciana que apenas podía caminar.

—Nazli. Me alegro de verte. Ella es Olivia, mi esposa.

La mujer la escrutó sin el menor descaro. Por su inexpressión no pudo deducir si la aprobaba o no. Pero le dio lo mismo. En cuanto regresaran a Londres no volvería a verla.

—Tú madre hace media hora que os espera. Y ya sabes que aborrece la impuntualidad. Preparaos. No estará de buen humor.

—Intento cumplir, pero me es imposible. Me lío y me lío... No me riñas, Nazli. Prometo que a partir de ahora seré el hombre más puntual de la tierra —dijo él simulando consternación. Le dio un sonoro beso en la mejilla y ella abandonó la rigidez y sonrió

Estaba claro, pensó Olivia, que su marido era un gran seductor.

—No le crea. Es un cuentista.

La mujer volvió a estudiarla con ojos entrecerrados.

—La princesa os espera en la sala escarlata.

Entraron.

Olivia miró a su alrededor. La decoración era de un gusto exquisito. Pocos objetos, pero de una calidad indiscutible. La mayoría eran antigüedades de un valor incalculable. Aunque, lo que más la fascinó fue la profusión de flores. Aportaban un perfume delicioso a toda la casa.

—Habéis gastado una fortuna en arte.

—No especules. Pertenecen a la época del viejo marqués.

Al cruzar la puerta del salón, Kytzia los aguardaba en el diván más extravagante y al mismo tiempo hermoso con el que se había topado. Era de ébano, con incrustaciones doradas que representaban a los dioses antiguos y el tapizado rojo sangre, con bordados de flores de papiro también en dorado. Olivia tuvo la impresión que su suegra había surgido de aquellos palacios de los faraones. Poseía el porte de una reina y una belleza exótica, y una juventud que la llevó a deducir que tuvo a Rayan siendo casi una niña.

—Hijo, como siempre, tarde —le recriminó ella.

—Olivia tardó una eternidad en elegir el vestido —se disculpó él.

Su suegra la estudió.

—Os disculpo. Goza de buen gusto.

—Me ha elegido a mí, madre —bromeó Rayan. Se acercó a ella y la besó en la mejilla.

—Dices bien. Los hombres pensáis que sois quienes cazáis a una mujer. Y sois vosotros la presa. ¿No es así querida? Por favor, siéntate a mi lado.

Olivia se acomodó junto a ella.

—Es un placer conocerla, princesa.

—Por favor, llámame Kytzia. Y el placer es mío. Nunca pensé ver a mi hijo casado y menos con una mujer tan hermosa y distinguida.

—¿Acaso sus gustos eran más extravagantes? —se interesó Olivia.

—Sus romances los buscaba digamos... más vulgares.

Olivia sonrió candorosamente.

—Por lo que veo, me he casado con un Casanova. ¿Deberé mantenerlo vigilado, princesa?

—Rayan ha sido bastante disoluto. Pero te aseguro que en cuanto acepta un compromiso, lo cumple a rajatabla. Es un hombre de honor.

Olivia, discretamente, se secó el sudor de la frente.

—Hijo. Deberías haberle dicho a tu mujer que este vestido no es adecuado para este terrible calor.

Olivia lanzó a Rayan una mirada iracunda.

Nazli trajo unos refrescos. Su señora llenó los vasos y le ofreció unos aperitivos.

—Exquisitos —opinó su nuera.

—No es corriente tomarlos aquí. Pero me aficioné cuando estaba mí marido. Como buen inglés, no perdonaba el refrigerio antes de la comida ni la hora del té.

Olivia apreció el halo de tristeza en sus ojos. Y comprendió lo duro que debió ser que la separasen del hombre que amaba.

—El marqués era un gran patriota. Más inglés que nadie.

—¿Lo conociste?

—Cuando niña fue un buen amigo de la familia. Después, al morir mis padres, no mantuvimos relación. Al regresar a Londres coincidí con él en varias ocasiones. Pero en los últimos años no volví a verlo.

—¿Por la universidad?

—La guerra.

—Tengo entendido que las islas no fueron invadidas.

—Así es. Mi trabajo como enfermera acaparó la mayor parte de mi tiempo.

—Las mujeres desarrollaron un gran trabajo en los hospitales cuidando a los soldados que regresaban heridos a casa —dijo Rayan.

—Estuve destinada en Francia —aclaró Olivia.

—Me parece admirable que una joven aristócrata se alistase para cuidar a los soldados en un hospital de Paris —dijo su suegra sin poder imaginar como una joven tan delicada y de la nobleza pudo realizar semejante sacrificio.

—Estuve en los hospitales de campo durante dos años. Siguiendo los avances del ejército.

Rayan parpadeó impactado. Tampoco imaginaba a su esposa tan altruista y entregada. En realidad, apenas sabía nada de ella. Debería descubrir que otros secretos escondía.

—Mi hijo también sirvió en la guerra y por lo que me contó... Debió ser terrible lo que llegaste a ver, querida.

—Sí —musitó Olivia.

—Olvidemos los malos tiempos, madre. ¿Es cierto que Carter ha regresado? —dijo Rayan, al ver la tristeza en los ojos de su mujer.

—Lleva semanas excavando. Ese hombre no se da por vencido. Está convencido que encontrará la tumba de un faraón. Incluso me dijo que está muy cerca.

Olivia apartó la pena por la emoción.

—¿Lo conoce?

—Todos los comerciantes de antigüedades están en contacto con los arqueólogos —dijo Rayan.

—¿Y podríamos ir a la excavación? ¡Me encantaría!

—En esta época el calor es infernal. Además, no es nada emocionante ver a los obreros cavar la arena. Te aburrirías mucho, querida.

Olivia apuró el té.

—¿Podría indicarme como ir al baño?

—Al final de corredor —dijo su suegra. Y en cuanto salió, se dirigió a su hijo. — Durante el crucero pasaréis por allí. Y si tú esposa tiene este capricho, se lo otorgas. No quiero que se enoje o tardaré más en tener entre mis brazos a mi nieto. Así que, se condescendiente por ahora. Después ya impondrás tu opinión.

—Compruebo que ya le has dado tú aprobación. Me contenta no defraudarte.

—La verdad, considero que una chica árabe sería más adecuada para ti. Olivia te causará muchos problemas. Es demasiado independiente y moderna. Y tú...

—No soy una antigualla, madre —se quejó Rayan.

—Ni eres un británico cargado de flema. Eres apasionado y celoso. No será un matrimonio tranquilo. Pero al ver a mí hijo tan enamorado, no me queda más remedio que aceptar a su esposa.

Él la besó en la mejilla.

—Te adoro, madre.

Ella se levantó en cuanto regresó Olivia y le susurró al oído:

—Guarda tú adoración para esa muchacha tan bella y peligrosa. ¿Comemos?

El resto del día, a pesar de los temores de Olivia, fue muy agradable.

—A mí madre le has encantado —dijo Rayan.

—No me tomes por estúpida. Sé que hubiese preferido una musulmana. Pero es inteligente y ante lo inevitable sabe que es inútil mostrarme su aversión. Se alegrará mucho cuando nos divorciemus. Y por cierto. Si vuelves a burlarte de mí, te arrepentirás.

—Solamente pretendía que no ofendieses a mi madre. Pero, por lo visto, mi padre la modernizó —dijo él con tono inocente.

—¡Eres insufrible! —le increpó ella.

—Viajaremos por el Nilo en un pequeño barco. Será difícil no toparnos. Hazte a la idea, cielo. Es mejor practicar la cordialidad.

—Pensé que me presentarías a tú madre y regresaríamos a Londres.

—¿Sin tener luna de miel? No, querida. No. Hay que representar el papel por completo. Además, una mujer tan viajera como tú no puede irse de mi país sin conocer su pasado esplendoroso ni sus paisajes inolvidables. Levantaría seria sospechas.

—Lo haría encantada si tuviese otra compañía. Pero no me apetece. Lo que haré es sacar un pasaje en el próximo barco que parta hacia Inglaterra.

Rayan cerró la puerta con llave y dijo:

—No harás nada de eso.

—¿Piensas mantenerme secuestrada? ¡No me lo puedo creer! —exclamó Olivia.

—Eres libre para irte cuanto te plazca. Claro que, si lo haces, como tú marido, tendré el derecho a quedarme con todo lo que posees.

—¡Canalla! —le escupió ella.

—Sellamos un contrato. Y como no eres idiota, sabes que si alguien lo incumple, paga las consecuencias. Esas serán las tuyas. No deshagas el equipaje. Partimos mañana. ¡Ah! Y me complace ver que me haces caso. Un nuevo insulto.

Olivia, desde que su tío le contó sus aventuras por Egipto, siempre deseó conocer las pirámides. Y ese sueño estaba a punto de cumplirse. Pero el momento mágico se estaba desvaneciendo por culpa de su marido. Desde que abandonaron la tienda, Rayan no dejó de darle a conocer sus planes. Unos planes en los que ella no participaba en absoluto. La estaba tratando como una más de sus posesiones. Y ella jamás perteneció a nadie. Siempre fue una mujer libre. A cada minuto que pasaba, más arrepentida se sentía de haberse casado.

—Podrías mostrarte más animada.

—¿Acaso tengo motivos?

—Yo soy el motivo.

—¡Es inaudita tú arrogancia! —exclamó ella.

—Reconozco que una de mis virtudes no es precisamente la modestia. Pero sí ser realista. Es evidente que no soy un hombre simple, ni afeado, ni inculto. Poseo atributos que agradan y mucho a las mujeres. Tú misma lo has experimentado. Y si ahora añadimos la riqueza, ya irresistible. ¿Es o no cierto?

—Cierto. No obstante, cuanto más te conozco, menos aprecio esas verdades. Por el contrario, me irritan mucho.

—Las otras que poseo harán que vuelvas a apreciarme. Hemos llegado.

Olivia alzó los ojos. La Esfinge se le antojó extraña, pero fascinante. Medio animal, medio humano.

—Se desconoce que significa ni el motivo de su situación. No hay palacios, ni templos, ni tumbas. Aunque no importa. ¿No te parece? Es extraordinaria.

—Me fascina la obsesión de los egipcios por alzar construcciones monumentales.

—Ya que te pones, pues a lo grande. Ven. Inmortalicemos este momento.

—¿Es necesario? —inquirió ella, desganada.

—Tengo entendido que quieres poner verde de envidia a tú primo. Pues, es obligado retratar cada instante de nuestra felicidad. Vamos a por el primero.

Se colocaron ante ella. Rayan la tomó de la cintura y apoyó la frente sobre la de su mujer.

—Una sonrisa no estaría nada mal, preciosa.

—Ni tampoco que dejaras de darme órdenes.

—Cielo, lo único que pretendo es inmortalizar la dicha que sentimos.

—¡Ah! —exclamó Olivia.

—Piensa en los que te han humillado y sonrío.

El conductor hizo las fotografías y reemprendieron la marcha hacia su destino final.

Las pirámides, en mitad del desierto, superaban cualquier expectativa. Eran enormes y bellísimas. Unas tumbas colosales, dignas de los dioses.

—Otra que ha sucumbido ante una de las maravillas de la antigüedad —dijo Rayan al observar el rostro de su esposa.

—Esos bloques son monstruosos y muy pesados. No logro entender cómo los trasladaron. ¿Cómo lo hicieron? —musitó ella, extasiada.

—Nadie lo sabe. Es uno de los grandes misterios de la historia. Y me temo que seguirá siéndolo durante muchos años. Ahí radica parte de su embrujo.

—¿Qué lleva a un hombre a construirse una tumba como esta?

—Demostrar su poder, pasar a la inmortalidad. ¡Quién sabe! —opinó Rayan.

—La inmortalidad, sin la menor duda, la ha conseguido —aseguró Olivia.

—Nosotros también la lograremos con una fotografía. Ven.

Al acercarse, Olivia pudo apreciar la enormidad de la construcción. Rayan la tomó de la cintura y acercó su boca a la suya. Ella intentó apartarse.

—Hay que mostrar júbilo. Lo mucho que nos amamos. Somos unos recién casados disfrutando de su preciosa luna de miel. Nos envuelve el amor, mucho amor.

—Nadie exhibe unos retratos tan íntimos —protestó Olivia.

—Nosotros sí. Seremos la envidia de Gran Bretaña. Pocos pueden disfrutar de un país exótico y misterioso —aseguró su marido. Y seguidamente, la besó.

Ella se mantuvo tensa, hasta que, quebrantando su voluntad, se dejó llevar por esa boca tentadora. Por suerte, recordó donde se hallaban y ante quien, y se apartó.

—Creo que... Mi primo y su esposa ya... tendrán suficiente. ¿Nos vamos?

—Veo que estás ansiosa por iniciar nuestra luna de miel —bromeó Rayan, camino del coche.

—Cierto. Cuanto antes comencemos, antes regresaremos a casa.

—¿Tanto te desagrada mi país?

—No, claro que no. Me parece mágico.

—¿Entonces?

—Es nuestra situación.

—Podría cambiar.

Ella negó con la cabeza.

—Somos incompatibles. Tú eres... eres...

—¿Cómo soy?

—Demasiado autoritario y celoso para una mujer como yo. Siempre sospecharías de mis actos.

—¿Con razón?

Olivia sacudió la cabeza. Abrió la puerta del coche y se dejó caer en el asiento.

—Comienza a hacer mucho calor.

Rayan se acomodó a su lado y ordenó al chofer que los llevase al puerto.

—Anímate. Sé que el crucero te gustará.

—Te repito una vez más que en otras circunstancias disfrutaría muchísimo.

Él inspiró profundamente.

—Está bien. Sino quieres ir, no iremos. Anularé la cita con Carter. Una pena. Me han dicho que está seguro que se encuentra muy cerca de descubrir la tumba de un gran faraón. ¡Imagínate que lo hiciera durante nuestra visita!

—¿De verdad tenías previsto pasar por la expedición? —inquirió Olivia.

—En absoluto. Pero como le apetecía a mi mujercita, lo arreglé. Y que conste que es difícil conseguir su permiso. Hay muchos que desean conocerlo y pocos los agraciados. Nosotros lo hemos sido. ¡En fin! ¿Regresamos a casa?

Ella se mordió el labio inferior.

—Bueno. Sería una lástima perder esta gran oportunidad. ¿No te parece?

Rayan sonrió.

—Cierto. ¿Vamos a embarcar?

La barcaza estaba adaptada para el transporte de pasajeros. Seis camarotes, el comedor, un salón y varios baños. En el vientre de la nave la cocina, el hospedaje de los trabajadores y el almacén.

—No es muy lujosa, pero confortable —dijo Rayan.

Olivia entró en el camarote. Todo decorado con exuberancia.

—¿Y bien?

—¿Es esto sencillo para ti?

Él aseveró con desconcierto.

—Acostumbro a rodearme de objetos de arte. Tres o cuatro lo considero simple.

—Pues a mí me encanta. Es fascinante, como si los cuentos de las Mil y una noches hubiesen cobrado vida —musitó ella.

—Me contenta que te guste. Aunque no lo creas, deseo tu bienestar. De verdad.

—Lo sé. No obstante, dudo que con nuestros caracteres podamos tener paz.

—¿Y quién la quiere? Estaríamos demasiado aburridos. ¿No te parece? Lo mejor del fin de una batalla es sellar la paz.

El criado dejó el equipaje de Olivia.

—¿No compartimos camarote? —quiso saber ella.

—¿Quieres compartirlo?

—Conoces mis intenciones.

—Y tú las mías. No compartir la habitación no significa que he renunciado a nuestro acuerdo.

—Solamente tendrás un modo de conseguirlo, ya lo sabes.

—Lo sé. Y no es el que insinúas. Tras la puerta hay el baño. En diez minutos comenzaremos a navegar. La comida será a la una. Se puntual, por favor —dijo él cerrando la puerta.

Tras la comida, durante la cuál apenas Rayan y Olivia se dirigieron la palabra, ella se retiró a su habitación. Se sentía cansada y en apenas unos minutos se quedó dormida. Despertó casi al anochecer. Salió a cubierta. Se apoyó en la barandilla y contempló como las aguas transcurrían tranquilas.

—Por poco te lo pierdes —dijo Rayan, deteniéndose junto a ella.

—¿Alguna ruina interesante? ¿O tú indiscutible perfección? —inquirió ella con sarcasmo.

—El atardecer más maravilloso del mundo —respondió su marido con tono melancólico.

Olivia miró hacia el horizonte. El sol comenzaba a ponerse. El rojo se apoderó del paisaje, de las palmeras, del río, del cielo. En apenas unos minutos, las sombras cayeron como un manto de niebla que dejaba vislumbrar los últimos rayos de luz; hasta que todo quedó a oscuras. Fue entonces cuando el sonido de la noche envolvió la barcaza. Chapoteos en el agua, cantos de aves, movimientos furtivos entre las plantaciones. Unos momentos realmente mágicos. Pero no lo reconoció y dijo:

—No está mal.

Rayan suspiró.

—Permaneceremos anclados hasta el amanecer. Es peligroso navegar en la noche. ¿Cenamos?

Olivia lo siguió hasta el comedor. Rayan se había puesto una chilaba; lo cuál acrecentaba su exótica belleza. Un atractivo muy peligroso. Por fortuna, se había propuesto no sucumbir a sus encantos. Y ella, cuando tomaba una determinación, no decaía.

—¿Qué te está pareciendo el viaje? ¿Tan asombroso como te dije?

Por el momento, pensó Olivia, lo era. Pero jamás se lo confesaría a su marido. Nunca haría nada que acrecentase su ego.

—He recorrido bastante mundo. He visto lugares increíbles. Aquí, aún no me ha impactado nada. Veremos en los próximos días.

Él sacudió la cabeza.

—Ya. Las Pirámides unos simples bloques... Una construcción infantil. Y el Nilo, un riachuelo. Pero no me doy por vencido. Sé que terminarás dándome la razón. ¿Más cordero?

—No, gracias. Por la noche apenas ceno. No es prudente ir harto a la cama.

Rayan dibujó una media sonrisa.

—Los últimos días has roto esa norma. Claro que, antes no debías tener a un hombre tan aplicado que te provocara el apetito.

Olivia no cayó en su trampa.

—¿Adónde iremos mañana?

—Prefiero darte una sorpresa. Aunque, te aconsejo que lleves el traje de baño.

—¿Pretendes que nos bañemos en el Nilo? ¡Hay cocodrilos! —se horrorizó Olivia.

—Querida, nunca te pondría en peligro —dijo Rayan.

—Eso no es verdad. Me has obligado a subir a ese aparato infernal. Si sufriese una avería moriríamos en el acto al estamparnos en el suelo. Nos recogerían hechos pedacitos.

—¡Por Dios, Olivia! Una mujer tan moderna como tú que llame aparato infernal a un avión. Es un medio de transporte genial. Rápido y emocionante.

—Considero que los pájaros son los únicos que pueden volar seguros.

—Pensé que una joven que estuvo en el campo de batalla sería más valiente.

El semblante de ella se ensombreció.

—Nunca me contaste esa parte de tú vida.

—Hay muchas cosas que ignoras. En realidad, temo que somos dos desconocidos.

—Podríamos comenzar a conocernos. ¿No te parece? Yo estuve en Galípoli. Un verdadero infierno. Durante casi un año presencié como muchos amigos eran despedazados. Me salvé cuando fui herido en el brazo.

—No quiero recordar la guerra. Lo que quiero es olvidarla, pero no puedo —musitó Olivia.

—Lo siento. No quise traerte malos recuerdos. ¿Más postre?

—No, gracias.

Rayan, ordenó con un simple gesto de la mano a los sirvientes que se retirasen.

—No es necesario que permanezcan despiertos toda la noche. Mejor que descansen.

—Muy considerado.

—Me ofende tu tono sarcástico. Siempre lo soy. Jamás me aprovecharía de nadie. No soy tan miserable.

Ella levantó una ceja.

—Se te olvida que este matrimonio lo acordamos los dos.

—Y también hemos llegado a la conclusión que ha sido un error. ¿Por qué no dejarlo antes de que sea demasiado tarde? Rayan, por favor. Olvidemos esta locura.

—Lo dejaremos cuando alcancemos lo deseado.

—Yo no... Opino que es un error.

—No tengo ganas de discutir, Olivia.

Ella se levantó.

—Yo tampoco. Buenas noches.

Rayan se marchó al salón y se sirvió una copa de brandy. Había pensado que este viaje suavizaría las discrepancias con su esposa. Era el paisaje idóneo. Misterioso y seductor. A él siempre lo transportaba a un mundo mágico donde cualquier sueño podía cumplirse. De niño soñó con poseer los tesoros de los antiguos reyes de Egipto y los alcanzó. Ahora quería que Olivia volviese a ser esa mujer divertida y sensual; y lo lograría. No cejaría en su empeño.

Terminó el licor.

La música de la gramola lo llevó hasta el camarote de su esposa. Olivia bailaba con los ojos cerrados. Su boca proyectaba una gran sonrisa. Estaba preciosa tan relajada y feliz. Y esa mujer le pertenecía. Tenía todo el derecho de tomarla y hacerle cumplir el pacto acordado. Pero a pesar de sus orígenes, era un caballero. Jamás obtendría con violencia lo que deseaba. Olivia regresaría a sus brazos por propia voluntad.

Abrió la puerta, entró y cerró tras él.

Ella, sin percatarse de su presencia, continuó dando vueltas, canturreando la melodía.

—¡Jesús! —jadeó al toparse con Rayan.

—El charlestón se te da bien, pero la danza árabe... Cariño, temo que no es lo tuyo.

—Te ruego que a partir de ahora llames a la puerta —se enojó Olivia.

—¿Por qué? Soy tu esposo. Tengo todo el derecho del mundo a entrar en mí habitación.

—¿Pretendes dormir aquí?

—No he dicho eso.

Las mejillas de ella se encendieron al comprender. No por el hecho de ver en sus ojos ese destello precursor de la pasión. Más bien por el temor a no poder resistirse a su arrolladora sensualidad.

—No puedes... Hoy no...

—¿Estás en esos días?

—No. Pero... Ya sabes lo que opino. Es mejor parar antes de que los dos salgamos heridos. Mira. Si es por el dinero, seré generosa en el divorcio. Pagaré tus deudas y te ayudaré a... No se. A algún negocio que...

Rayan alargó el brazo y la atrajo hasta su pecho.

—Ahora no tengo ganas de hablar.

—Si nos divorciamos, puedes encontrar a una mujer que te ame de verdad y te de el heredero adecuado.

—Tú eres la madre idónea. Ya verás como se te despierta el instinto materno cuando notes al bebé en tus entrañas —refutó él, mordiéndole el lóbulo.

Olivia se convulsionó y el sonido de un sollozo hizo que su marido la mirase sorprendido.

—Cariño. ¿Qué pasa?

Ella se enjuagó el rostro.

—Nada.

—Aborrezco hacer esa pregunta y que me respondan nada. Si se llora es por algún motivo.

—No... me encuentro nada bien...

—Olivia. No he pretendido hacerte creer que obtendré lo que quiero a la fuerza. Nunca lo haría. Lo juro. Tranquilízate, por favor.

—Lo sé. No es... culpa tuya. Realmente... estoy indispuesta. El baile me ha mareado.

—Ordenaré que vayan en busca de un doctor —decidió él, realmente preocupado.

Ella se sentó en la cama.

—No... Es... un simple mareo. En el neceser tengo las pastillas.

Rayan las buscó, extrajo una y le dio un vaso de agua. Ella tomó el medicamento.

—Gracias.

Él la besó en la mejilla con ternura.

—Será mejor que te acuestes e intentes dormir. ¿De acuerdo?

—Eres muy comprensivo.

—Lo único que quiero es que te sientas bien. Buenas noches, Olivia.

Olivia pasó parte del día encerrada en el camarote meditando que debía hacer a partir de ahora; pues había llegado a la conclusión que aceptar la condiciones de Rayan fue una terrible insensatez. ¿Un hijo? Solamente a dos irresponsables se les ocurriría traerlo al mundo dentro de una pareja que no se amaba. No podía consentirlo. Ella no. Todos la consideraban irreflexiva y banal. Pero nadie conocía como era, que sentía. Tenía que poner fin a esa aberración. Había presenciado demasiados niños desdichados por el abandono de unos padres que no los amaban, que simplemente para ellos eran parte de las obligaciones de un matrimonio. Quedaban a manos de institutrices que los adoraban o los torturaban sin piedad. Ella, por supuesto, no podría ignorar a un hijo. Sin embargo, estaba convencida de que Rayan simplemente lo consideraría un medio para no perder el marquesado. No traería al mundo a un ser que no fuese querido con toda el alma. Hablaría con su marido de inmediato.

Rayan se encontraba en la proa observando el paisaje. Se veía relajado, disfrutando realmente de la navegación. Y no era para menos. El entorno del río era milagroso. Cultivos fértiles junto a las arenas más áridas del desierto, aves sobrevolando el cielo azul, otras deslizándose por sus aguas tranquilas; y de vez en cuando, un cocodrilo dejaba entrever sus terribles colmillos.

—Es tan generoso el Nilo que los agricultores pueden recoger varias siembras durante el año. Aunque, también es peligroso. Dualidad, lo mismo que nuestros dioses. El bien y el mal en el mismo ser. La vida y la muerte en sus aguas. Mi país no es fácil.

—Nada lo es.

—Presumía que creías todo lo contrario.

—¿Por mi existencia alocada? No creas todo lo que ves, Rayan.

—Cierto. El desierto parece yermo. Sin embargo, sus arenas ocultan grandes tesoros.

—¿Podemos hablar? —dijo Olivia.

—Es lo que estamos haciendo, ¿no?

—Es importante.

Él la miró preocupado.

—¿Sigues indispuesta?

—No.

Él sonrió.

—Es un alivio. Pensé que debíamos anular el viaje y hubiese sido una pena. ¿No te parece?

Olivia se sentó junto a él.

—Tenemos que hacerlo.

—Te prometo que acabarás agradeciéndome que te halla traído. Mi país te parecerá el más hermoso del mundo. Cuando...

—Rayan. Esto nada tiene que ver con tu nación. El problema es nuestro matrimonio.

—Discrepo. Como la gran mayoría de nuestra clase la base de las uniones es el interés común. Nosotros poseemos además, otro gran beneficio y es lo bien que nos complementamos en la cama.

—El sexo no suple lo más esencial.

—Me has hecho creer que lo esencial para ti es recuperar el patrimonio de la familia. ¿Me he equivocado?

—No. Sigo creyendo que tengo todo el derecho del mundo a ser la heredera.

—¿Entonces?

—Si para lograrlo tenemos que implicar a un ser inocente, no quiero seguir. No podría vivir en paz. No sería justo para la criatura.

—Perdona, pero no entiendo...

—Hablo de tener un hijo. No es decente, Rayan.

—No sería un bastardo. Nacería dentro de un matrimonio consagrado. Y te aseguro que lo querría con toda el alma. No permitiría jamás que le ocurriese nada malo, ni lo abandonaría a su suerte, como hizo el viejo marqués —la contradijo él.

Ella vio en sus ojos la verdad. Sí. Podía amar a su hijo. Pero su marido jamás se conformaría con su esposa. Creyó que le daría lo mismo, pero su locura le había hecho comprender que no deseaba a su lado a un hombre que buscara el consuelo en otra cama. Puede que no encontrara el amor. Seguramente nunca lo haría. Sin embargo, quería integridad y fidelidad.

—No, puedo, Rayan. No puedo tener un hijo con un hombre al que no amo. Nunca debí aceptar tus condiciones. Pero la rabia no me dejó profundizar en los actos que iba a cometer. ¿Lo entiendes, verdad? No puedo seguir cumpliendo el acuerdo. Lo siento.

Él la observó. Su tristeza era real.

—Puede que más adelante...

—Temo que no tenemos solución. Somos demasiado distintos.

—Ya sabes lo que dicen: Los polos opuestos se atraen. Y nosotros lo hemos verificado en muchas ocasiones.

—Lo más juicioso sería regresar a Londres y terminar con este disparate.

Rayan encendió un pitillo. Dio una calada y dejó que el humo ascendiese. Olivia tenía razón. Habían actuado sin reflexionar movidos por la ambición. Aquello solamente podía arrastrarlos al desastre. A pesar de ello, no rompería su alianza. Aún no. No hasta que dejase de atraerle.

—Propongo que terminemos el viaje y después decidimos.

—Rayan. No...

—Como bien has dicho, no nos paramos a meditar lo suficiente. No hagamos lo mismo ahora. Dejemos pasar unos días y ya veremos.

—En cuanto a tener descendencia, no cambiaré de opinión —aseguró Olivia.

—Tranquila. No pienso obligarte.

—Eres muy benévolo teniendo en cuenta el tiempo que te he hecho perder. Cualquier otra te habría aportado todo lo que necesitas.

—Lo dudo —dijo él mirándola intensamente.

—Rayan. Hemos quedado...

...En seguir el viaje, porque imagino que no querrás perderte la visita al señor Carter.

—No, claro que no.

—Y tampoco las maravillas de Egipto. Prepara el equipaje de mano. Pasaremos la noche en tierra.

—¿Adónde vamos?

—Prefiero sorprenderte.

—No se...

—Te prometo que es un lugar que te encantará. Pero como veo que dudas, te diré que la primera vez que lo visité de pequeño pensé que había llegado al Edén.

—Un niño todo lo magnifica.

—Ya me lo dirás cuando lleguemos. Te aconsejo que te pongas pantalones. Son más prácticos para el desierto. En cuanto estés lista partimos.

Olivia, a pesar de sentirse abatida, aceptó su oferta. Fue a preparar el equipaje de mano.

Sobre la cama había una chilaba preciosa. Azul cielo con bordados en plata. La puso en la bolsa junto al traje de baño, una toalla, la ropa interior y unos zapatos cómodos de repuesto.

—Me encantan tus pantalones —dijo Rayan dejando caer la mirada en su trasero.

—Hemos quedado que nada de antiguas costumbres —lo riñó Olivia.

—Ya sé que te gustaría estar a miles de kilómetros de aquí y sin mi compañía, pero ante lo inevitable, querría que procuráramos sacar beneficio de esta situación. Vamos a divertirnos, mujer.

Olivia, al ver los camellos, lo miró horrorizada.

—¿Pretendes que lo haga subiendo ahí?

—Es el medio más eficaz para el desierto.

—¡Ni lo sueñes!

—¿La mujer que se alistó de enfermera y lanzado a un matrimonio con el hombre más seductor de la tierra tiene miedo de un simple animal? —se burló Rayan.

—El caballo es noble, pero estos son traidores. ¿No ves como me mira? De reojo. No confío en él. ¿Por qué no vamos en coche?

—Un auto se hundiría en la arena. Olivia. No seas criatura. Lo único que debes hacer es no demostrarle que tienes miedo. ¿De acuerdo?

Olivia, insegura, se dejó llevar. Su marido la ayudó a montar.

—¡Jesús! —gritó cuando el camello se alzó inclinándola hacia delante.

—Serenidad, cariño. Todo irá de maravilla. Venga. En marcha —dijo Rayan emprendiendo la marcha.

Ella se aferró a las riendas y con el corazón desbocado, lo siguió.

Tras un par de horas cabalgando a lomos de los camellos, Rayan se detuvo ante una considerable extensión verde en el desierto.

—Un paraíso en mitad de la aridez.

—¿Esto? —inquirió Olivia ante lo que parecían unos matorrales medio secos.

Él desmontó de un salto. Se acercó a ella y la ayudó a bajar. Después ató a los camellos, cogió las dos bolsas y tomándola de la mano dijo:

—Las entrañas de la tierra esconden diamantes. Acompáñame.

Caminaron por las plantas medio moribundas hasta alcanzar un pequeño acantilado.

—Deja de mirar el suelo. Alza los ojos —le pidió Rayan.

Ella obedeció.

El espectáculo la dejó paralizada. Una lengua de agua transcurría lenta, hasta que llegaba a la depresión y se convertía en una cascada. El torrente terminaba en una hondonada donde se había formado un lago bordeado por alguna palmera y arbustos cubiertos de flores.

—¡Qué belleza! —musitó.

—Wadi El Rayyan. Estamos en las tierras de Anoukis. La diosa de la vida y de las cataratas.

—Hay una tienda abajo.

—Unos criados la han montado para nosotros. ¿No te parece romántico?

—¿Dormiremos aquí solos? Te recuerdo que no somos pareja. No hay nada de romanticismo. Y puede haber escorpiones o serpientes. Si nos ocurre algo moriremos. No me gusta. Regresemos al barco —se preocupó su mujer.

—Estás con un hombre que ha crecido en el desierto. Conozco todos sus secretos. Te aseguro que no has de temer nada. Además, pronto anoecerá y no podremos cabalgar en la noche. Bajemos.

El intenso calor pareció menguar al llegar a la orilla de la laguna.

—Aprovechemos la luz para nadar. ¿Te parece? —propuso Rayan.

—Los cocodrilos...

—Es un riachuelo, mujer.

Olivia entró en la haima, se puso el traje de baño y se reunió con su marido. Él se lanzó. Ella entró poco a poco. Él tiró de ella y la metió a la fuerza.

—¡Bruto!

—No te quejes. Esta deliciosa. Como tú.

—Rayan, por favor.

—¿Qué? ¿Acaso no puedo alabar a mi mujer?

—Te voy conociendo e intuyo dobles intenciones.

Él alzó una ceja.

—¿Tan perverso me consideras? Soy un buen tipo, Olivia. Te prometo que, como he dicho en muchas ocasiones, no pienso hacer nada que tú no quieras.

Seguro que no mentía. De todos modos, estaba segura de que intentaría seducirla. Como que a ella le costaría mucho no ceder a sus intenciones. Rayan poseía un magnetismo que la impulsaba a desear ser acariciada, a ser tomada por su fuerza salvaje y sensual.

Se apartó nadando de él hasta alcanzar la cascada. Su marido se unió a ella.

—¿Venias aquí de niño?

—Con mis protectores. Son comerciantes. Viajaba con ellos por el abrasador desierto. Me enseñaron el negocio. En realidad, todo lo poco que sé.

—¿El de las antigüedades?

—Sí. Nadie en Egipto sabe más sobre ello que mis amigos.

—En ese caso, el encuentro con Carter te debe hacer mucha ilusión.

—Por supuesto.

—Si me hubiese negado a hacer el viaje habrías ido igualmente a la expedición. ¿Verdad?

—Así es.

—¿Tanto te interesa que te habrías arriesgado a que regresase sola a Londres?

—Claro que no. Como es lógico, te hubiese dejado con mi madre.

Olivia lo miró con gesto de perplejidad.

—¿Me hubieses mantenido secuestrada?

—Secuestrada... secuestrada. Eso es mucho decir. Protegida por mi familia.

—Eres un...

...¿Capullo? ¿Un canalla? Lo sé —bromeó Rayan.

—Está anocheciendo —dijo Olivia.

—Será mejor que salgamos.

Tras cambiarse, Rayan encendió una hoguera, extendió una alfombra bajo las estrellas y preparó la comida. Cuando ella salió vestida con la chilaba, sonrió.

—Estás preciosa. Señora, la cena esta servida.

Ella dudó. El escenario era el idóneo para un intento de seducción. Un peligro para sus ansias sexuales reprimidas. Por otro lado, estaba hambrienta y la comida tenía un aspecto delicioso. Comería y después resolvería lo otro.

—Creo que no he obviado nada de lo que más te gusta. ¿Le apetece a la señora marquesa queso, carne fría, paté o un emparedado de salmón?

—Tomaré un poco de todo. ¡Estoy famélica! —exclamó ella llenándose el plato.

Su marido la miró fascinado. Olivia era una mujer que no ocultaba sus apetencias. Eso la hacía terriblemente fascinante. Ningún hombre podía resistirse a sus encantos y belleza. Pero los admiradores ni amantes ya no tenían cabida en su vida. Ahora era suya. Aún era su esposa. Y lo seguiría siendo. Se encargaría de hacerle cambiar de opinión. No habría divorcio. No hasta que decidiese que ya no le interesaba.

—Te aconsejo que como postre pruebes la tarta de dátiles. Es mi pastel preferido.

—Estoy llena. Aún así, no puedo resistirme a un dulce —aceptó su esposa. Cortó un pedazo y lo saboreó.

—¿Y bien?

—¡Um! ¡Sabroso!

—Le diré a mi madre que te de la receta.

Ella lo miró estupefacta.

—¿Acaso has pensado que sé cocinar? ¡Por Dios, Rayan! Para lo único que entro en la cocina es para dar instrucciones.

Él se echó a reír.

—Señora marquesa, es una broma. Por supuesto que sé que has sido criada entre algodones. Toda una dama de alta alcurnia, sin necesidad de mover un dedo para que le consigan lo que desea.

—No soy tan superficial —se quejó ella.

—Claro que no, cariño. Arriesgaste la vida alistándote de enfermera.

El rostro de Olivia volvió a tornarse sombrío.

—¡Oh! Dejemos atrás el pasado. Hemos venido a pasarlo bien —dijo Rayan.

Llenó las copas de champaña y le ofreció una.

—Creía que los musulmanes no toman alcohol y tú no respetas esa norma.

—Ya sabes... Soy medio inglés. Y no muy religioso. El colegio también influyó. Los compañeros, las juergas, el barco... Ya sabes como van esas cosas.

Olivia alzó los ojos hacia el cielo plagado de estrellas. Nunca había visto nada tan extraordinario.

—¿No crees que alguien superior ha creado esta maravilla?

—Viéndote a ti, lo creo. La luz de la hoguera te favorece mucho —respondió él clavando sus ojos color zafiro en el inmenso azul de ella.

—Rayan. Hemos quedado en que...

...En que no deseas hijos. Y lo cumpliré. Pero no he renunciado al placer. Y creo que tú tampoco. Lo veo en tus ojos, cariño.

—Nuestro acuerdo ha terminado. Es mejor no... complicar las... cosas.

Rayan le quitó la copa de champaña.

—Solamente ha sido eliminada una parte. El resto sigue en pie. Regresaremos a Londres, veremos como tú primo se arrastra a nuestros pies y le arrebataremos todo lo que posee.

Olivia intentó apartarse, resistirse a ese perverso seductor. Pero le fue imposible. Eran como dos imanes que se atraían irremediamente.

—Sin descendiente, no conseguiré... la herencia que me han... arrebatado. Y no seré madre contigo. Rayan...no... podemos arriesgarnos.

—Los dos somos adultos y mundanos. Conocemos el modo de evitar un embarazo. No veo la razón por la que debemos reprimir nuestra pasión.

—Es peligroso. A veces...

—¡Maldita sea, mujer! No pienses tanto y disfrutemos del tiempo que nos queda —insistió él, acercando su rostro al de ella.

Olivia quiso escapar. Pero Rayan ejercía un magnetismo tan poderoso que le fue imposible. Dejó que la besara con hambruna, correspondiendo con el mismo ardor.

—Cariño, eres tan apetitosa —jadeó él.

—E idiota. Sé que me arrepentiré.

Rayan mordisqueó su oreja.

—¿Por disfrutar de lo que uno quiere? Uno debe lamentarse por perder la oportunidad de renunciar a ello.

—No quiero rechazar esto —gimió estremeciéndose cuando las manos de él se introdujeron bajo la tela.

—No es necesario. Prometo que no correremos ningún riesgo. Olivia, quiero que me demuestres cuanto me deseas. ¿Lo harás, preciosa?

Ella aceptó el reto. Se posó en jarras sobre él y murmuró sobre su boca:

—Prepárate para tener la mejor experiencia de tu vida. Te volveré loco.

Él lanzó un quejido lastimoso. Estaba tan incitado que le era imposible aguardar ni un segundo más a poseerla. La alzó levemente y penetrándola, dijo:

—Lo lamento, cariño. Ya me has perturbado tanto que deberás esperar.

Los siguientes días fueron deliciosos para Olivia.

Durante el día recorrían las aguas del Nilo, deteniéndose en las ruinas de palacios antiguamente imponentes o en poblaciones que parecían hacerse detenido en el pasado. Disfrutó comprando especias desconocidas, telas maravillosas y joyas elaboradas con maestría oriental. Aunque su parte preferida del viaje era cuando se internaban en oasis perdidos en medio del inmenso desierto y hacían el amor bajo las estrellas. Lejos del mundo civilizado se sentía libre. Simplemente era una mujer que disfrutaba de la vida junto a un hombre divertido, inteligente y muy, muy apasionado. El sexo con él era increíble y lo echaría de menos cuando se divorciasen.

—Ya sé que no es muy original, pero te doy un penique por tus pensamientos.

Olivia, por supuesto, no le diría que la luna de miel estaba resultando tan satisfactoria.

—Pienso en si Carter ya habrá encontrado su ansiada tumba.

—Lo comprobaremos en unos minutos. Pero antes te mostraré una tumba asombrosa. Ahí llega el coche.

El valle de los reyes contenía varios sepulcros que se podían visitar. Entre ellas el de Sethy.

—¡Dios mío! Es... Impresionante —exclamó Olivia al ver las paredes decoradas con jeroglíficos y pinturas asombrosas.

—Es la más grande descubierta por Belzoni. Se adentra en las entrañas de la montaña. Tiene más de ciento veinte metros.

—¿Entiendes las pinturas y escrituras?

—Aprendí de niño. Esta de aquí es un texto del libro de los muertos. Allí unas oraciones. Esta de arriba es el relato de una heroicidad del faraón.

—Yo sería incapaz de aprender esta escritura tan compleja.

—Con tú inteligencia, lo harías, cariño —aseguró él dándole un suave beso en los labios.

Ella se apartó mirando de reojo al vigilante de la tumba.

—¿No hay momia?

—No. Pero el sarcófago de alabastro es propiedad de John Soane y lo tiene en su casa de Londres. Hay muchas cosas nuestras desperdigadas por el mundo —le explicó Rayan.

—¿Y los tesoros?

—La tumba fue saqueada en el pasado.

—He oído decir que aún siguen desvalijándolas.

—Es una práctica que reporta muchos beneficios.

—¿A ti también?

Rayan se limitó a sonreír y dijo:

—Ya sabes como son los ingleses con el tema de la puntualidad. Carter nos espera y no quiero que se indigne por llegar tarde.

La excavación era un hervidero. El arqueólogo había contratado a cientos de hombres que cavaban y tamizaban la arena en busca de indicios.

Carter, al verlos, los saludó.

—¡Viejo amigo!

—¿Viejo amigo? ¿Así que te costó mucho conseguir que nos recibiese? Hubiese tenido que imaginarlo. Eres un tramposo —le susurró Olivia.

—No me reprendas, cariño. Tan sólo quería impresionar a mi exigente esposa. Por cierto, este

nuevo insulto me parece un tanto suave.

Carter lo abrazó efusivamente.

—¿Cuánto hace que no nos vemos? ¿Un año?

—Dos.

—Demasiado tiempo. ¿Y quién es tu preciosa acompañante? —dijo el arqueólogo estudiando a Olivia.

—Te presento a Lady Olivia Langfort. Mi esposa.

Carter alzó las cejas.

—¿Te has casado? ¿Y con una noble?

—Tengo mucho que contarte.

—Ya veo. ¡Cielos! Creí que no llegaría a ver a este bribón con la soga atada al cuello. La felicito, Milady. Ha redimido a un mujeriego.

—Eso espero o le aseguro que daré de qué hablar —dijo ella estrechándole la mano.

—¿Cómo va todo? —se interesó Rayan.

El arqueólogo suspiró.

—Presiento que estoy cerca. Pero... No se...

—¿El pertinaz Howard dudando?

—El tiempo merma muchas esperanzas.

—¿Puedo ver los trabajos?

—Por supuesto. Lady Olivia. A partir de ahora el calor será intenso. Le sugiero que mientras recorremos la excavación tome una taza de té en la tienda.

—Mi familia ha soportado cinco reinados. Cada conde ha esquivado el hacha del verdugo. Le aseguro que podré soportar la dureza del clima. Además, no he venido hasta aquí para tomar una simple taza de té, señor Carter. No tema. No soy tan enclenque como aparento. ¿Vamos? —rechazó ella.

Carter les enseñó los puntos donde ahora se centraban. El polvo se suspendía en el aire y en muchas ocasiones costaba hasta respirar. Pero la euforia de ver en acción los avances de lo que podía ser uno de los mayores descubrimientos, compensaba cualquier molestia.

Olivia observó como Rayan estudiaba los diminutos trozos de cerámica antigua con meticulosidad. Parecía que realmente era experto en el tema. Lo cierto era que ignoraba muchos aspectos del hombre con el que se había casado.

—Creo que vas por buen camino. ¿Ves este fragmento? El grabado es parte de un cetro de gran poder. Muy probablemente de la realeza. Y esta nos indica que pertenece a la dinastía XVIII.

—Eso significa que puede tratarse de la tumba de Tutankamón.

—Puede.

El arqueólogo sonrió.

—A veces me pregunto de que sirven las carreras universitarias.

—He tenido los mejores maestros. No te rindas, Howard. Presiento que estás cerca. Aunque, con operarios tan torpes... ¿Puedo?

Rayan ascendió el pequeño montículo y se acercó a un hombre de mediana edad. Por su actitud le estaba recriminando lo mal que trabajaba. El egipcio discutió con él. Tras un nuevo reproche, tiró la pala con enojo. Dio media vuelta y se marchó. Rayan regreso junto a su mujer y Carter.

—Siento lo ocurrido. Intenté explicarle como se hacen las cosas y ha preferido largarse.

—No te preocupes. No echaré de menos a un inepto. Tengo suficientes trabajadores.

—¿Te apetece una comida espectacular?

—Tengo demasiado que hacer y...

—No admito negativas. Mi cocinero se ha esmerado y no sabes como se pone cuando alguien desprecia su comida. Por lo demás, tengo que contarte las enormes novedades a que me he visto sometido últimamente. No te lo vas a creer —bromeó Rayan.

—¡Cielos! ¿A parte de tu enlace hay algo más impactante? Decididamente, tengo que asistir a esa comida —aceptó Carter demostrando muy buen humor.

Como prometió, Rayan puso al día a su amigo de el gran cambio que había experimentado su existencia. Y cuando terminó el relato, Carter soltó un largo silbido.

—Amigo mío, digno del mejor de los dramas teatrales.

—¿Y tú que me cuentas?

Las anécdotas que el arqueólogo les relató fueron muy interesantes. Pero además, Olivia comprobó los muchos conocimientos que poseía su esposo sobre el pasado esplendoroso de los faraones. Rayan era un hombre que escondía grandes misterios.

A última hora de la tarde Carter se despidió de ellos.

—Ha sido un placer conocerla, milady.

—El mío estar con el arqueólogo más famoso del momento.

—Espero que cuando encuentres la tumba, me lo notifiques de inmediato. Volaré raudo para verla —dijo Rayan.

—Eso, si la hallo.

—Lo harás, amigo.

Mientras Carter se alejaba, el barco se puso en marcha.

Olivia observó por última vez el ocaso. Ocurriese lo que ocurriese en el futuro, jamás olvidaría el viaje inesperado que Rayan le ofreció.

—¿Te entristece que termine?

—Con franqueza, sí. Tú país es fascinante.

—Y más lo será cuando surjan los tesoros que el desierto oculta. Pero llevará mucho tiempo.

—Hablando de tiempo. ¿Es necesario que tomemos un avión para ir a El Cairo? No tenemos prisa. Y creo que aún me quedan cosas que ver.

Rayan la abrazó.

—Cielo, no tienes nada que temer.

—¿Me lo prometes?

—Prometo que iré tan bien, que adorarás volar. ¿Acaso no te he demostrado que este viaje merecía la pena? Creo que has descubierto lugares y sensaciones que nunca experimentaste —le susurró sobre la nuca.

Olivia asintió. Sí. Rayan le enseñó su mundo y también intimidades que jamás practicó con otros. Lo cierto era que, la gente tenía un concepto un tanto erróneo de ella. Por supuesto que no era una mujer virtuosa, pero tampoco tan lasciva. No era fácil que un hombre lograra llevarla a su cama. Y si lo hacía, procuraba que fuesen encuentros rápidos y sin el menor roce de intimidad personal. El sexo era un mero instrumento para evadirse del dolor que atenazaba a su corazón. Rayan era el único que había logrado traspasar esa coraza y hacerla disfrutar otra vez de su cuerpo.

Disfrutar no era la palabra exacta para describir el viaje de regreso, pero fue mucho más tranquilo. Incluso, hasta se recreó en algunos momentos del vuelo. El paisaje de Egipto desde las alturas era extraordinario. Ver el monumental templo de Karnak, la lengua de agua rodeada de vida y las pirámides aumentaba su grandeza.

—Esta noche dormiremos aquí —decidió Rayan.

—¿Qué harás con la tienda? —Le preguntó Olivia.

—He decidido que la regentará el hijo de uno de mis amigos. Ya tiene edad para aprender un oficio. Este comercio le dará la oportunidad. No sacaré apenas beneficio. Pero no me importa.

—¿Le cobrarás comisión? No te hace falta —objetó ella.

—Así es. No obstante, debo hacerlo. Nunca aceptarían caridad. Cuestión de orgullo.

—Los hombres, depende en que temas, sois extraños. Tus amigos te enseñaron el oficio y gracias a ellos has vivido medianamente bien. Es lógico que, como agradecimiento, les quieras compensar. No veo la ofensa por ningún lado no recibir nada a cambio.

Él sonrió ante su aplastante argumento.

—Cariño, carecemos de la mentalidad práctica de las mujeres.

Olivia acarició una estatua de la diosa Isis.

—¿Es auténtica?

Él se la quitó de las manos.

—Copia, cariño. Las antigüedades de las excavaciones pertenecen al estado. Poseer alguna conlleva cárcel. Hace tiempo que las auténticas que nos vendían los particulares escasean.

—Pues yo diría que es oro de verdad.

—Pan de oro. Pura imitación un tanto más sofisticada. La puerta se abrió.

—Está cerrado —informó Rayan al hombre.

—Es una urgencia.

—Lo siento. No puedo atenderle —replicó Rayan con tono ácido.

—Su encantadora mujer sabe lo que representará para mí esposa que vaya con las manos vacías en el día de su cumpleaños. ¿No es así?

—Ciertamente, se enojará —confirmó ella.

—Y las consecuencias pueden ser terribles. No sabe usted como es. Es capaz de matarme o peor, torturarme sin piedad. Le ruego me atienda. Serán unos minutos —insistió el hombre.

—Rayan, atiéndelo, por favor. Yo iré a acicalarme —le pidió Olivia.

Subió al piso de arriba. Se desnudó, llenó la jofaina y tas limpiarse, se puso una chilaba. El calor no era tan intenso como el desierto, pero igual de insoportable.

Rayan se asomó por la puerta.

—Tengo que ir a ver a un amigo. Por lo de la tienda. No tardaré.

—Podría acompañarte y así lo conozco —sugirió Olivia.

—Debido a nuestras circunstancias, no lo creo oportuno.

Olivia comprendió que se refería a su divorcio.

—Claro.

—Puedes descansar hasta la hora de la cena. ¿Traigo kebab y berenjenas rellenas?

—Y unas patatas con especias. Ya sabes que son mi debilidad. ¡Ah! Y un pan de higos.

—Por supuesto.

Olivia se tumbó un rato pero no consiguió dormir. Decidió dar una vuelta por la tienda.

Los artículos eran imitaciones muy logradas. Sus precios muy asequibles, tanto que no entendía como la madre de Rayan podía tener una casa muy cercana a lo que podía considerarse un palacio. Claro que, recordó que fue un regalo del marqués.

—¡Mierda! —exclamó cuando el jarrón cayó al suelo.

Se agachó para recoger los pedazos. Unas líneas desgastadas en el suelo le hicieron arrugar la frente. Eran las mismas que estaban en la biblioteca de la mansión de su tío. Señal inequívoca que había un cuarto secreto.

Tanteó la estantería. Nada. Pero unos minutos después, dio con el resorte.

El panel se abrió. Buscó el interruptor y ahogó un gemido al ver lo que se ocultaba tras él.

Rayan dejó las bolsas sobre la mesa.

—Olivia. La cena.

No obtuvo respuesta.

—Olivia —insistió.

Subió al piso de arriba. No estaba en su cuarto, ni en ningún otro.

Con semblante lívido corrió hacia la trastienda. Olivia estaba sentada sobre un baúl.

—¡Gracias a Dios! Creí que... —suspiró aliviado.

—¿Qué creíste, Rayan? ¿Qué me había marchado? —Inquirió ella.

—Pues, no se... Como no contestabas. ¿Por qué me miras así? ¿Qué ocurre?

Ella se levantó. Se acercó a la estantería y tiró del resorte. El contenido de la habitación secreta se mostró ante ellos. Cientos de objetos maravillosos, joyas y muebles. Todos ellos originales. Ni una copia.

—¿Puedes explicarme esto?

—Olivia, cariño...

—¿Qué vas a decir? ¿Qué no tenías idea de esto? Eres traficante de antigüedades. ¿Verdad? ¡Por Dios, Rayan! ¡Eres un delincuente!

Él inspiró.

—No lo entiendes.

—¿Qué no entiendo? ¿Qué no eres un saqueador? ¡Ah!

—No lo soy. Pero infrinjo la ley.

—¿Y lo dices tan tranquilo? —se escandalizó ella.

—Este país es duro. Uno debe sobrevivir como puede. Pero alguien como tú no puede entenderlo.

—Tú padre era marqués. Tú no...

...Tú no sabes nada, Olivia. No sabes como fue mi vida. Ellos, los de tu calaña, nos abandonaron. Nunca se preocuparon de nuestro bienestar. ¿Puedes creer que el marqués permitió que pasásemos hambre? Sí, querida. Le escribí y nunca contestó. No le importó su familia.

—Rayan, yo... No sé que decir.

—Pues yo sí. Confieso que he rebuscado en la basura y hurtado en los comercios. Mi madre casi muere por inanición por no comer su parte para que yo no enfermase. Por fortuna, unos hombres se apiadaron de mí y permitieron que entrase en el negocio del tráfico de antigüedades. Durante años, al igual que Carter, busqué tumbas. Por supuesto, en la clandestinidad. Y no me arrepiento de ello. Uno hace lo que tiene que hacer para sobrevivir. Hice lo que debía y punto.

—Dijiste que viajaste por todo el mundo, que fuiste a la escuela en Inglaterra —le recordó ella.

—Así es. Cuando conseguí el capital suficiente para dejar el saqueo, compré la casa a mi madre y decidí instruirme como un inglés más. Pero no resistí ni un curso. No era lugar para mí. En realidad, ellos consideraban que no encajaba en su mundo elitista. Y como no quería vivir de los ahorros conseguidos, busqué trabajo en un mercante y me largué lejos de ese mundo hipócrita.

—¿Entonces? ¿Qué significa esto? No entiendo.

—La tienda es legal. Esto no es mío. Les presto el escondrijo a los que me ayudaron en el pasado. Se lo debía.

Ella aseveró.

—El hombre que ha venido hoy no era un comprador, ¿verdad?

—Ni forma parte de mis socios. Era alguien muy enojado porque les frustré un buen negocio. ¿Recuerdas al obrero de la excavación que reprendí? No era por el trabajo. Reconocí a un ladrón de tumbas. Lo amenacé con delatarlo a las autoridades. No podía consentir que echase a perder el hallazgo de Carter. He dejado ante un notario sus nombres si roban en la sepultura. Por eso me he sentido tan preocupado cuando no has respondido. Pensé que te habían secuestrado.

Olivia sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Me he casado con un malhechor.

—No, Olivia. Ya te he dicho que dejé hace años el negocio. Cuando comprendí que los tesoros deben estar en los museos. Aún así, no puedo traicionar a mis amigos. No puedo obligarlos a que abandonen su modo de vida.

—No me vengas con excusas, Rayan. Sólo sé que cuando alguien incumple la ley, tarde o temprano lo paga. Y ahora soy yo la indemnización. ¡Me has expuesto al peligro! —explotó ella.

—No permitiré que te pase nada malo. ¡Jamás! Mañana al amanecer nos vamos a Londres.

—Sí. Quiero ir a casa y así poder divorciarnos cuanto antes. No quiero volverte a ver nunca más.

—Olivia...

—Déjame. Nada de lo que digas me hará cambiar de opinión. Ya no. Demasiadas mentiras.

Rayan no insistió. Llevaban poco tiempo juntos pero era el suficiente para saber que cuando se enojaba era mejor esperar que se calmase.

Salió al patio, se desnudó y se sumergió en el estanque.

El agua lo sosegó. No obstante, una inquietud insistente no le permitía serenarse por completo. El mero pensamiento de que a Olivia podría sucederle algo le producía un dolor intenso. No soportaría perderla. Pero no por amarla. Por supuesto que no. Su necesidad era física, puramente sexual. Su pasión por ella aún estaba en auge. Olivia era una mujer muy sensual. Nunca se había sentido tan satisfecho con una mujer en la cama. Le proporcionaba un placer distinto. Un gozo al que no quería renunciar por el momento.

El relámpago lo hizo respingar. Salió del agua. No era prudente bañarse en medio de una tormenta. Cogió la túnica. El grito le hizo subir los escalones de tres en tres. Entró en la habitación de Olivia dispuesto a pelearse con el posible secuestrador.

No había ningún extraño. Olivia estaba dormida, soñando con algo espeluznante. Tenía el rostro contraído y empapado de llanto. La sacudió suavemente.

—Cariño, despierta. Es solo un sueño.

Ella, jadeando, se abrazó a él.

—Es horrible. Horrible —sollozó.

—Ya pasó.

—No puedo soportarlo... No puedo... Me duele tanto...

—Nada debes temer. Estoy aquí, cielo. Cálmate. Ya pasó.

—Rayan...

—¿Si?

—No me dejes sola. Por favor. No te marches. Tengo miedo.

Rayan observó su semblante asustado y la protegió como si fuese su mayor tesoro. Y lo era. Porque en ese momento comprendió que amaba a esa mujer con toda el alma. Se había enamorado como un tonto y no quería perderla. Haría lo que fuese por mantenerla a su lado. Utilizaría todas las artimañas para lograr que ella terminase amándolo.

—Siempre me tendrás a tú lado, cariño. Siempre —dijo buscando su boca. La besó con delicadeza. No era momento para desatar la pasión. Olivia necesitaba cariño, sentirse a salvo de sus miedos. Comprender que él era el único que podía darle la paz que necesitaba.

Tras separarse de Olivia, dijo:

—Estás empapada de sudor.

—Y tú desnudo y mojado —advirtió ella.

—Estaba en el estanque cuando te oí gritar. Solamente pensé en acudir raudo.

—Gracias por preocuparte por mí.

—Soy tu marido. Es mi deber —dijo él abandonando la cama.

—¡No te marches! —gritó Olivia.

—No me voy, cariño —la tranquilizó.

Se acercó a la palangana, mojó un paño y regresó junto a su esposa. Con delicadeza le pasó el trapo por la frente.

—¿Mejor?

Un trueno ensordecedor hizo gritar de nuevo a Olivia. Se abrazó a Rayan estremeciéndose de terror.

—Tranquila, cariño. No pasa nada. Solo es una tormenta —musitó él besándola con ternura.

Ella, fuera de sí, buscó su boca.

—Ahora no, cielo.

—¿No me deseas? —se lamentó Olivia.

—Sabes que muero de pasión por ti. Pero ahora estás vulnerable y no quiero aprovecharme.

No soy tan perverso.

—Deja de pensar tanto y hazme el amor. Rayan, ámame —sollozó Olivia.

Él era consciente que Olivia intentaba buscar cualquier medio para escapar de su pesadilla. Y no quería ser un mero instrumento para ella. E intentó controlar las ansias de tomarla. No pudo. Se apoderó de sus labios y la devoró como un poseso.

Poco a poco, sus besos, al igual que la tormenta, se tornaron más sosegados.

—Me matas —jadeó Rayan.

Olivia, ya más calmada, acarició su pecho.

—Y a mí me hace perder el juicio tu belleza.

—¿Te parezco hermoso? —susurró él con la respiración alterada.

—Si te hubiese esculpido Miguel Ángel estarías expuesto en Florencia. Aunque, pensándolo bien, no me gustaría que ninguna otra mujer disfrutase del cuerpo de mi marido.

—¿Detecto celos? —inquirió él.

—Posesión —respondió ella, empujándolo.

Rayan cayó de espaldas. Olivia besó su cuello, descendiendo lentamente hasta alcanzar su vientre. Él ahogó un lamento cuando sintió el aliento de su boca.

—Olivia, cariño...

Ella ignoró su protesta.

Rayan dejó de oponerse. Se dejó llevar por el placer exquisito e intenso.

Olivia alzó la cabeza. Sus ojos se habían tornado oscuros y sus mejillas sonrosadas por la excitación.

—Me fascina ver como reaccionas cuando te toco —musitó observando como crecía su miembro.

—¿No te enseñaron tus padres que una muchacha debe ser virtuosa y recatada? —resopló él.

—Murieron cuando niña y mí tío era liberal —contestó ella reanudando las caricias.

—Cariño. Para — imploró Rayan.

—¿Por qué?

—Estoy muy excitado. Estoy al límite. No se si podré contenerme.

—No lo hagas. Tómame ya. Te necesito ahora —le suplicó ella.

Rayan dejó de ser prudente. Le sacó el camisón y se posó sobre ella.

—Eres preciosa. La mujer más sensual y deseable del mundo. Y quiero adorarte —dijo ronco. Con devoción besó cada centímetro de su cuerpo, deteniéndose entre sus muslos.

—Rayan —suspiró Olivia. Cerró los ojos para sentir como esa boca inmisericorde la llevaba hacia el paraíso; hacia ese lugar donde la tristeza y el dolor se diluían entre las aguas del placer más exquisito.

Él alzó el rostro. Olivia desbordaba voluptuosidad por cada poro de su piel. Y esa maravilla era suya. Y lo seguiría siendo. Nada ni nadie la apartaría de su vida.

—No —protestó ella.

—No te dejes, cariño. Nunca te dejaré.

La penetró suavemente. Consciente de que estaba haciendo el amor por primera vez. Entre sus brazos estaba la mujer que amaba. Y lo quería todo de ella. No renunciaba a nada. A nada. Y si debía comportarse como un miserable. Lo haría. Se meció contra ella. Olivia se unió a sus embistes envuelta en una vorágine placentera imposible de controlar y alcanzó el éxtasis. Rayan tampoco hizo nada por controlarse. Esta vez no.

—Mi amor —gimió. Y se derramó dentro de ella.

Rayan dio un largo sorbo. Le era imposible dejar de pensar en lo ocurrido anoche. Nunca poseyó a una mujer de ese modo tan intenso. Ni tampoco ninguna llenó de júbilo su corazón. Pero tras el entusiasmo, fue consciente de que esa dicha no era compartida. Olivia no sentía lo mismo. Su única motivación era el placer. Puro sexo. Y debería esforzarse por conquistar su corazón. Porque, a pesar de ser una meta complicada, estaba convencido que ella terminaría enamorándose.

Dejó la taza de té al verla llegar. Dibujó una enorme sonrisa y la saludó.

—Se te han pegado las sábanas. Buenos días, dormilona.

—No son nada buenos —gruñó ella.

Él apreció sus ojeras.

—Lamento mis excesos. Tienes tantos encantos que no pude contenerme, cielo.

Olivia se llenó la taza y dio un sorbo.

—No seas tan arrogante.

—Lo cierto es que tú tampoco te refrenaste demasiado, querida. Te comportaste como una gatita salvaje —replicó él guiñándole un ojo.

—Me encuentro indispueta. Suele ocurrirme todos los meses. Ya sabes.

Rayan comprendió. Tenía el periodo, lo que significaba que no había quedado en cinta. Una punzada de tristeza le traspasó el estómago. Un hijo sería un aliciente más para que su mujer continuase a su lado.

—En ese caso, no comprendo tu mal humor. Deberías dar saltos de contento por no estar embarazada —dijo con tono indiferente, mientras pasaba la hoja del periódico.

—No dudes que lo celebraré cuando tenga mejor cuerpo —replicó Olivia con tono encrespado.

—¿Mañana estarás mejor?

—Temo que no.

—En ese caso, hoy no creo que debamos visitar a mi madre, ni mañana viajar hasta que te recuperes.

—Muy considerado por tu parte.

—Otra virtud más que añadir —replicó él concentrándose en el artículo.

Ella resopló.

—Y yo añado un nuevo defecto: Eres insufrible.

—Más que un defecto, creo que es un estado de ánimo; ya que en ocasiones me consideras cautivador. Más bien, tan perfecto como una estatua de Miguel Ángel. Reproduzco tus mismas palabras.

Olivia murmuró un reniego.

—Comprendo que te de rabia que tenga razón.

—Si quieres, te la puedo dar como a los tontos.

—Sólo hay un modo de comprobarlo: Ir a Florencia.

—No quiero seguir con la luna de miel. Deseo llegar a Londres —rechazó Olivia.

—Debemos, querida.

—Ya no es necesario esta pantomima. Vamos a divorciarnos.

Rayan, por supuesto, no tenía la menor intención de romper su matrimonio. Y para convencerla

necesitaba ganar tiempo.

—Sin embargo, antes quiero pavonearme una temporada ante tu primo y su estúpida mujercita. E imagino que tú también.

—Me da igual. Ya no recuperaré lo mío —susurró Olivia.

—En eso no puedes culparme. No he sido yo el que ha roto el compromiso —le recordó él.

—Por la sencilla razón que soy más juiciosa que tú.

—¿De veras? No soy yo quién no da una oportunidad a este matrimonio.

—¿Qué oportunidad? Se ha demostrado que somos incompatibles.

—En la cama nos complementamos a la perfección. En cuanto a la convivencia, no llevamos ni cuatro meses juntos. ¡Es insuficiente para cualquier pareja, por el amor de Dios! —se exasperó Rayan.

—¿Lo ves? No se puede hablar contigo calmadamente —le reprochó Olivia.

—Soy paciente, pero las estupideces me enervan.

Ella lo miró enojada.

—¿Me estás llamando estúpida?

—¡Por supuesto que no, mujer! Digo que nadie afirmaría algo tan rotundo con un plazo tan escuálido. Las personas necesitan mucho tiempo para conocerse.

—Puedo asegurarte que bastan unas horas para conocer a... —Olivia calló.

—¿A? —inquirió su marido.

—Esta conversación es absurda. Rayan. Nos hemos educado de un modo muy distinto. Mi tío me enseñó que a pasar de ser mujer tenía derecho a tomar mis propias decisiones. A ser libre y tú ves a las mujeres de un modo distinto. Tú cultura...

—Si fuese un hombre retrógrado jamás me habría casado con una mujer que ya ha perdido la virginidad y se ha regocijado con otros.

—Lo has hecho por dinero. Pero en el fondo, te crees que eres dueño de mí vida.

—En ningún momento te he considerado una esclava —se ofendió él.

—Pero si con derecho a decirme con quien o no debo relacionarme.

—Conoces la causa.

—Un motivo que ya no tiene razón de ser.

—Error. Mientras estemos casados, no permitiré que me pongas en evidencia.

Olivia se levantó

—No me apetece discutir. Voy a acostarme.

—Piensa en lo de Florencia —dijo Rayan.

Olivia subió a la habitación. Se acercó a la ventana y observó el Nilo. Parecía de oro bajo el sol abrasador. Un paisaje idílico, sino fuese por la amargura que sentía por la situación desastrosa en la que se había metido por no meditar las cosas. Los planes se habían derrumbado. No tan sólo no obtendría el legado; tampoco podría vengarse de todos aquellos que la habían humillado. Volvería a ser una paria. Solamente sus mejores amigos la mantendrían en su círculo.

Al pensar en Alan, deseó con todas sus fuerzas que estuviese a su lado para poder contarle sus secretos.

—Y lo puede estar —susurró al recordar que estaba en Florencia.

Así que, a regañadientes, aceptó la propuesta de su arrogante marido.

—¡Qué emoción! Aunque no lo creas, nunca he estado. Será un placer que me hagas de guía. Y quiero verlo todo. ¿De acuerdo? ¡Todo! —exclamó él entusiasmado.

—A veces, me da la sensación que me he casado con un chiquillo —masculló Olivia.

—La vida sería demasiado aburrida sin un toque de locura de vez en cuando.

—Nosotros lo hemos sobrepasado.

Rayan lanzó un profundo suspiro.

—Que exagerada eres, querida. ¡Bien! Cuando mejores, tras visitar a mi madre, partiremos hacia la fascinante Florencia.

Rayan no podía dejar de mirar a su alrededor. La ciudad entera era una obra de arte. Y el puente Vecchio una construcción inaudita.

—Para ser un hombre muy viajado, das la sensación de novel —se burló Olivia.

—He visto lugares excepcionales, pero tanta belleza junta jamás.

—Aún te aguardan muchas sorpresas. Pare aquí.

El coche se detuvo ante un edificio en Via Vaccherreccia, frente a la Piazza Della Signoria.

—Una casa imponente —elogió Rayan, al salir del auto.

—Un palacete —aclaró su mujer.

—Tú tío no se conformaba con cualquier cosa.

—Siempre quiso lo mejor. Pero lo que más le atrajo de este inmueble fue su historia. Perteneció a Giacinta Longo, la cortesana más famosa del renacimiento. Creó una escuela inigualable de mujeres refinadas para contentar a los señores.

—Lo que se dice un burdel —puntualizó Rayan.

Olivia tiró de la campanilla y dijo:

—Más bien un centro de poder. Los hombres pierden la prudencia cuando una mujer los encandila.

—Algo que sabes muy bien por como reacciono cuando me acaricias y tu boca me hace esas cosas tan atrevidas —dijo su marido mirándola con intención.

Olivia, con las mejillas ruborizadas, no se molestó en replicar. Iba conociendo al hombre con el que se casó y no quería seguirle el juego. No se sentía con fuerzas para iniciar un debate con respuestas afiladas.

La puerta se abrió.

—¡Oli! ¡Qué sorpresa! —exclamó Alan.

—La sorpresa es mía —murmuró Rayan mirando a su mujer con gesto interrogante.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó el joven cediéndoles la entrada.

—Tras recorrer Egipto, decidimos pasar unos días aquí. ¿Y tú? —respondió Rayan.

—Olivia nos prestó su casa. Por supuesto, no hubiese aceptado si sé que pasaríais por aquí.

—No teníamos intención. Pero Rayan nunca ha estado en la ciudad y decidimos hacer escala —le aclaró ella.

—¿De veras? ¡Te encantará! Os ayudo con el equipaje.

—¿No tenéis servicio? —se extrañó su amiga.

—Durante el día nos asiste Severina y os aseguro que hace honor a su nombre. Es puntillosa, concienzuda y no sabe sonreír. Lo que se dice una joya. Aunque, tiene a su favor que cocina de maravilla. Y en grandes cantidades. Así que, no os quedaréis sin cenar. Lo que no podré ofrecer, al menos esta noche, es la habitación grande. Como no os esperaba...

—Y podéis seguir en ella. Hay suficientes cuartos. Nos instalaremos en el azul. Tiene unas vistas espectaculares.

—Creo que contado treinta —comentó Alan.

—Un burdel considerable —dijo Rayan.

—¿Cómo dices?

—Ya te contaré en cuanto me de un baño.

—Cenaremos a las ocho.

Subieron la escalinata de madera. Olivia se detuvo en el centro del corredor. Abrió la puerta y encendió la luz. La decoración era muy femenina. El papel de la pared un jardín de flores exóticas, la cama con dosel rodeada por una cortina azul, al igual que la colcha de seda.

—Es mareante —jadeó Rayan.

Olivia caminó hasta el extremo de la estancia y abrió una puerta apenas visible por confundirse con el papel pintado.

—Esta es tú habitación.

Él levantó una ceja.

—Creo que ya no estás indispuesta.

—Así es. Como que también la luna de miel ha terminado, junto a nuestro acuerdo.

—Olivia...

—Necesito darme un baño. Hablaremos después —lo interrumpió ella.

Rayan, visiblemente enojado, entró en su habitación. Ella llenó la bañera, se desvistió y se sumergió en el agua. Suspiró satisfecha. Había hecho lo correcto. La relación íntima con su marido no debía seguir adelante. Debía divorciarse. No podía dejar que las cosas se complicasen.

Al notar el agua fría salió de la tina. Tras secarse y vestirse, se fue a la habitación de Alan. Golpeó suavemente la puerta. El joven abrió.

—¿Estás ocupado?

—Para ti nunca. Pasa.

—¿No está Gerard?

Alan llenó dos vasos de oporto. Le ofreció uno a ella y dijo:

—Ha ido a ver a un marchante. Es un obseso del arte pictórico. Volverá mañana.

—¿Está siendo satisfactorio el viaje?

—Nos estamos conociendo. Pero sé que es el hombre de mí vida.

—¿Lo eres tú para él?

—Sino lo soy, lo seré —aseguró Alan.

Olivia dibujó una media sonrisa.

—¿Qué ocurre? ¿Problemas en el paraíso?

—Es un desastre —suspiró ella.

—Odio decir esto, pero te lo advertí. ¿Te ha maltratado? ¿Te ha pegado?

Ella respingó.

—No, por supuesto que no. Tiene su carácter, pero es todo un caballero.

—¿Y cuál es el problema?

—No nos entendemos.

—¡Ay, Señor! ¿No será lo que me imagino? Dime que no puede ser que ese hombretón sea un inepto en la cama.

—No lo es. Todo lo contrario. Hacia mucho tiempo que no disfrutaba tanto.

Él dejó escapar un suspiro.

—Menos mal, cariño. Por un momento pensé que mi instinto estaba fallando.

—No todo es sexo, Alan.

—Querida, una pareja puede pensar igual, tener las mismas metas, pero si fallan en la intimidad, todo se va al traste. Ya ves mis padres. Mamá es divertida, lanzada y optimista. Papá prudente, de mentalidad antigua y poco dado a la fiesta. Dos polos opuestos que aún se aman como cuando tenían quince años. Entonces, dime: ¿En que menudencia no os comprendéis?

—Rayan y yo no nos amamos.

—Eso ya lo sabías antes de casarte con él. Ahora, apechuga, querida.

—Voy a divorciarme.

Alan se atragantó y rompió a toser.

—¿Cómo? No, cielo. No puedes hacer eso.

—¿Por qué no? Tengo libertad para hacer con mi vida lo que me apetezca. Lo he hecho siempre. Y Rayan intenta controlarme cuando considera que no procedo según sus normas. Es mi marido, pero no mi dueño. Se acabó nuestro matrimonio.

—Se admiten los divorcios, pero a las tres semanas de la boda, es demasiado. Si has considerado que te han vapuleado por tu modo de vivir, ahora el escarnio será insoportable.

—Me da igual —masculló ella.

—¿Y a Rayan también? Conociéndolo me extraña que acepte que os separéis.

—Bueno... Él era reticente, pero lo que acordamos no puedo cumplirlo.

Alan inclinó el torso, le tomó las manos y dijo:

—Oli. ¿Qué locura le prometiste?

—Una familia —dijo ella en apenas un murmullo.

—Cielo. Cuando uno se casa, lo hace para ese fin.

—Creí poder hacerlo. Incluso, después de lo ocurrido, lo deseaba. Pero no puedo tener un hijo que no sea fruto del amor. No puedo, Alan —sollozó Olivia.

Él le enjuagó con el dedo las lágrimas.

—Comprendo como te sientes. Pero también que, como sueles hacer, te estás precipitando en tu decisión. Y si me has contado tus cuitas es porque deseas mi consejo. ¿Verdad?

Ella asintió.

—Entonces, opino que por el momento no hagas nada. Deja pasar un tiempo. Puede que las cosas mejoren con Rayan.

—Eso no sucederá —aseguró Olivia.

Alan no pensaba lo mismo. El poco tiempo que había pasado con la pareja pudo apreciar que Rayan mostraba algo más que deseo o admiración por su prometida. Sus chispeantes ojos solo podían ser producto del amor. Y si ese hombre se proponía enamorar a Olivia, lo conseguiría. Él sería el único que lograría devolver la paz a su querida amiga.

—Nadie conoce el futuro. Aunque, tú sí estabas segura de lo que pasaría si te casabas con Rayan. Humillar a todos los que te han despreciado. ¿Vas a perderte tú victoria? No lo creo. Así que deja de llorar. Retoca el maquillaje y vayamos a cenar.

Rayan olvidó correr la cortina. Un olvido imperdonable pues despertaba de inmediato con la claridad. Abandonó la cama medio aturdido y tropezó con la silla.

—¡Mierda! —Masculló ante el estrépito.

Se acercó a la ventana, pero la mano se paralizó sobre la tela al contemplar el panorama.

La visión de la Piazza Della Signoria con sus palacios y edificios señoriales, la fuente de Neptuno, la estatua de la Giuditta de bronce de Donatello, la de Perseo de Benvenuto Cellinio y otras que no supo identificar, lo dejaron petrificado. Sus sentidos solamente podían atender a la apabullante belleza. Por ello no se percató de que Olivia entraba como una tromba.

—¿Qué ha sido eso? Rayan... ¡Jesús! ¿Qué haces desnudo ante la ventana? ¡Pueden verte!

Él no se movió. Solamente su boca se curvó esbozando una sonrisa socarrona.

—Todos duermen. Y he pensado que es el momento ideal para contemplar el David de Miguel Ángel.

—Pues, ya que lo has visto, corre la cortina.

—¿Sigues pensando que podría haber sido el modelo ideal para tan notable escultor?

Ella tragó saliva. Rayan ofrecía una imagen tentadora. La espalda fuerte y musculosa, nalgas prietas, piernas firmes y potentes. No le sobraba ni un gramo de grasa. Era perfecto. Sí. No obstante, jamás volvería a escuchar de su boca ni un halago. A partir de ahora, su relación debía ser cordial, pero distante hasta el momento del divorcio.

—Pienso que tú vanidad es incommensurable.

—Y tú cobardía también. Eres incapaz de reconocer que me encuentras irresistible.

Olivia soltó una risa cáustica.

—Compruebo que... los efectos del... exceso del vino de anoche perduran. ¡Y por amor de Dios, tápate!

Rayan, en lugar de seguir su consejo, alzó los brazos y se agarró al alfeizar. Su cuerpo aún se mostró más potente, más tentador.

—¿A qué viene este ataque de pudor? ¡Ah! No es pudor. Es miedo a no poder controlar el instinto de abalanzarte sobre mí y acariciarme, besarme.

No mentía. Un fuego abrasador le recorría las entrañas. Deseaba hacerle el amor, sentir la pasión de ese hombre desbordándola de placer. Pero no caería en la trampa.

—Lo que deseo en realidad es... es... Perderte de vista para siempre.

Él se dio la vuelta. Bajó la mirada hacia su entrepierna y sonriendo con esa superioridad que la enervaba, dijo:

—¿En serio, cariño?

Olivia, sofocada, apretó os dientes.

—Lo que yo quiero ya no puedes dármelo.

—No estés tan segura —replicó Rayan.

Ella le dio la espalda y entró en su cuarto, cerrando con un sonoro portazo.

Rayan tomó aire. Su mujer se lo estaba poniendo difícil, pero él jamás se rindió ante los retos y menos si el objeto de su deseo era lo que más anhelaba de este mundo. Y por el momento, tenía escondido un as en la manga. Olivia le había demostrado que debía esforzarse por no ceder a la tentación de acostarse con él. Y esa carta la jugaría a su favor.

Como ya no conciliaría el sueño, se acicaló y tras arreglarse, bajó a la cocina.

Una mujer de unos cincuenta años, alta, enjuta y con un rostro bastante peculiar por su enorme nariz y boca, estaba ante la mesa amasando harina. Alzó la mirada y entrecerró la frente.

Rayan le dio los buenos días, se presentó y se interesó por sus tareas en perfecto italiano.

Severina parpadeó atónita. No era habitual que los ingleses se molestasen en aprender otro idioma. Pensaban que eran el centro del mundo. Como tampoco que todo un señor marqués se sentase junto a ella y tomando un café, charlasen como si fuesen viejos amigos.

Cuando Alan, acompañado por Olivia entró, la escena lo dejó petrificada. No podía creer que la gruñona y seca criada estuviese carcajeándose y con lágrimas en los ojos, tras lo que Rayan decía en un italiano que les sonó perfecto.

—Este hombre es increíble. ¿Habla italiano? —dijo Alan.

—No tenía la menor idea —musitó Olivia.

—Ahora comprendo lo encandilada que te tiene —susurró.

—No eres nada perspicaz, Alan. Lo que me tiene es aburrida,

—¿En serio? Pues ella se lo está pasando de muerte. Y él parece ser un hombre muy divertido.

—Un embaucador es lo que es —masculló su amiga.

—Ya. ¡Buenos días!

La sirvienta, repentinamente, dejó de reír. Se levantó y volvió a sus tareas.

—Severina me estaba contando unas anécdotas divertidísimas de su familia. En concreto, de su hijo menor —dijo Rayan.

—¿Pero tiene hijos? —se extrañó Alan.

—Cinco.

—¡Cielos! Podría montar un equipo de polo.

—Temo que en cuestión del servicio no estás muy bien informado. Con la miseria que les pagáis, dudo que pudiese costárselo.

—¿Nos estás llamando explotadores? —se indignó Olivia.

—Querida, todo te lo tomas a la tremenda. Me he limitado a exponer una realidad. Doscientas libras al año no dan para mucho. ¿No te parece?

—Es lo estipulado. Y no me parece poco. Les queda el salario limpio —se defendió Alan.

—Hay leyes muy injustas y deberían subsanarse. Nosotros lo hemos hecho. Nuestros criados reciben el doble. ¿No es así, querida?

Olivia apretó los dientes. No es que estuviese en desacuerdo con su decisión. A pesar de pertenecer a la nobleza, se consideraba una mujer con ideas sociales. Pero su marido estaba tomando medidas sin consultarla. Debería discutir seriamente con él estos detalles.

—¡Vaya! El marqués de Langfort simpatizante del partido laborista —dijo Gerard.

Rayan observó al hombre. Debía rondar unos cuarenta años. Las incipientes canas le aportaban un atractivo seductor, lo mismo que su cuerpo delgado y de movimientos elegantes. El típico caballero inglés.

—Gerard, querido —dijo Alan. Se acercó a él y lo besó suavemente en los labios.

La sirvienta les lanzó una mirada incendiaria.

Alan la ignoró.

—Rayan, te presento a Lord Gerard Forrest.

Rayan le tendió la mano.

—Un placer, milord.

—Por favor, nada de formalidades. Tuteémonos. Al fin y al cabo, es como si te conociera de toda la vida. Alan y muchos más me han hablado de ti. Eres la novedad del año, Rayan.

—Imagino que los chismes serán de lo más divertidos y variopintos. Ya me pondrás al día,

Gerard.

—Convendrás que tú historia es muy novelesca. Origen incierto y exótico.

—Exageraciones. Aunque, no pienso poner luz por el momento. Será más divertido seguir alimentando la fantasía de todas esas mentes enfermizas.

—¿Consideras a nuestros amigos perversos?

—Temo que la amistad no abunda demasiado en nuestro círculo social. Se fomentan más las relaciones de interés.

Gerard sonrió.

—Por ello te consideran un bicho raro; pues te has casado con una mujer caída en desgracia y arruinada. Claro que, para muchos es fácil de entender, pues Olivia es una de las mujeres más seductoras.

Rayan trazó una de esas sonrisas malévolas que sacaban de quicio a su mujer.

—Ciertamente, no sabes cuanto.

Alan, presintiendo un estallido de su amiga, dijo:

—Deberíamos desayunar. Rayan desea ver Florencia y nos espera un día largo y cansado.
¿Pasamos al comedor?

Alan no se equivocó. La jornada fue agotadora. Rayan fue el único incombustible. No se cansó de admirar cuadros, esculturas o iglesias.

—Esta ciudad es prodigiosa. Toda ella es arte.

—Al verte ante los cuadros de Leonardo da Vinci, por un instante pensé que acabarías sucumbiendo al síndrome Stendhal —dijo Gerard.

—¿El qué? —inquirió Rayan.

—Stendhal sufrió palpitaciones, vértigo e incluso estuvo a punto de caer desmayado al presenciar la belleza de la Basílica de la Santa Cruz. Lo contó en uno de sus libros y se creó una enfermedad nueva.

—El mal de la hermosura —bromeó Alan.

—Pues yo tengo el mal del cansancio. ¿Nos vamos a casa? —dijo Olivia.

—¡Ni hablar! Remataremos la jornada deleitándonos con una exquisita cena florentina —protestó Rayan.

Escogieron un pequeño restaurante con fama de servir las mejores recetas de la ciudad cerca de la catedral. Estaba completo. Pero Rayan, como siempre, se las ingenió para que el maître terminase por encontrarles, milagrosamente, una mesa cuya reserva había sido cancelada.

Por consejo de dueño degustaron crostini di fegato como entrante, ensalada Panzanella, Lasagne Bastarde, Fagiano tartufato y como postre schiacciata.

—Todo delicioso —suspiró Rayan.

—¿Cómo puedes mantener este cuerpo comiendo de ese modo? —inquirió Alan.

—En cuanto me levanto corro unas millas.

—Yo me decanto por el tenis —dijo Gerard.

—Se requieren dos participantes.

—Yo sé de otro deporte mucho más divertido en pareja —dijo Alan posando la mano sobre la de su amante.

Olivia se levantó.

—¡Por Dios! Los hombres solamente pensáis en lo mismo. Si me disculpáis, voy al baño.

Al entrar se cruzó con una mujer de unos cuarenta años. Alta, de rostro hermosísimo y cuerpo generoso, que causó miradas de pasmo a su paso.

Esa misma mujer, al salir, la vio hablando con su marido. Los ojos de Rayan mostraban admiración. Se sintió irritada. Por supuesto no eran celos. Era cuestión de dignidad. Cualquiera podría apreciar que a su marido no le bastaba con su esposa. Se acercó a la planta que decoraba parte del comedor y permaneció escondida tras ella. Rayan hablaba en perfecto francés.

—Ahora estoy casado, Eliette.

Ella posó su mano derecha en el pecho de él.

—¿Y desde cuando importa esa menudencia?

—Ciertamente, carece de importancia. Lo que ocurre es que estoy en plena luna de miel y mi joven esposa aún no ha conseguido aburrirme —replicó Rayan acariciando su mano.

—Es una lástima —dijo ella retirándola.

—Lo es. Me he alegrado de verte, querida.

Eliette lo besó en la mejilla, le dijo algo al oído y volvió junto a sus acompañantes. Rayan regresó a la mesa. Olivia también lo hizo unos minutos después.

—¿Te encuentras bien? —se interesó su marido al ver su expresión tensa; pues durante la jornada se había mostrado contenta.

—Agotada —dijo con tono crispado.

—Creo que todos lo estamos. Apuremos las copas y vayamos a la cama —dijo Gerard.

Alan guiñó un ojo.

—Una idea excelente.

Abonaron la cuenta y se levantaron. Eliette se acercó a ellos. Extendió la mano y le entregó una tarjeta a Rayan.

—Antes he olvidado darle nuestro número de teléfono. Si encuentra un artículo interesante no dude en llamar. Ya sabe que exigimos lo mejor. Y como siempre, no importará el precio.

—No dudaré.

—Buenas noches.

Gerard y Alan lo miraron con gesto interrogante.

—Antes me dedicaba al comercio de antigüedades. Una vieja clienta. Más bien, su marido.

—He comprobado que hablas italiano y francés —comentó Gerard.

—Y también español, alemán, algo de mandarín y por supuesto, árabe e inglés. Consecuencia de haber trabajado en un barco mercante.

—¿En serio? Marinero y comerciante de objetos de arte. Eres un tipo nada aburrido.

—No siempre he sido marqués, como sabes.

—Rayan es una caja de sorpresas. ¿Nos vamos? —dijo Olivia.

Una vez en casa, le echó en cara su comportamiento.

—¿Qué conducta? Sencillamente hablé con una antigua clienta.

—¡Ah! Querrás decir amante.

Él hizo revolotear la mano.

—Amante, clienta. Que más da. Es pasado.

—Ella no parece entenderlo así —objetó Olivia visiblemente enojada.

Él levantó los hombros con desidia.

—¿Y qué culpa tengo yo?

—Toda. No has parado de coquetear.

Rayan soltó una risotada.

—Los hombres no coqueteamos, mujer. Los hombres conquistamos.

—Mientras estemos casados, eso se acabó.

—¿Dónde he escuchado antes esas mismas palabras?

Ella resopló.

—No intentes confundirme.

—No lo hago, cariño. Únicamente demuestro que te pedí algo parecido y me echaste de tú lado.

—No era lo mismo.

—¿Ah, no?

—No. Yo charlaba con un viejo amigo...

Rayan la interrumpió.

—¿Amigo?

—Amigo, puesto que nuestra relación terminó hacía mucho tiempo. Pero la actitud con esa mujer ha sido del todo descarada. Ha nadie se le ha pasado por alto que estaba proponiéndote relaciones íntimas. Y tú no la has rechazado.

—¿Celosa?

—¡Claro que no! Pero no quiero quedar como una idiota.

—En cambio, que lo parezca yo te es indiferente. Olivia. Este trato no es justo e incumple uno de los puntos acordados. Sabes lo ardiente que soy y necesito estar con una mujer. Si mi mujer no me da lo que necesito, lo busco fuera. ¿Recuerdas?

Olivia no pudo negarlo.

—Sí.

—Es lo que voy a hacer.

Se le revolvió el estómago al imaginarlo con otra.

—¿Con tanto descaro?

—Puedo ser discreto. Sí. Pero no aceptaré de nuevo reproche.

—Bien —aceptó Olivia.

—Claro que, puedo cambiar de opinión si accedes a compartir habitación.

Podría. Deseaba a Rayan como nunca deseó a otro. Ni tan siquiera al hombre que amó con toda su alma. Y eso la confundía. No comprendía la razón. No amaba a Rayan. Ni tan siquiera sentía cariño por él. Lo único que le provocaba era un apetito carnal insaciable. Un ansia que podría mitigar. Rayan era su marido. No sería inmoral. Aún así, no podía. Iban a divorciarse y acceder a su petición podría complicar la situación. No. Su esposo era un hombre demasiado peligroso. No se arriesgaría a que la tornase vulnerable.

—Espero que cumplas tú palabra y seas discreto. Buenas noches.

Dio media vuelta y se fue.

Durante la semana que pasaron en Florencia su comportamiento ante los demás fue cordial, pero en la intimidad apenas se dirigieron la palabra.

Rayan cada noche salió a buscar la diversión que ella no le daba. No obstante, cumplió con lo acordado y ningún miembro de la casa pudo percatarse de ello. Fue sumamente discreto. Aún así, Olivia no podía dejar de imaginar a su marido entre los brazos de otra. Y esa visión la crispaba.

Por fortuna, desde que llegaron a Londres, Rayan apartó sus salidas nocturnas. Pero conociéndolo, la calma no podía durar demasiado. Tarde o temprano regresaría a su proceder indecoroso.

—Mañana vendrá el paisajista. Le he dicho que tenga en cuenta tus indicaciones —anunció Rayan untando la tostada de mantequilla.

Olivia se limpió la comisura de la boca y dijo:

—No veo la razón. En unas semanas anunciaremos nuestro divorcio.

Él dejó los cubiertos apoyados en el plato.

—Un detalle que no impide que cumplas con lo que hemos decidido.

—No viviré en esta casa. Diseña los jardines como te de la gana —replicó Olivia con tono enervado.

—¿No has pensado que tal vez, no tengas ninguna casa?

Ella lo miró horrorizada.

—¿Me estás chantajeando?

Rayan volvió a concentrarse en la tostada.

—Solamente te recuerdo que como “tú marido” tengo todo el poder sobre tus pertenencias, querida. Por lo que, espero me complazcas y cumplas con tu deber de esposa.

—Eres un miserable —le escupió Olivia.

—Lo sería si me aprovechara de mí poder. Por el contrario, me limito a pedir los acuerdos del divorcio.

—Convenimos que aportase el dinero necesario para la recuperación del marquesado y un extra para que puedas vivir cómodamente hasta que los negocios den sus frutos. No me siento obligada a llevar a cabo dicho trabajo —impugnó Olivia.

—Te he liberado de la imposición de darme un matrimonio estable y un hijo, pero mientras seas la marquesa de Langfort realizarás todas las tareas que conlleva el título. ¿Entendido?

—Ya veo. Las exigencias para mí, mientras el señor marqués incumple todas las normas de su estatus.

—No todas, querida. Aún no he protegido a mi amante favorita comprándole una casa ni presentándola a mis compañeros del club.

—Si piensas que me ofenderás, te equivocas. No me produce la menor molestia. Por el contrario, me da pie a regresar a mis antiguas costumbres —replicó su mujer dedicándole una sonrisa socarrona.

Rayan dejó la taza sobre la mesa con brusquedad. Parte del café se derramó sobre el impoluto mantel.

—Juro que si te ves con otro, las consecuencias serán terribles para ti —siseó.

—Sin heredero no hay impedimentos para mí.

—A veces, querida, pienso que he sobrevalorado tú inteligencia. Un embarazo durante nuestro

matrimonio sería un grave problema. Para la gran mayoría no. Sin embargo, como sabes, no soy cualquiera. Jamás. ¿Me oyes? Jamás aceptaría como mío el fruto de un adulterio por evitar el escándalo. Y por supuesto, nunca diría que no lo engendré yo.

Ella lo miró horripilada al suponer sus intenciones. Él al imaginar su sospecha, exclamó:

—¡Por Dios, no soy un monstruo!

—Como has dicho debo ser tonta, pues no entiendo la solución.

—El único modo de evitar el desastre es que mantengas tu virtud a salvo. No hay amante, no hay posible preñez. ¿Te ha quedado claro ahora?

Olivia tiró la servilleta sobre la mesa y se levantó.

—Como el agua. Por ello contrataré a los obreros que hagan falta para que terminen de arreglar cuanto antes tus pertenencias. De este modo, más pronto me libraré de ti.

—Perfecto. Pero antes de destrozar este divertido matrimonio, organiza un baile para dentro de cuatro semanas —dijo Rayan con indolencia.

—¿Bromeas? Una fiesta es lo último que deseo. Lo que me gustaría es ir a tú funeral.

Rayan le mostró aquella media sonrisa socarrona que la sacaba de quicio.

—Por el momento, no te daré ese capricho.

—Hay modos expeditivos para conseguir lo que uno quiere. Tú eres experto. Quiero un cetro de oro, pues entro en una tumba y se lo robo al estado.

—No había nada ilegal en quedarse con los tesoros. En realidad, a nadie le importaba. El estado no movió ni un dedo para recuperar nuestro pasado. El desierto y sus secretos pertenecían a sus habitantes, hasta que llegaron los occidentales. Ellos fueron los culpables de que todo cambiase para perjudicarnos.

—La ley, tarde o temprano, acaba llegando.

Rayan apartó el plato.

—Y a los dos nos ha perjudicado. Pero tú has claudicado, Olivia. Me has decepcionado.

—¿Y tú no?

Él apartó con el dedo las migas de pan.

—¡Dijiste que ya no profanas tumbas! —le echó ella en cara.

—Y no lo hago. No obstante, si es necesario, lo haré. Esta ley injusta me importará un pimiento. Tú has dejado perder lo que por derecho te pertenece.

—Porque aún me queda decencia.

Rayan sacudió la cabeza.

—Con el tiempo, por no sentir la soledad, terminarás aceptando a un patán y procrearás con él. Ese niño tampoco será fruto del amor y habrás perdido la oportunidad de tú vida.

—¡Dios! Eres el ser más arrogante que conozco. Nunca volveré a casarme. Tengo el dinero suficiente para no depender de nadie. ¡Ah! Perdona. Olvidaba que mi fabuloso marido ostenta el poder sobre mi destino. ¿Puedo preguntarle al marqués si será generoso o me abocará a la peor de las miserias? No sé porqué dudo. Teniendo en cuenta su pasado delictivo y que no está dispuesto a regresar a una existencia lamentable, puedo asegurar sin equivocarme que la segunda opción.

Él, con semblante ceñudo, apartó la silla con brusquedad.

—Yo no bromeo, Olivia. Ya he dicho que mientras no nos separemos, todo debe seguir según las normas. Nuestros amigos esperan que los recibamos tras nuestra luna de miel. Y eso haremos. Espero que lo organices con el fasto y categoría que esta casa se merece. Ahora, si me disculpas, tengo compromisos que atender durante todo el día. ¡Ah! Y no me esperes levantada.

—Nunca lo he hecho.

—Mientes muy mal, querida. Sé que me has espiado para comprobar si llegaba oliendo a

perfume de otra mujer.

—Mí única preocupación es que el servicio no vea a su señor bebido. No hay peor reputación que la de un borracho.

—¿Y no te importa que vayan diciendo que unos recién casados duerman en habitaciones separadas?

—Entre la alta sociedad es una costumbre habitual.

—Entonces, si hay que pedir permiso a la propia esposa para entrar en su cuarto, no me extraña la cantidad de adúlteros que corren por ahí. La espontaneidad es vital para la diversión de una pareja. Aunque, según en que asuntos, es mejor la discreción. Puede que en los salones ya deben chismorrear sobre nuestras sonadas peleas. Deberíamos, al menos ante los criados, simular que nos adoramos. ¿Un beso de despedida?

—Debería darte una patada que te enviase muy lejos.

Rayan caminó hacia la puerta sin poder dejar de reír.

—¡Te odio! —rezongó Olivia.

—Es inútil que hables en susurros, querida. Tengo muy buen oído —se burló él.

Olivia, furibunda, le lanzó un plato. Él se apartó a tiempo de no ser alcanzado.

—Yo de ti sería más cuidadosa. Te recuerdo que los gastos, de momento, corren de tu cuenta, cielo —dijo dando un portazo.

Olivia cumplió la amenaza. Un ejército de obreros invadió la mansión durante las semanas anteriores al baile. Pulieron los suelos, pintaron las partes más deterioradas, cambiaron tapices, cortinas y sacaron el brillo oculto durante años.

—Tus invitados morirán de envidia.

—Querrás decir nuestros invitados —rectificó Rayan.

—¿Podríamos por un día no discutir? —se quejó Olivia.

—Podríamos. Pero tienes la mala costumbre de contradecirme.

—¡Gracias a Dios que pronto te perderé de vista! —exclamó su mujer.

—El jardín aún no está terminado —le recordó él.

—Lo estará en unos días. Ya no tendrás excusa para retenerme.

Rayan no quiso rebatirla; a pesar de que no tenía la menor intención de concederle el divorcio. Olivia comprendería que era su mujer y que lo sería para el resto de sus días. Ciertamente era que le estaba costando más de lo esperado hacerla entrar en razón, pero terminaría ganando la batalla. Al final se daría cuenta que lo amaba con la misma intensidad que la amaba él.

—Pero esta noche aún eres mi esposa y espero que estés a la altura del título que ostentas.

Ella le dedicó una sonrisa de autosuficiencia.

—Te aseguro que incluso tú quedarás impactado.

—Me alegro. Será la última oportunidad que tendrás de regodearte ante los que te han humillado. Porque en cuanto nos divorciemos serás repudiada.

Sí, pensó ella. No volvería a pisar esos salones que formaron parte de su existencia. El mundo conocido se convertiría en una bruma del pasado. Y aunque jamás se integró totalmente en ese universo donde reinaba la hipocresía y la vanidad, era el suyo. Alejarse de él era como renunciar a lo que fue y le dolería. Sin embargo, jamás lo reconocería ante Rayan.

—¿Y crees que me importa? Pues no. Seré libre porque no he vendido mi alma. Viviré en paz.

—¿Seguro?

—No tengo ánimo para discutir. Estoy agotada. Me tumbaré un rato o esta noche no podré resistirla. Dile a mi doncella que me despierte a las cinco.

Subió a la habitación, se desnudó, se puso el camisón y se metió en la cama. Pero fue incapaz de conciliar el sueño. Sólo podía pensar en lo que le había dicho Rayan. ¿De verdad podría encontrar la estabilidad tras el divorcio? Por supuesto que no. Se estaba engañando. Nunca la conseguiría. Nunca tras lo ocurrido.

Sollozó con desconsuelo, hasta que agotada, cayó dormida.

La pesadilla que tanto la atormentaba regresó.

—Fuego... Apaga el fuego... He de ir...

—Olivia, cielo. Despierta.

Ella se retorció presa del espanto.

—No lo veo... Su cara... La niebla...

Rayan la estrechó entre sus brazos y besó su frente. Se la veía tan vulnerable que le dolía el alma.

—Ya está. Sólo es un sueño.

Olivia abrió los ojos.

—Es horrible. No... sabes... cuanto —hipó.

—Ya pasó.

—No. Nunca pasará. Nunca.

Rayan le apartó el mechón que caía sobre su frente.

—¿Quieres contármelo?

Ella negó con la cabeza.

—Como quieras. ¿Crees que estarás bien esta noche o cancelo la fiesta?

Olivia lo miró perpleja.

—¿En serio serías capaz de quebrantar una de las leyes más estrictas de la alta sociedad? Nadie en su sano juicio anularía una velada de tanta envergadura por una simple indisposición. No se puede decir a un invitado unas horas antes que no venga. Si la anfitriona no puede asistir se la excusa.

—Me preocupa más tú salud que la etiqueta.

Su mujer no lo creía. Rayan, al igual que ella, moría por vengarse de aquellos que lo repudiaron. Y su presencia era vital

—¿O más bien que no asista para pavonearte más ante ellos?

—¿De verdad vamos a regañar ahora? —se lamentó él. La liberó de su abrazo y dijo: Ordenaré que te preparen el baño. Te relajará.

Rayan no se equivocó. Se sintió mucho mejor tras salir de la tina y tomar una taza humeante de té.

—El vestido es precioso —dijo su doncella rozando con el dedo la seda.

Lo era, pensó Olivia. Seda pura de color rojo con ribetes plateados en el cuello, cintura y tirantes. Una tela que se adaptó perfectamente a su cuerpo.

—Está usted bellísima, señora.

—No te equivocas, Mary. La mujer más hermosa que existe.

La doncella dobló levemente las rodillas para saludar a Rayan.

—¿Cuántas veces he dicho que no debes hacer eso? ¡Por Dios! No soy el rey. ¿Me dejas a solas con mi esposa?

La criada, visiblemente azorada, salió.

—No seas tan rudo con ella. Lo único que quiere es ser respetuosa —lo riñó Olivia.

—Pues métele en la cabeza que no es necesario. Lo que si lo es, es esto —dijo Rayan entregándole un caja de terciopelo.

Olivia la abrió. Contenía un espectacular collar de rubíes y diamantes.

—Es... Precioso. Pero no era preciso este gasto. Ya tengo muchas joyas.

—De tú propiedad. Esta es un regalo mío.

Ella lo miró desconcertada.

—Tengo mis medios para conseguir dinero que no sea tuyo. ¿Me permites?

Le puso el collar y Olivia lo acarició.

—No comprendo la razón.

—Considéralo un obsequio por los buenos días que me has regalado —dijo él sobre su nuca.

Ella no pudo evitar sonrojarse al comprender a qué se refería. Ni tampoco que esa culebra insidiosa que se había instalado en su estómago se retorciese implorando que alimentase su ansia. Pero no cedería a su deseo de caer de nuevo entre sus brazos. Se apartó y dijo:

—Lo único que hice fue cumplir con el deber de una esposa. Como voy a hacer esta noche.

—Y lo harás a la perfección. No tengo la menor duda.

—No te esfuerces. No conseguirás que cambie de opinión.

—Si fuésemos más razonables, posiblemente conseguiríamos un matrimonio estable y tal vez,

incluso feliz. Los primeros días de casados fueron maravillosos. Nos divertimos y descubrimos que somos muy compatibles para darnos placer.

Ella se mordió el labio inferior con gesto meditabundo. ¿Feliz? Ya no creía en la felicidad. Puede que él, como decía, podía ofrecerle momentos parecidos a ella. Pero terminarían odiándose.

—Fue divertido, sí. Pero después descubrimos que nuestros caracteres son demasiado incompatibles.

—Si lo intentamos, podemos limar asperezas.

—Podríamos, pero sería agotador para los dos. Y finalmente, volveríamos a desatar los sentimientos reprimidos. Tú jamás confiarías en mí y yo no soportaría sentirme encarcelada.

—¿Y si digo que apartaré la suspicacia?

—¿Podré hacerlo yo? Estas semanas has buscado la compañía de otras mujeres.

—Sabes la razón —se excusó él.

—Ahora tienes esta excusa, pero después, ¿cuál encontrarás?

—Ninguna si mi matrimonio es real de verdad. Creo que me conoces y sabes que cumplo mi palabra. Si juro ser te fiel hasta el fin de mis días, lo seré.

Olivia, a pesar de todo, le creía. No obstante, no quería caer en la trampa de aceptar una unión que, por parte de ella, jamás lo sería por amor.

—El amor es inexistente. Y es algo esencial.

—¿Y si digo que puedo llegar a enamorarme de ti?

—El problema soy yo, Rayan. En inútil. Tenemos que separarnos.

—Es una verdadera lástima. Formaríamos un equipo imbatible —suspiró él.

Ella se acercó a la ventana.

—Ha llegado el primer carruaje. ¿Bajamos?

La gran escalinata era un continuo devenir de damas y caballeros ataviados con sus mejores galas. Olivia y Rayan, mostrando su mejor sonrisa, saludaban a todos los invitados en el recién restaurado hall.

—Míralos. Son la viva imagen de la vanidad —dijo Celestine.

—¿Vanidad? Más bien diría que se creen indestructibles —masculló Howard.

—Pues no lo son, querido. Todo el mundo tiene su punto débil —musitó su esposa.

Él acercó la boca a su mejilla y la besó.

—Tú eres el mío, querida. Haría lo que fuese por ti. Lo que fuese.

Celestine reprimió un gesto de asco.

—¿De verdad? ¿Incluso matar?

Howard respingó. Ella soltó una media carcajada.

—Bromeas, por supuesto. Un ángel como tú sería incapaz de cometer ni una leve falta.

—Claro, cielito. Mí corazón en inocente como el de un niño. No como el de esa bruja que me engañó.

Howard miró a Olivia con rencor. A él también. Le hizo creer que su tío le dejaba una verdadera fortuna y solamente recibió unas migajas que ya se habían agotado. Y lo más dramático era que acaba de enterarse que su suegro estaba en bancarrota. Ya no tenía los medios para poder recuperarse. Esa pécora pagaría el daño que le había hecho.

—Deberías estarle agradecida. Gracias a su maldad me elegiste a mí —dijo, procurando que su voz no temblase de rabia.

—Pues, no veo tú agradecimiento, querido. Hoy he tenido que repetir collar y en un evento como este se requiere una joya nueva. Todos se preguntarán la razón —le recriminó Celestine.

—Ya te he dicho que la alhaja es tan espectacular que el joyero no ha llegado a tiempo. En el próximo baile lucirás como la mismísima reina. Incluso mejor. Lo prometo, mi amor —mintió.

—Eso espero, pues sabes el castigo que te espera.

Lo sabía. Una noche sin poder disfrutar del cuerpo espléndido de su mujer.

—No temas, querida. Tendrás todo lo que te mereces.

Ella se merecía estar en el lugar de Olivia. Poseer su riqueza, las joyas, la admiración de todos. Pero sobre todo tener un marido como Rayan. No un cerdo como Howard. Esa pérdida pagaría muy caro su ardid.

—Lo sé. Subamos a saludar a ese par de insolentes.

Los anfitriones los recibieron con una sonrisa cordial.

—Un placer recibirlos en casa —dijo él estrechando la mano de Howard. Éste le lanzó una mirada cargada de inquina. La ignoró. Tomó la mano de Celestine y la besó sutilmente.

—El placer es nuestro, querido primo. ¿Por qué ahora somos familia, no? —dijo ella dedicándole una expresión de lo más inocente.

—Así es. Un nuevo lazo donde apoyarnos.

—O que ahoga. La familia está sobrevalorada. ¿No es así, Howard? —dijo Olivia.

—Por fortuna, la nuestra es un ejemplo a seguir. Siempre nos hemos protegido y lo seguiremos haciéndolo. ¿Verdad?

—Por supuesto. Siempre velando por los intereses de los nuestros.

—Y también por el de nuestros invitados. Por favor, pasad al salón. Tomad una copa de

champaña y divertíos –dijo Rayan.

—Me revuelven el estómago –murmuró Olivia.

—Por suerte, pronto nos libraremos de ellos.

—Te recuerdo que ya nada es como antes. Nuestro acuerdo...

—No tiene validez. Lo sé. A pesar de ello, no me resigno a dejarles sin castigo por humillar a mi esposa. Querida, dame ese pequeño placer.

Ella sonrió.

—Con sumo gusto, señor marqués.

Él inspiró hondamente.

—Pues, vayamos a divertirnos, señora marquesa.

La cena fue servida en el comedor principal. Un espacio enorme y maravilloso, gracias a la restauración. Los invitados no dejaron de loar el magnífico trabajo. Como tampoco pudieron contenerse al ver la sala de baile. La mansión del viejo marqués había recuperado su pasado esplendoroso.

—Has hecho un gran trabajo, querida –opinó Francis.

—Con dinero, todo es posible.

—Sin el buen gusto no.

—Del que tú careces. Ruppert es el marido ideal para ti.

Francis resopló.

—¿Cuántas veces he de decirte que no estoy enamorada?

—Eso crees. Pero sí lo estás.

—¡Tonterías!

—¿Así? Pues observo que te alteras cuando se extralimita en una conversación con otra mujer.

Francis arrugó la nariz.

—Porque lo aprecio y hay mucha lagarta que quiere aprovecharse de su posición y riqueza. No me gustaría que cayese en la red de una aprovechada.

—En ese caso, evítalo.

—Perdona que sea tan directa, pero en las circunstancias que te encuentras no eres la más indicada para aconsejarme en cuestiones sentimentales.

—Cierto. De todos modos, toma nota que deseo lo mejor para ti y ese es Ruppert. Debo dejarte, querida. El deber me llama.

Olivia, agotada tras bailar durante casi una hora, se escondió en el salón de lectura para disfrutar de unos minutos de paz. Era una pequeña habitación acogedora y luminosa para los días de invierno. No la incluyó en la reforma. Le pareció perfecta. Por ello observó extrañada el espacio vacío sobre la chimenea.

—Te dije que sabía como obtener mi propio dinero.

Ella se dio la vuelta.

—Pero ese cuadro era tú preferido. Y el más valioso. No debiste venderlo.

—No me arrepiento de haberme desprendido de él. Ahora compruebo que su belleza no podía compararse con la visión de mi preciosa esposa.

—Rayan, no empieces...

Él cerró la puerta y se acercó.

—No seas suspicaz. Solamente quería demostrar nuestro poderío a estos hipócritas. Y juntos lo hemos logrado. Estás espectacular esta noche, cielo. La mujer más hermosa de la fiesta. Soy la envidia de todos los caballeros.

—Los halagos no me ablandarán.

—Pero a mí me recomponen el ego. ¿Qué tal estoy?

Estaba imponente. Más guapo que nunca.

—Como siempre. Impecable.

Él la miró con ojitos de cordero degollado.

—Y yo que me había esmerado... Deberé preguntar a otra que sea más imparcial. Seguro que me encuentra irresistible.

Olivia endureció la mirada.

—Aún seguimos casados. No permitiré que me abochornes en mi propia casa.

Rayan se acercó un poco más.

—¿Seguro que es únicamente por eso?

Ella retrocedió. No volvería a caer en su atractivo irresistible.

—Seguro –musitó.

Rayan le acarició la mejilla. Ese simple gesto le aceleró el corazón. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos el sexo con su marido.

Él sacudió la cabeza de un lado hacia el otro al mismo tiempo que chasqueaba la lengua.

—Mentirosa. Tus ojos, tu pecho, todo tu cuerpo está reclamando mis caricias, mis besos, mi lujuria. Estas semanas de abstinencia te delatan.

—No...

—Sí –afirmó su marido atrayéndola hacia su pecho.

—Suéltame, por favor –le suplicó Olivia.

No la escuchó. Buscó su boca y la besó con ansia. Ella intentó luchar para no sucumbir a ese deseo enfermizo y deshonesto que la atormentaba desde que hicieron el amor la primera vez. No lo hizo. ¿Por qué debería? No había peligro, pues nunca se enamoraría de su marido. Además, en pocos días su matrimonio se disolvería y jamás volverían a estar así, disfrutando el uno del otro. Sintiendo ese placer que la enloquecía. Y devolvió cada uno de sus besos con el mismo ardor.

—Cielo, no sabes cuanto he extrañado esto –jadeó Rayan al ver su aceptación.

—¿Y las otras?

—No hay otras. Ahora solo existes tú. Te deseo tanto que duele –gruñó él. La besó de nuevo, abrazándola con más fuerza.

—Rayan. Ahora no. Debemos... atender a nuestros invitados –jadeó ella.

—Ya están divirtiéndose. Olvídate de ellos y déjate llevar.

—La etiqueta...

—Me importan un pimiento las reglas. Sabes que me gusta escandalizar. Como a ti. ¿Verdad? –gruñó Rayan hundiendo las manos bajo el vestido. Tropezó con el ligero e intentó quitárselo.

—Espera. Esta noche prometo ir a tu cuarto.

—No, querida. Te conozco y en cuanto tu cabeza se ponga a pensar, te echarás atrás –se negó él, introduciendo la mano entre sus muslos. Sutilmente la acarició y ella exhaló un suspiro cargado de sensualidad.

—Rayan. Puede venir alguien y...

—No busques excusas, cariño. Vamos a hacer el amor ahora mismo –gruñó él y le rasgó las braguitas.

—Eres un bruto –le recriminó ella sin mucho convencimiento.

—Soy un hombre desesperado. Y tú una mujer que está ardiendo. Ven.

Se dejó caer en la silla, arrastrando a Olivia con él. Ella se colocó a horcajadas.

—Y tú inflamado –dijo en apenas un susurro al comprobar lo estimulado que estaba.

—Pues, aprovéchate, cariño. Me tienes a tu merced. Haz lo que quieras.

—No dudes que lo haré —suspiró ella. Nerviosa desabrochó el cinturón. Su masculinidad se mostró en todo su esplendor.

—¿Ves cómo me pones? —dijo él respirando con dificultad.

Olivia, como siempre que encontraba entre sus brazos, olvidó todo pudor. Simplemente se dejó llevar por el instinto. Con un suspiro de placer se unió al hombre que le hacía perder la cabeza.

—¡Dios! —musitó moviéndose con sensualidad.

—Me estás volviendo loco, cielo —dijo él mirándola con ojos plomizos.

—Rayan... Ten cuidado —jadeó ella.

—No temas, amor. Sé controlarme... Relájate y disfruta. No pienses. Vive el momento y alcanza la gloria.

Olivia cerró los ojos para sentir con más intensidad el estallido inminente. El éxtasis la elevó hacia el máximo deleite. Rayan, rompió su promesa y alcanzó el orgasmo junto a ella. Unos segundos después, la alzó y se apartó. Olivia, perdida en su propio placer, no apreció su engaño.

—Eres fantástica, cariño —dijo él, ronco.

—Y seré todo un espectáculo si regreso al salón sin rompa interior —dijo Olivia levantándose. Rayan se recompuso la ropa.

—Y además si muestras tú increíble voluptuosidad. Toda tú está pregonando lo que acaba de suceder. Espera aquí. Relájate. Mientras iré a buscarte unas braguitas.

De repente, le entró la necesidad de comer algo dulce. No era algo habitual en ella, pues prefería los sabores salados. Pero el escaparate de la nueva cafetería mostrando exquisiteces de la repostería francesa, invitaba a perderse entre sus mesas. Y lo hizo. Pidió una taza de té, un trozo de pastel de chocolate y otro de frutas del bosque.

—¿No temes perder la línea?

Olivia evitó mostrar el desagrado que le produjo la visión de Celestine.

—En absoluto. Soy afortunada y jamás gano un gramo.

Celestine no tenía la menor duda. A cada día que pasaba su belleza era más evidente. Se sentó frente a ella evitando soltar la rabia que le provocaba.

—¿Puedo?

—Por supuesto. ¿Te pido lo mismo?

—Sólo una taza de té.

El camarero le sirvió.

—Permite que te de la enhorabuena por la fiesta del otro día. Has dejado a todos boquiabiertos. Nunca pudimos imaginar que lograses devolver el esplendor a la casa y comportarte como una verdadera dama.

—Creo que olvidas que soy hija de un conde.

—Y sin la menor intención de ofender, diré que siempre te has comportado como una mujer de baja estofa, sin la menor moral. Reconócelo.

—Simplemente he sido libre.

—Una libertad que te apartó de la buena sociedad. Sino hubiese sido por Rayan... Has hecho una jugada maestra, prima.

—A diferencia de otras, siempre supe jugar muy bien mis cartas, Celestine.

—A mí no me ha ido mal tampoco.

Olivia alzó las cejas.

—¿En serio?

—Tengo todo lo que un día pudo ser tuyo.

—Las apariencias engañan, querida. Yo de ti, preguntaría a tú amado esposo. No sea que se haya marcado un farol y te llesves una sorpresa muy desagradable.

Celestine apretó los dientes.

—Me engañaste para quitarme a Rayan y ahora quieres emponzoñar mi matrimonio. Pues, no lo conseguirás, zorra envidiosa.

Olivia, que hasta el momento se tomó la conversación como un mal menor, comenzó a irritarse. Podía soportar muchas cosas, pero que alguien como esa malévola la insultase, en absoluto.

—Querida, no posees nada que me mortifique, te lo aseguro. Soy tan dichosa que hasta me da miedo que esto sea un sueño y despierte.

—¿Qué me dices del condado? Ya nunca podrás ser condesa, como yo —inquirió Celestine mostrándole una sonrisa cargada de soberbia.

—Ahora tengo un marquesado. Y un marido joven y muy atractivo. Un hombre que es experto en la cama y me hace gozar como nunca. En cambio tú tienes un esposo que se asemeja a un cerdo; e imagino repugnante en el lecho, que recibió una herencia de apenas unos miles de libras. No,

querida. Eres tú quién debería envidiarme. Yo lo tengo todo. Todo lo que una mujer puede anhelar.

—Mientes.

—Como bien has dicho, soy una zorra. Pero, en ocasiones, tengo buen corazón. Y me duele que vivas engañada. Verás. Mí tío me adoraba y le dolía mucho que por el hecho de ser mujer no pudiese heredar su legado. Así que, en vida me donó las casas, el dinero y todas las joyas. Lamentablemente, no pudo cederme el título ni el condado. En cuanto a Rayan, no mentí. No tenía ni una libra. Pero era marqués y muy apuesto. El marido ideal para una díscola como yo. No pudo resistirse a la desorbitada cifra que comprobó tenía en el banco.

—No es cierto. Lo que tienes ahora se debe a Rayan. Eres una perra embustera —mascullo Celestine.

Olivia chasqueó la lengua.

—Ese vocabulario no es propio de una dama y menos de una condesa, querida.

—Me pongo a tu misma altura.

Olivia dibujó una media sonrisa.

—Lamentablemente, nunca lo conseguirás. Hay atractivos que son imposibles de recrear.

—¿Te crees invencible? Pues ve con cuidado. Torres más altas han caído.

—Tus cimientos sí que se están tambaleando, prima. ¿Y sabes la razón? Por supuesto que no. Pero te pondré al día. Mi estimado primo se casó contigo porque creía que eras una heredera con una gran fortuna. ¿La razón? No es otra que la ínfima herencia que recibió. ¿Sabes cuánto dinero? Cinco mil libras. Un dinero que con toda probabilidad ya ha volado.

El semblante de Celestine se demudó.

—No es verdad.

—Como he dicho, habla con Howard. Te lo negará, por supuesto. Hazlo también con tú padre. Tengo entendido que tu familia está en bancarrota. ¿Qué harás ahora? ¿Mendigar o robar algún bolso?

—Si piensas que con tus patrañas me estás mortificando, no es así.

—Recuerda que tengo amigos en la bolsa y en la banca. Conozco cada situación financiera de las familias más notables del Reino. Celestine, no son falacias. En este momento estás completamente arruinada.

—No puede ser —musitó Celestine.

—Lamento dejarte en este estado, pero tengo asuntos urgentes que atender. Un placer haber coincidido contigo, querida prima. No hace falta que pagues. Hasta la más miserable de las monedas te harán falta. Estás invitada.

Olivia se levantó, dejó el importe sobre la mesa y con altivez abandonó la cafetería.

Mientras caminaba hacia casa, se lamentó de su arrebató. No solía perder los estribos, pero desde hacía unos días su carácter se había tornado más impaciente. Probablemente gracias a su marido. Conseguía romper cada uno de sus esquemas. Pero pronto recuperaría su vida y el sosiego.

—Buenas noches, querida.

Olivia se quitó el abrigo y entró en la salita.

—¿No ibas a llegar mañana? ¿Qué ha pasado?

—Sencillamente que he comprobado que no puedo estar lejos de ti tanto tiempo.

—¡Pero si ha sido sólo una noche!

Rayan se levantó y la estrechó contra su pecho.

—Suficiente para extrañar a mi amorcito. ¿Me has echado de menos tú?

Lo cierto era que sí. Aquellas dos últimas semanas habían compartido el dormitorio, gozando

del sexo durante horas como dos adolescentes. Incluso dejaron de discutir. La convivencia se tornó relajada e incluso divertida. Rayan concibió la esperanza de que cambiase de opinión sobre el divorcio. Por supuesto, le recalcó una vez más que la decisión estaba tomada. Que sus encuentros sexuales eran solo eso. Sensualidad exenta de sentimientos. Pero no podía negar que la noche pasada sintió un gran vacío con su ausencia. Pero jamás confesaría esa debilidad y lo negó.

—No.

—¿Ni un poquito?

—Nada.

—Mentirosa.

—¡Vaya! Hoy todo el mundo le ha dado por faltarme con el mismo insulto.

Él entrecerró la frente.

—Me he encontrado con Celestine y no he podido evitar escupirle todo. Sabe lo de la herencia y la ruina de su familia.

—Olivia...

—Lo siento. Pero me estaba tomando tranquilamente unos pastelitos de chocolate y me ha comenzado a insultar. Me ha sacado de mis casillas. Dijo que...

Calló al sentir las náuseas. Echó a correr y entró en el baño. Rayan fue tras ella y tras aguardar unos minutos, golpeó la puerta.

—¿Estás bien?

Olivia salió del aseo. Estaba lívida.

—Tienes un aspecto terrible. ¿Aviso al doctor?

—No. No. Es un simple empacho. Cené con Francis en el Goleen. Ya sabes que me es imposible resistirme a sus especialidades. Tampoco pude hacerlo con esa nueva cafetería francesa que han abierto. Esto me pasa por comilona. ¿Te importa que vaya a acostarme?

—Por supuesto que no.

—Lamento que adelantaras tu regreso. Temo que esta noche no podré dedicártela.

Él la besó dulcemente en la mejilla.

—Lo primero eres tú, cielo. Te subiré un remedio infalible para estos casos. Mano de santo, como decía mí abuela.

—Gracias. Eres un encanto.

Rayan estaba realmente preocupado. Olivia no mejoró durante la noche. Le subió la temperatura y cuando consiguió quedarse dormida, la pesadilla recurrente regresó. Pero como siempre, no quiso contarle su angustia. Ni tampoco visitar al médico.

—Es testaruda, sí —dijo Alan.

—Eso no me incomoda. Pero no comprendo la razón de que no quiera contarme porqué sufre pesadillas.

—¿Pesadillas? Primera noticia —inquirió Alan, sin apartar los ojos del periódico.

Rayan lo apartó.

—No nos conocemos hace mucho, pero sé cuando mientes. ¿Qué sabes?

—Nada.

—Alan, por favor.

Él dobló el diario. Llenó de nuevo las copas con oporto y le ofreció una.

—Me gustaría ayudarte, pero se trata de un asunto privado. Lo lamento.

—¿Tiene que ver con la guerra?

—No insistas, por favor.

Rayan dejó la copa sobre la mesa con brusquedad.

—¡Maldita sea! Sé que su actitud y los problemas que tenemos es por algo que la atormenta. Y si se niega a contármelo, no podremos vivir en paz. Alan, ayúdame a liberarla. Sé que podría ser feliz a mi lado, pues aunque no lo sepa, me ama.

—¿Y tú la amas?

Rayan, delineando una leve sonrisa, aseveró.

—No lo tenía previsto.

—Ese es el efecto Olivia. Ninguno ha podido resistirse a sus encantos.

—¿Muchos?

Alan chasqueó la lengua repetidamente en señal de desaprobación.

—¡Es que no me cuenta nada! —se quejó Rayan.

—Tu mujer no es muy dada a expresar sus emociones ni ir pregonando sus secretos. Aunque, si puedo decirte que su fama de rompecorazones no es tan extensa como uno puede creer. En el fondo no es muy aventurera. Digamos que, habrá visitado unos tres países exóticos. ¿Contesta eso a tu pregunta?

—En parte.

—Rayan. Deja de torturarte. Cuando Olivia da su palabra, es leal hasta la muerte. Nunca. ¿Me oyes bien? Nunca te engañaría.

—De acuerdo.

—¡Vaya! Ahí llega el Conde de Loughthy y parece que no de muy buen humor.

Rayan supuso la razón. Y por la dirección que estaba tomando era evidente que se encaminaba hacia él. El momento esperado estaba a punto de comenzar.

—¿Podemos hablar?

—Por supuesto.

—Me retiraré —dijo Alan.

—No será necesario, mí lord. Iremos al privado. ¿Vamos?

Howard cerró la puerta tras él. Se dio media vuelta. Su rostro había adquirido un tono rojizo.

—Deberías contener la lengua de tu esposa. Ha conseguido alterar tanto a Celestine que hemos tenido que darle láudano para serenarla.

Rayan preparó dos copas de brandy y le ofreció una a su primo político.

—Lo lamento. Pero ignoro lo sucedido.

—No me extraña. Un hombre debe tener más prieta la cuerda con la que sujeta a su mujer para poder controlarla.

—Olivia, como sabes, es un espíritu libre. No hay quien la dome.

—Más que libre, un tanto libertina. No ha sido precisamente una santa —remugó Howard.

Rayan dejó la copa con un golpe seco.

—Lamentaría mucho tener que citar a nuestros padrinos y acabar con tú vida.

—¿Bromeas? ¡Ya no existen los duelos! ¿En qué mundo vives? ¡Por Dios! —resopló Howard.

—Soy medio árabe. No lo olvides. Llevo muy mal las ofensas.

Howard se dejó caer en el sofá.

—Y yo que dos mujeres que rivalizan se enzarcan hasta sobrepasarse soltando falacias.

—¿Quién ha mentido? Tu esposa o la mía.

—¿Acaso puede haber una duda? ¡Por supuesto que mí prima!

—Me extraña. Suele ser muy sincera. Como has dicho, no tiene nada de hipócrita.

Howard apuró el licor y se levantó con semblante iracundo.

—¿Te parece sincero decirle a Celestine que estamos arruinados? Tú mujer nos odia por no haber sido la heredera de nuestro tío e intenta perjudicarnos. Pero no lo consentiré. ¿Me oyes? Así que, dile que nunca más vuelva a molestar a mi esposa. Estáis advertidos. Buenas noches.

—No tan deprisa. Temo que aún no ha terminado esta conversación. Por favor, siéntate.

—Por mi parte no tengo nada más que decir —refutó Howard.

—Pero yo sí. Y vas a escucharme.

—No recibo órdenes de un... un...

—¿Mestizo? En circunstancias menos apuradas puede que no. Pero ahora no estás en situación de exigir absolutamente nada. Por el contrario, deberás mendigar. Y no encontrarás mejor samaritano que yo.

—¡Sin duda estás loco! —voceó Howard.

—Y tú completamente arruinado. No trates de negarlo. Lo sé de muy buena tinta. El viejo te lego las migajas del gran pastel que se llevó Olivia.

—Eso no es verdad.

—¡Ah! ¿Pero no lo sabías? La fortuna del marquesado, por desgracia, no procede de mi difunto padre. Al igual que tú, heredé una miseria. Por el contrario, como he dicho, Olivia sí es una mujer inmensamente rica. El conde le cedió en vida las casas, las joyas y el dinero; y para que veas que digo la verdad, a ti unas miserables cinco mil libras. ¿No es cierto?

Howard, con semblante demudado, se dejó caer en el sillón.

—Una verdadera desgracia. Pero como dicen, nunca vienen solas. ¿Verdad? Tu querida esposa tampoco posee un chelín. Te espera un futuro nada halagüeño.

—Únicamente los... miserables disfrutaban con... las desgracias ajenas —farfulló Howard.

—¿Me recriminas lo que tú mismo hiciste con Olivia? No tuviste piedad. Tengo entendido que la echaste como a un perro cuanto te solicitó ayuda. Y eso no está nada bien. Sois familia. Hay que ser caritativo.

—¿Cómo lo serás tú?

—Si llegamos a un acuerdo, puedes salir muy beneficiado.

—No haré ningún trato contigo —se negó Howard.

—Te aconsejo que no descartes nuestra buena voluntad. No encontrarás a nadie más interesado en hacer negocios.

—¿Y qué queréis de nosotros? Como has dicho, no poseemos fortuna, ni negocios donde invertir. A no ser que estés maquinando una actividad ilegal. Y te aseguro que si es eso, antes prefiero morir de hambre.

—Eso díselo a tu refinada y exigente esposa. Harías lo que fuese por evitar la vergüenza. Pero tranquilo. No es nada deshonesto. Lo que deseamos es el condado.

Howard lo miró boquiabierto.

—¿Qué? No... Por supuesto que no.

—Esa es nuestra única oferta. O nos vendéis el título o el banco se quedará con todo. Tú eliges si prefieres pasar la vergüenza de un embargo o de un negocio del todo legal y nada deshonesto.

—En Inglaterra no pueden venderse los títulos nobiliarios.

—Pero el condado es escocés. Lo permiten.

Howard se sirvió más brandy y lo apuró de un solo trago.

—¿Cuánto?

Rayan extrajo del bolsillo una libreta y escribió una cantidad.

—A pesar del concepto que debes tener de mí, no me aprovecharé de las circunstancias. Convendrás que la cantidad es mucho superior al valor del condado y la mansión.

Howard cogió el papel. Era una cantidad del todo aceptable. Incluso generosa. Pero no caería tan fácilmente. Secó el sudor que le caía en la frente y dijo:

—Un cincuenta por ciento más.

Rayan soltó una risotada de desprecio. Abrió la puerta y dijo:

—No seas ambicioso, que puedo arrepentirme. Te doy un par de semanas para meditarlo. Nos veremos a esta misma hora. Buenas noches, primo.

Olivia se detuvo en el umbral. Rayan estaba leyendo bajo la tenue luz de la lamparita. Últimamente su visión la perturbaba. Mucho más de lo deseado. No quería sentir como sus latidos se aceleraban, ni como se quedaba sin aliento con su excitante belleza. No quería que sólo él ocupase su mente. No quería que el pasado comenzase a diluirse en esa niebla heladora. Pero por mucho que se esforzaba, no podía evitarlo. Y se sentía traidora. Desleal hacia un amor que lo fue todo para ella. No podía. No quería enamorarse de nuevo. Era cobarde y no quería sufrir como ya lo había hecho. Su marido jamás podría darle la calma que necesitaba. No era ese tipo de hombre que entregase su corazón con total generosidad. Debía alejarse de él antes de que fuese demasiado tarde.

—Olivia. ¿Ha ocurrido algo? Llegas tarde —dijo Rayan al sentir su presencia.

—¿Ahora vas a controlarme? —se encrespó ella.

Él cerró el libro.

—Por supuesto que no. Sólo me tenías preocupado. Como ayer estabas indispuesta...

—Pues ya ves que estoy perfectamente.

—Lo veo.

—¿Me das la razón como a los tontos?

Rayan suspiró.

—No me apetece discutir. Hoy no. ¿Cenamos?

—No tengo apetito.

—Cielo. No seas testaruda y ve al médico.

—¿Quién es el tozudo ahora? Te repito que fue un empacho.

—Las nauseas podrían haber sido provocadas por otra cosa. ¿Tal vez un embarazo?

—¡Imposible! A no ser que... ¿No habrás sido capaz?

Rayan efectuó un mohín de inocencia.

—Por supuesto que no, querida. Yo tampoco quiero un hijo no deseado por su madre. De todos modos. Nada es seguro. ¿Existe la posibilidad?

—Rotundamente no.

—De acuerdo. Un empacho. Pero espero que estés bien el viernes. Tenemos mucho que celebrar.

—¿Qué ocurre?

—Howard pasó por el club. Quiso convencerme de que el rumor de que estaba arruinado era solamente eso.

—E hiciste ver que le creías.

—No. Le he hecho la propuesta.

Olivia parpadeó incrédula.

—¿Qué? ¡Por Dios, Rayan! Debiste hablar primero conmigo.

—Sé que te hubiese gustado estar presente, pero las circunstancias fueron las que fueron y aproveché la ocasión. No te preocupes. Lo he citado en casa y podrás ver como se arrodilla ante nosotros.

Ella le lanzó una mirada iracunda.

—No se trata de eso, Rayan. Convenimos que lo que nos unió ya no tiene validez.

—Lo sé. Pero no estoy de acuerdo.

—Que estés de acuerdo o no me da lo mismo. Soy yo la que debe decidir si deseo arrebatarte el título, no tú.

Él resopló.

—¿Así que ya no quieres?

—Por supuesto que deseo hundirlo.

—¿Entonces, a qué viene ese reproche?

—Si acepta tus condiciones, serás tú quien ostente el título. No yo, pues vamos a divorciarnos.

—Eso tiene fácil solución.

—Imposible. Este matrimonio jamás podría funcionar.

—Olivia...

Ella levantó la mano para hacerlo callar.

—No insistas. Esto se ha acabado. Y quiero que retires la oferta que le has hecho a mí primo.

—No lo haré o será otro quien se lleve lo que te pertenece. ¿No lo entiendes?

—Lo único que entiendo es que no atiendes nunca mis ruegos. Te crees el dueño y señor de mi vida. Y no es así. No lo es.

—Nunca he pretendido poseerte como si fueses mi esclava. Lo único que he deseado es que mi esposa, a pesar de no amarme, me considerase su amigo y cómplice. ¿Y qué he obtenido? Desconfianza.

—¿El hombre que me ocultó su pasado delictivo me habla de confianza?

—Cuando preguntaste, respondí.

—Porque no tuviste más remedio.

—Yo también pregunté y he recibido silencio.

—Cuando aceptaste casarte conmigo dijiste que no te importaba mi pasado.

Rayan la apuntó con el dedo.

—Pero si ese pasado provoca pesadillas a mí mujer, quiero saber de qué se trata para poder ayudarla. ¿Qué ocurrió durante la guerra? ¿Tan terrorífico es? ¿Dime?

El semblante de Olivia se tornó lívido.

—No necesito la ayuda de nadie. Lo que verdaderamente quiero es librarme de ti de una maldita vez y olvidarme de esa venganza absurda que me ha llevado al desastre.

—Yo no quiero olvidarme de nada. Lo que quiero es que consideres la posibilidad de darnos una oportunidad para salvar este matrimonio.

—¿Qué matrimonio? Lo único que nos ha unido es la ambición y la lujuria. Dos pilares abocados a derrumbarse.

—¿Eso crees tú?

—Desde luego, no el amor.

—No en un principio.

Ella soltó una media carcajada cargada de escepticismo.

—¿En serio?

—¿Y si te dijera que me he enamorado de ti?

—No te creería.

—¿Piensas que no puedo querer?

—Por supuesto que puedes querer. Pero amar profundamente es algo que temo no eres capaz de concebir.

—¿Tú sí?

Olivia suspiró.

—No nos conocemos, Rayan. Esta conversación es absurda. Lo único que estamos haciendo es

especular.

—Pues, ya puestos, especulo que tú también te has enamorado de mí y te niegas a reconocerlo. Ella alzó el mentón.

—Eres tan arrogante que piensas que todo gira a tu alrededor. No te amo y nunca te amaré. Lo único que anhelo es el divorcio.

—Y lo tendrás. Pero en el momento oportuno.

—¿Puedo confiar en ti? —inquirió Olivia sin mucho convencimiento.

—Te aseguro que todos mis actos están encaminados para protegerte y cuidar de tu bienestar. No lo dudes nunca.

—¿Retirarás la oferta de compra?

—No.

—¿Esa es tu manera de cuidar de mí? ¿Robándome lo que es mío? —le echó ella en cara.

—Tras estos meses he llegado a la conclusión que jamás volverás a proponer a otro el pacto que hicimos. ¿Es así?

—No. Claro que no.

—Olivia. Tu legado será irrecuperable. Por ello, considero que no puede estar en mejores manos que en las mías. Yo lo cuidaré por ti. Nunca dejaré que nadie lo pisotee.

—Si haces esto para retenerme, no lo conseguirás.

—Nunca me doy por vencido.

—Tu esfuerzo será inútil. ¿Por qué no lo aceptas de una maldita vez?

—¿Por qué no aceptas tú que te estás engañando? Sabes que lo que sentimos en la cama es algo más que sexo.

Ella hizo revolotear la mano con gesto cansado.

—Déjalo ya. Esto se ha terminado. La próxima vez que nos veamos será ante nuestros abogados. Te ruego que mañana regreses a la mansión.

—Esta también es mi casa. Haré lo que se me antoje —gruñó Rayan.

—Creo que no estábamos al corriente de las leyes inglesas. Ahora sé que no puedes arrebatarme mis propiedades. Ya no me intimidan tus amenazas.

—Olvidas el dinero. Sólo yo tengo potestad para administrarlo.

—¿De verdad serías tan miserable?

—Lo que soy es tú marido y lo seré hasta que yo lo decida —replicó él con enojo.

—No te entiendo. ¿A qué viene ese empeño? Estamos abocados al desastre.

—Te equivocas.

Olivia lo miró con tristeza y dijo:

—No quiero alargar ni un minuto más esta agonía. Sino te marchas tú, lo haré yo. Buenos noches, Rayan.

Dio media vuelta y se marchó.

—Sé que me amas y juro por Dios que haré que lo confieses —aseguró él.

Rayan se marchó al día siguiente. Lo que debió ser un alivio no le trajo la paz que necesitaba. Su marido ocupaba gran parte de sus pensamientos y por mucho que intentase olvidarlo no podía. Era un veneno que la consumía poco a poco y desconocía el antídoto.

Su estado de salud no contribuyó a mejorar las cosas. Y la consulta al doctor, aún empeoró más la situación.

—No puede ser. No he tenido ninguna falta en tres meses —jadeó con espanto.

—Lo cierto es que no se trata del periodo. Son pequeños sangrados, marquesa.

—¿Peligra el embarazo?

—No. Mi consejo es que guarde reposo lo máximo posible y por supuesto, nada de viajes largos. No es un embarazo de riesgo. Pero tampoco del todo seguro. Debe cuidarse. ¿De acuerdo?

Ella aseveró con semblante aturdido.

—¿Su primer hijo?

—Sí.

—Mis más sinceras felicitaciones, mi lady. Un niño siempre llega para alegrar el hogar.

Olivia abandonó la consulta, sin atender a lo que ocurría a su alrededor.

Cuando llegó a casa entró en la habitación incapaz de asimilar lo que le estaba ocurriendo. ¿Sentía alegría? No. La noticia no le produjo esa emoción que se supone cuando una mujer es conocedora de que será madre. ¿Miedo? Sin duda. Espanto a que este hijo la obligase a permanecer en contacto con el hombre que había perturbado la relativa tranquilidad que había conseguido después de tanto tiempo.

—¿Qué puedo hacer? —gimió desesperada.

Cogió el teléfono y llamó a Francis.

—Ven. Te necesito ahora. Ven —sollozó.

Su amiga apenas tardó diez minutos en presentarse. Se preocupó realmente al ver a Olivia llorar con desconsuelo.

—¿Qué pasa? ¿Es por tu marido? ¿Qué te ha hecho Rayan?

—Me ha destrozado... la vida...

—¡Lo sabía! Te dije que ese hombre no era de fiar. Solamente quería tu fortuna. Te ha dejado en la ruina y se ha largado con otra. La ha llevado a la mansión. ¿Verdad? ¡Maldito cabrón! Recién casado y ya exhibiendo a su fulana.

Olivia alzó el rostro.

—No. No es eso. Es... mucho peor.

Francis abrió los ojos como platos.

—¿Es homosexual? No me digas que sí o perderé la confianza en el género masculino. ¡Por la Virgen Santa! ¡Si es el hombre más macho que he conocido!

—¡No es gay! —negó con gran énfasis Olivia.

—Entonces, no entiendo. No está con otra, es muy hombre... Cariño. ¿Qué puede ser tan grave?

—Estoy... Estoy...

—¿Enferma? ¡Jesús! Ese mujeriego te ha contagiado algo repugnante —jadeó su amiga.

—¡Por Dios, Francis! Deja de soltar barbaridades —explotó Olivia.

—Pues dime de una puñetera vez que pasa.

—Estoy embarazada.

Francis parpadeo confusa.

—¿Embarazada?

—Sí. Preñada. En cinta. Voy a ser madre.

—Esto es... ¡Estupendo! Creo...

Olivia se echó de nuevo a llorar.

—No. Es horrible.

—¿Por qué? Siempre quisiste tener hijos.

—Pero no... con Rayan. Con él no... Mis sueños eran otros y se... truncaron.

Francis la abrazó. Olivia hundió la cara en su pecho y sollozó con desgarramiento.

—Lo sé. Pero eso ya no puede ser, cielo. Tienes que aceptar de una vez que él no volverá. Tienes que olvidarlo.

—Por eso me siento tan mal. Porque le estoy perdiendo. Su cara se está diluyendo y apenas puedo recordar su voz. ¿Cómo es posible? ¡Lo amaba más que a mí vida! Y ahora... Rayan...

—Ha ocupado su lugar.

Olivia se apartó.

—No. No amo a Rayan. No. Pero...

—Puedes llegar a hacerlo y sientes que estás traicionando la memoria de Henry.

—Sí.

Su amiga le enjuagó las lágrimas.

—Cariño. Sé que lo quisiste muchísimo. Pero él murió. Y tú estás viva. No puedes seguir encadenada a un fantasma.

—¿Y a un hombre que me hará sufrir?

—El amor no es fácil, querida.

—Con Henry, a pesar de las circunstancias, lo fue. Nunca he vuelto a ser tan dichosa.

—Únicamente tuvisteis tiempo para saborear la miel, no las hieles. Pero al final habrías comprobado que no era más que un hombre corriente como los demás.

—Tú no lo conociste —se enojó Olivia.

—Cierto. Y tú tampoco. La muerte ha hecho que lo idealices. Pero ya es hora de colocarlo en el lugar que le corresponde. No en tu corazón; sino en el recuerdo. ¿Piensas que él no intentaría volver a enamorarse y a ser feliz si estuviese en tu lugar? Por supuesto que lo haría. Y saltaría de gozo si fuese a ser padre. Miraría al futuro con esperanza y dejaría el pasado en un rincón protegido al que acudiría de vez en cuando. Lo rememoraría como una etapa dulce que no amargaría la nueva oportunidad que le estaba dando la vida.

—¿Por qué me haces esto? —gimoteó Olivia.

—Porque te quiero y me duele que te niegues la felicidad.

—¿Con Rayan?

—Sí. Con él. No soy tan estúpida como crees. He visto en tus ojos esa chispa que enciende la pasión.

—Eso no es amor —objetó Olivia.

—Por supuesto que sí. ¿O me negarás que tu corazón no late con más fuerza cuando estás cerca de tu marido?

—Que sabrás tú de amor —rezongó su amiga.

Francis la miró ofendida.

—A veces me sorprende lo egoísta que puedes llegar a ser. No eres la única que ha sufrido o entregado su corazón.

—Francis, perdona. Yo no quería menospreciarte. Pensé que...

—¿Por qué nunca me he relacionado con un hombre no he amado? Pues lo he hecho. Y mucho.

—No me contaste nada.

—Fue hace mucho tiempo. Era demasiado joven y temerosa. Y... Pero no estamos hablando de mí. Ahora debemos centrarnos en ti. ¿Cómo crees que reaccionará Rayan? ¿Deseaba tener hijos?

—Fue una condición esencial para casarse conmigo.

—¿Qué! ¡Ay, Señor! ¿Estabas loca? ¿Cómo pudiste aceptar en tus circunstancias?

—No se... Solamente deseaba recuperar lo mío. Sin un heredero hubiese vuelto a perder mi legado familiar. Comprenderlo. Me sentía dolida y no pensé.

—Desde luego que no. Suelen ser demasiado impulsiva cuando no conviene —la riñó Francis.

—Pero después de un tiempo acordamos olvidar el pacto y divorciarnos. Pusimos medios para evitar un embarazo.

Francis esbozó una media sonrisa de fastidio.

—Por el resultado, Rayan no tuvo en ningún momento esa intención. Me huelo que lo del divorcio solamente lo has considerado tú. Estás metida en un buen lío, querida.

—Te equivocas. Quedé embarazada, puede que en la misma noche de bodas; antes de poner cuidado. No lo he sabido hasta hoy porque no tuve ninguna falta —le explicó Olivia.

—¿Es eso posible? —se extrañó su amiga.

—En realidad fue un poco de sangrado. No el periodo. Ocurre muy de vez en cuando.

—¿Pero no corre riesgo el feto?

—No. A parte de alguna náusea, me encuentro perfectamente.

—Lo cierto es que no se te nota nada. No has engordado ni un gramo.

—Eso me dará ventaja para ganar tiempo.

—¿Para qué?

—No quiero decírselo a Rayan.

Francis sacudió la cabeza en señal de desacuerdo.

—¿No estarás pensando en esa atrocidad?

—¡Por supuesto que no! La verdad es que, pasada la conmoción, reconozco que deseo este hijo. Lo deseo con toda el alma.

—Es lo natural. Pero tu marido tiene derecho a saber que tendrá un hijo.

—Y lo sabrá. Pero a su debido tiempo.

—Estás jugando con fuego, Olivia. Si se entera por otros antes que por ti se enfadará y mucho.

—Como no se lo digas tú, nadie más, aparte del médico, lo sabe. Francis, por favor. Necesito hacerme a la idea y descubrir cuáles son mis sentimientos reales hacia mi marido, y los suyos hacia mí.

—¿Y en qué cambiará la situación? Tendréis un hijo en común. Eso os unirá para el resto de vuestros días. Y bajo mi punto de vista, por el bien de vuestra criatura, será mejor que os llevéis bien.

—Lo sé. Sin embargo, no quiero que nuestra unión sea por puro convencionalismo. Nunca estaré al lado de un hombre sino me ama.

Francis sonrió con ternura.

—Porque, a pesar de intentar evitarlo con todas tus fuerzas, le quieres.

—¿Soy mala por ello? ¿Por apartar a Henry de mí alma? Juré que nunca amaría a otro —musitó Olivia.

—Hay promesas que son imposibles de cumplir. En especial cuando son asuntos del corazón.

Uno no puede elegir de quién se enamora. Tú lo has hecho ahora de tu marido.

—Y ese es mi miedo. No confió en Rayan. Sé que me hará sufrir.

Francis le tomó las manos entre las suyas y dijo:

—A pesar de ello, será el hombre que te devuelva a la vida. Estoy convencida.

—Me gustaría tener tú confianza.

—Cielo. Apostaría el cuello que Rayan está loco por ti.

Olivia soltó una risa cargada de desdén.

—Por supuesto. Sobre todo, lo ha demostrado numerosas veces siéndome infiel.

—¿Tienes pruebas?

—El mismo me lo ha confesado.

—¿En serio? No conozco a ningún hombre que revele algo semejante a su esposa. Realmente, es un tipo extraño.

—Bueno... Acordamos que si yo no... No lo complacía, tenía pleno derecho a hacerlo. Y durante un tiempo me alejé de él.

Francis resopló.

—¿Pero que tipo de matrimonio urdisteis?

—Uno del que ahora me arrepiento.

—Pues, ya es tarde, querida. Y más ahora que tendréis un hijo.

—Un hecho que no tiene porque mantenernos unidos. Podemos divorciarnos igualmente.

—¿Y si olvidamos por el momento el maldito divorcio?

—Es la única solución.

—Tú testarudez es irritante, querida. Me has confesado que amas a Rayan. Sí. No intentes contradecirme. Lo amas. Y a pesar de tus reticencias, entiendo de estos asuntos y tu esposo también está enamorado de ti. Las otras mujeres habrán sido un acto de desquite por tú rechazo.

—Aún así, no podré confiar en él.

—¡Por Dios, Olivia! ¡Le diste tú consentimiento! Ahora no te lamentes. Lo que debes hacer es intentar que vuestra pareja funcione y sino lo conseguís, entonces tomad la decisión adecuada. ¿De acuerdo? Ahora, deja de llorar y arréglate. Nos vamos de tiendas.

—No me apetece.

—Un día u otro deberás renovar el vestuario. Aunque no lo creas, engordarás, querida. Y mucho.

—Estoy aterrorizada, Francis –musitó Olivia.

Su amiga le acarició la mejilla.

—Eres una superviviente. Todo saldrá bien. Ya lo verás.

Howard buscó avales en sus amigos, en el banco e incluso en usureros. No encontró la ayuda necesaria. Y tuvo que ceder a las exigencias de Rayan.

Nunca podría olvidar la sonrisa llena de satisfacción de ese mestizo cuando las firmas ratificaron el acuerdo. Había sido la mayor humillación recibida. Pero se juró que algún día ese perro pagaría su arrogancia.

Ahora debía contarle a su mujer la nueva situación. Celestine era una muchacha encantadora, complaciente y con un corazón enorme. Comprendería que lo había hecho para salvar el honor de la familia.

Ella, al escuchar su confesión, se aferró al borde de la mesa.

—¿Te has vuelto loco? —siseó con el rostro enrojecido por la indignación.

—Sé que no esperabas esto, pero he conseguido evitar el escándalo.

Los ojos de ella refulgieron de ira.

—¿Qué lo has evitado? ¡Maldito idiota! Ahora toda Inglaterra sabrá que estábamos arruinados y que te has arrodillado ante esos dos arrogantes.

—Las deudas nos estaban ahogando, cielito. Lo habríamos perdido todo y ahora tenemos una pequeña fortuna —se defendió Howard.

—Una fortuna que deberías poseer tú. Pero me engañaste. Pensé que me casaba con un hombre rico y no eras más que un desgraciado —le echó ella en cara.

—¿Y tú no? Vuestra familia también estaba en bancarrota.

Celestine comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación.

—Mi padre intentó salir a flote. No lo logró, pero no aceptó un trato tan vejatorio como has hecho tú.

—Ha sido esa perra de Olivia. Ella nos engañó a los dos. Desde el principio urdió este plan maquiavélico.

—Y ese egipcio la secundó.

—Mi prima puede ser muy convincente cuando quiere. Engatusó a mí tío para que me dejase en la miseria.

—Y ahora nos ha dejado sin el condado —masculló Celestine.

—Pero nos ha pagado una fortuna por ello —dijo su marido.

—¿Y qué? ¡Ninguna fortuna pagará la vergüenza que deberemos pasar! —bramó Celestine.

—No somos los primeros ni seremos los últimos que pasan por algo semejante.

—¿Y eso te consuela? Pues ya me lo dirás cuando cuchicheen en los salones a nuestras espaldas.

—Los chismes pronto cambian de dirección.

—¡Idiota! ¿Crees que no estoy al tanto de lo que se cuece en nuestros círculos? Pero lo que no comprendes que ya no seremos nobles. ¡Yo no seré condesa!

—Un precio pequeño si consideras que nuestros problemas crematísticos se han solucionado —le recordó Howard.

—¿Pequeño? ¡Yo he pagado mucho para conseguirlo! ¡Casarme con un imbécil! —explotó Celestine.

—Cielito. Comprendo que esté enfadada. Te perdono el insulto.

—No estoy enfadada. Estoy furibunda porque elegí al peor de los maridos. A un hombre que

no ha sabido defender los intereses de su esposa. Seré el hazmerreír de nuestras amistades y del resto de Londres.

—En cuanto analices la situación, verás que he hecho lo más adecuado.

—Un hombre de verdad habría encontrado otra solución.

—Juro que lo he intentado todo.

—¿En serio?

Howard, por primera vez, se enfrentó a su mujer.

—¿Qué habrías hecho tú? ¿Di? ¿Atracar un banco? ¿Hipotecar las casas? ¿Permitir que nos lo arrebatasen todo y quedarnos en la calle? Opines lo que opines, sé que he actuado con sentido común. Sé que te duele que Olivia vaya a ser la condesa que deberías ser tú por ley. No obstante, eso es mejor que vivir en la peor de las pobreza.

Celestine apretó los dientes.

—Has evitado que no tengamos que mendigar. Pero has cavado la tumba de nuestro matrimonio. A partir de ahora, ni te me acerques. Seré tú esposa ante todos, pero en la intimidad, pasarás a ser un extraño.

—¿No hablarás en serio? —inquirió, estupefacto, Howard.

—Completamente.

—Tengo derechos sobre ti como marido.

—Sólo podrás tomarlos a la fuerza.

Él se acercó e intentó acariciarla. Ella se apartó.

—Prometiste darme un hijo.

—Y tú que sería una condesa respetada y rica. El trato se ha roto.

—Nuestro matrimonio no es un acuerdo comercial. Nos amamos.

Celestine soltó una carcajada cruel.

—¿En verdad pensaste que podía estar enamorada de alguien como tú? Te elegí porque pensé que eras el más apropiado a mis intereses y que con el tiempo podría llegar a amarte. Pero me engañaste desde un principio haciéndome creer que me darías una existencia feliz. Me has decepcionado y no sabes cuanto.

—No te mentí. Estaba enamorado y mi intención era hacerte muy dichosa —musitó su marido.

—¿En la miseria? ¡No me hagas reír!

—Aportaba un título, la mansión y tierras. Tú el dinero. Una dote que no existía. No tienes derecho a reprocharme nada.

—Te recrimino el haber cedido ante esos dos.

—En mí lugar habrías hecho lo mismo.

—No. Yo defendería lo mío con uñas y dientes. Habría hecho cualquier cosa. Cualquier cosa —siseó Celestine.

—De nada sirve especular. Ya es tarde —suspiró su marido.

Ella se mordió el labio inferior con gesto pensativo.

—No. No lo es.

—Los documentos están firmados desde ayer y el dinero en nuestra cuenta. No hay marcha atrás.

—Nadie está diciendo que renunciemos a ello.

—No comprendo.

Celestine resopló con gesto impaciente.

—Existen las herencias, querido.

—No comprendo.

—A veces, aún me sorprende lo limitado que eres. Creo que Olivia y tú sois los últimos parientes de la familia.

—Así es —confirmó Howard.

—Pues, si ella muere... Lo dicho.

—¡Qué desatino! Olivia es joven para morir y si tiene un hijo, no habrá posibilidad de recuperar nada.

—La muerte le sorprende a uno de mil maneras. Una enfermedad, un accidente, un asalto. Algo así puede ocurrir hoy mismo. ¿No opinas lo mismo, querido?

Él arrugó el ceño.

—Lo que opine ya da igual. Lo único que me importa es conseguir que dejes de estar enfadada conmigo.

—¿Qué estarías dispuesto a hacer?

—Lo que sea —aseguró él.

Ella sonrió de ese modo que lo enloquecía.

—¿Seguro?

—Si quieres la luna, te la traeré, mi amor.

—No la quiero. Quiero ser de nuevo condesa.

—Cielo eso no es posible.

—Lo es si Olivia muere.

Él parpadeó confundido, hasta que comprendió.

—¿No hablarás en serio?

—Sí quieres que sea la esposa perfecta, deberás matar a Olivia.

Howard comenzó a jadear con agonía.

—Compruebo que tu confesión de amor hacia mí es otra de tus mentiras.

—Te amo... De verdad que te... amo con locura.

—Demuéstralo. Ve esta noche a casa de Olivia y deshazte de ella.

—¡Por Dios, Celestine! Esa no es la solución.

—¡Cobarde! —le espetó ella.

—Soy sensato. ¿Pero no ves que si cometo un asesinato me cogerán y acabaré en la horca? ¿Es lo que quieres?

Ella posó su mano en el pecho de él.

—Claro que no, querido. Lo que deseo es que volvamos a ser felices como antes. Y el único modo es que la sombra de esa pérfida no planee siempre sobre nosotros. ¿No comprendes que se pasará la vida atormentándonos?

—No se... Es peligroso...

—Si lo planeamos bien, no.

—¿Y qué hacemos con Rayan? Cómo su marido heredará todo cuando ella muera —le recordó su esposo.

—También nos desharemos de él.

Howard se revolvió el cabello con gesto nervioso.

—Esto es de locos.

—Estamos defendiendo lo nuestro. Y si para ello debemos llegar a extremos radicales, lo haremos. ¿O no estás conmigo?

—Lo estoy. Lo estoy. Aunque, hay que planearlo con calma.

—No es necesario. Sé que Rayan está en el campo ultimando los últimos arreglos de la mansión.

—No, querida. Regresó hace unos días y hoy estará en el club para organizar la fiesta anual.

—Por lo que, Olivia estará sola en casa. Es el momento oportuno. Hoy mismo.

—¿Hoy? ¿Y qué hay del servicio? —preguntó él visiblemente asustado.

—Tú prima es tan moderna que no lo tiene interino. Ninguno duerme en la casa.

—¿Has pensado cómo debo matarla?

Celestine bufó.

—¿Tengo que hacerlo todo yo?

—Cielito, no te enfades. Sé que mi plan sería un desastre. El tuyo será infalible.

—Así es. Nadie sospechará de ti. Porque la habrá matado un ladrón. Vas a su casa. Cuando veas que nadie puede ubicar tu presencia, llamas y le dices que quieres hablar con ella. Si se niega, insiste. Dile que has de comunicarle algo muy importante. En el momento oportuno, la matas.

—¿De qué modo?

—La estrangulas, la acuchillas. ¡Yo qué se! La cuestión es que acabes con su vida. Después, te llevas las joyas o algo de valor, y te largas.

—No se... ¿Y si algo sale mal?

—¿Qué puede salir mal? Estaréis solos. Y te largarás cuando todo el mundo está recluido en sus casas. Como es natural, mi testimonio para tú coartada será imbatible. Juraré que estábamos en casa, en la cama. Ningún policía dudará de la palabra de una dama que confiesa estar practicando sexo con su marido. Howard, querido. Nuestra dicha nunca será completa sino nos deshacemos de ellos. ¿Lo entiendes, verdad?

Él asintió.

—¿Y Rayan?

Celestine sonrió con aire malvado.

—El pobre, estará tan desesperado por la pérdida de su amor que, no dudará en suicidarse.

—Cariño, eso será mucho más difícil de llevar a cabo. Ese tipo me dobla en estatura y peso — dudó su marido.

—No subestime mi inteligencia. Soy capaz de idear un proyecto en unos segundos. En el mismo funeral, cuando la recepción, echaré un relajante en el té de Rayan. Se retirará a sus aposentos alegando que no se encuentra bien y cuando caiga dormido, le pones la pistola en la sien y disparas. Te largas por la puerta que comunica con la otra habitación y en cuanto subamos todos, durante la confusión, te mezclas con nosotros. De nuevo, nadie podrá sospechar que seamos los ejecutores. Y recibiremos la herencia que siempre debió ser tuya. A no ser que te niegues.

—Lo haré. Pero antes, quiero un incentivo —dijo él mirándola con deseo.

Celestine contuvo la repugnancia y dejó que Howard la tumbase sobre el sofá.

Rayan apartó el plato con gesto malhumorado.

—Arregla las cosas con tu mujer o sintiéndolo mucho deberé rogarte que te mudes a un hotel. ¡No hay quien te aguante!

—¿Y cómo demonios lo hago? ¿Di? Olivia me ha ignorado estas tres semanas.

Alan sacó un cigarro de la pitillera y le ofreció uno a Rayan. Éste lo rechazó. Alan lo encendió y tras dar una calada, dijo:

—Es tozuda y cuesta mucho convencerla si cree que tiene la razón. Lo único que debes hacer es demostrarle que está equivocada.

—¡Ah! No lo conseguiré nunca. Se ha hecho una idea de mí equivocada.

—Lo cierto es que tiene razón. Recién casado y te has visto con otras mujeres. Eso no contribuye a mejorar tú imagen de conquistador. ¿No te parece?

—Tú lo has dicho, visto.

Alan alzó una ceja.

—¿No ha habido sexo? ¿En serio?

—En serio.

—Pues, no entiendo esa estrategia tan descabellada.

—Celos. Pero Olivia no ha expuesto ningún síntoma. He demostrado que no me ama.

—Te creía más inteligente. Las mujeres suelen fingir mucho.

—¿Te ha dicho algo que deba saber?

—La verdad, no.

Rayan sonrió a medias.

—Y si te lo hubiese dicho, tampoco me dirías nada.

—Mi consejo es que tengas paciencia.

—¿Sabes? Ella no me quiere. A pesar de ello, no le daré la satisfacción de librarse de mí. No se lo pondré tan fácil. Jamás le daré el divorcio. ¡Jamás! —explotó Rayan.

—Si la presionas, la perderás —le aconsejó Alan.

El semblante de Rayan se ensombreció.

—Creo que nunca ha sido mía. Presiento que hay algo en su pasado que le impide entregarse por completo al amor. ¿Qué ocurrió durante la guerra? Alan, ayúdame a entender, por favor.

—Conoces mi postura, amigo. Habla con tu esposa.

Rayan se levantó.

—Nunca confiará en mí.

—No te rindas.

—Voy al club. ¿Te vienes?

—No. Espero a Gerard.

—Eres afortunado. Tienes a alguien que te ama profundamente.

—Que debo esconder o terminaríamos en la cárcel —musitó Alan.

—Pues se cuidadoso y no permitas que os arrebaten lo que tenéis. Nos vemos mañana.

Rayan, con el ánimo alicaído, entró el club.

A esas horas de la noche apenas quedaban caballeros. El lugar ideal para tomar unas copas en silencio, sin que nadie observara su amargura. Porque, el inalcanzable Rayan, había sido herido de muerte. Moría por una mujer que ahora sabía que no lo amaba. Olivia solamente sentía lujuria

por él. Y eso ya no le bastaba. La quería por entero.

El mayordomo le trajo la copa de whisky. Saboreó lentamente el líquido dorado. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza en el respaldo. Se sentía cansado. Cansado de esperar que Olivia quisiese intentar que su matrimonio funcionase. Y a pesar de ello, se negaba a claudicar.

—Buenas noches, marqués.

Rayan abrió los ojos. Los miembros que debían acordar el mayor evento del club ya habían llegado.

—Por favor, caballeros. Tomen asiento. Ante todo, quiero agradecerles que hayan pensado en mí para participar. Es todo un honor. Pero deberán ponerme al tanto de todo.

El Vizconde de Mayderbon tomó la palabra.

—Como no, marqués. Pero sepa que el honor es...

Los gritos lo obligaron a callar.

—¿Qué ocurre? —inquirió lord Taylor.

Todos miraron hacia la puerta.

—No puede pasar, señorita. No puede. No se permite la entrada a las mujeres.

El mayordomo intentaba impedir el paso a una joven que parecía realmente asustada.

—Tengo que hablar con el Marqués de Langfort. Es de vital importancia.

—Le ruego que se marche —insistió el mayordomo.

Ella, lo empujó y corrió hacia Rayan, ante la mirada atónita de los miembros del club.

—Mí lord. Tiene que escucharme.

Uno de los camareros llegó hasta ellos y agarró a la joven del brazo.

—Le pido amablemente que abandone el club.

—¡El marqués debe escucharme o no llegaremos a tiempo! —exclamó ella.

Rayan dejó la copa sobre la mesa. Alzó la mano y pidió los demás que les dejase a solas.

—¿A qué no llegaremos a tiempo, señorita?

Ella, respirando agitada, dijo:

—Soy la sirvienta del Conde de Loughthy. Y esta noche he escuchado una conversación que me ha helado la sangre. He escuchado que... ¡Ay Señor! Han planeado matar a su esposa y después a usted.

Rayan se tensó.

—¿He oído bien?

—¡Juro por Dios que digo la verdad! El conde se dirige a su casa para matar a lady Olivia.

Rayan se levantó de inmediato.

—¿Y por qué no has ido a la policía? ¡Vamos! —dijo arrastrando junto a él a la muchacha. Al llegar junto al mayordomo dijo: Lucas. Ve rápidamente a comisaría y diles que envíen a unos hombres cuanto antes a mí casa. ¡Ya! Y tú, regresa a casa de Celestine. No hagas nada, no digas nada y sobre todo, que no noten que conoces sus intenciones. ¿De acuerdo?

Ella aseveró y abandonó el club a toda prisa, lo mismo que Rayan.

Olivia, a regañadientes, dejó pasar a su primo.

Él, que jamás había puesto el pie en esa casa, miró a su alrededor. Magnífica, pensó. Y también que muy pronto sería suya. Porque sus reticencias a cumplir el plan de su esposa se habían disipado en un instante. Quería tener todo lo que ella le había arrebatado.

—Un casa muy bonita. Supongo que esta también iba en el lote que me correspondía.

—¿Has venido a reprocharme que nuestro tío no quisiera dejarme en la indigencia?

—Olivia, querida. He venido a sellar la paz. ¿Me ofreces una taza de té?

—No tengo servicio.

—Lo prepararé yo mismo.

—Howard...

Él suspiró.

—Me has quitado todo lo que me importa y ahora me niegas una taza de té.

—Creí que Celestine era lo más valioso para ti.

—Yo también, hasta que descubrí que no tenía un céntimo. ¿Y ese té?

Olivia lo invitó a seguirla hasta la cocina. Su primo cogió la tetera, la llenó de agua y la puso al fuego. Abrió algunos cajones en busca de la tisana. Olivia le entregó un pote.

—¿Es el día libre del servicio?

—Nunca se quedan a dormir. Howard. Estoy muy cansada y tengo ganas de acostarme. ¿Puedes decirme qué quieres?

—Darte las gracias.

—Si has venido a divertirme, te ruego que te vayas.

La tetera silbó. Howard llenó la taza y sin mirarla, dijo:

—¿En serio que no te apetece, señora condesa?

—El subconsciente te traiciona. Soy marquesa —puntualizó Olivia.

Su primo, al comprender, arrugó la frente.

—¿En serio no estás al corriente de lo que ha hecho tú marido? Curioso. Muy curioso. Puede que quiera darte una sorpresa.

—¿De qué hablas? —inquirió Olivia.

—Rayan me ha comprado el título y el condado.

Ella se aferró al borde de la encimera.

—Mientes.

Howard la miró con ojos encendidos de rabia.

—No, querida. Y he de decir que ha sido muy generoso. Todos nuestros problemas se han solventado. Aunque, no podremos evitar la humillación. Celestine está deshecha. ¿Puedes imaginar lo que ocurrirá cuando lleguemos a la casa de nuestros amigos? Cuchicheos, murmullos, burlas. De eso sabes tú mucho, ¿no es así?

—Rayan no me contó sus intenciones —susurró Olivia.

—No intentes liarme, prima. Él jamás habría urdido esta encerrona sin tú asesoramiento. Eres tan culpable como Rayan. Sois repulsivos. Una disoluta y un mestizo. Pero no os llevaréis nada. ¡Absolutamente nada!

Olivia ahogó un grito al ver el cuchillo.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Tú qué crees? Deshacerme de ti y llevarme lo que es mío.

—Por favor, no. Howard. Cálmate. Deja ese cuchillo. Si te vas, juro que... que no diré nada.

Él estalló en una carcajada nerviosa.

—¿Piensas que soy idiota?

—No, claro que no.

—Despídetes de este mundo, querida prima.

Olivia gritó cuando Howard se abalanzó sobre ella. Logró empujarlo, pero él la agarró. Alzó la mano dispuesto a acuchillarla, cuando una mano se lo impidió.

—¡Suéltalo! —gritó Rayan.

Howard se revolvió.

—¡Maldito bastardo! —gritó, al tiempo que hundía el arma en el pecho de Rayan.

Los policías que entraron tras Rayan y sujetaron a su agresor para impedir que continuase apuñalándolo.

—¡Soltadme, cabrones! ¡He de matar a este cerdo! ¡No merece vivir!

Maniataron a Howard. Olivia se arrodilló junto a su marido. La herida sangraba y mucho.

—¡Llamen a un médico! —Sollozó.— Rayan. No te mueras. ¿Me oyes? No me dejes.

Dos agentes cargaron a Rayan y tras instalarlo en un automóvil, se dirigieron al hospital.

Durante varias horas Olivia aguardó a qué la operación a la que estaba sometido su esposo. No quería ni imaginar que él muriese. Ahora no. Ahora que estaba segura de que lo amaba y que él también la quería. Uno solamente pone en peligro su vida por alguien al que ama con todo su corazón.

—Cielo. ¿Estás bien?

Olivia se abrazó a Alan y dejó libre el llanto contenido hasta ahora.

—¿Quién te a avisado?

—Gerard iba camino hacia casa cuando se encontró la multitud en medio de la calle. Le contaron lo ocurrido o lo que pudo pasar. Cuando me lo dijo, vine inmediatamente. ¿Qué es exactamente lo que ha sucedido?

Ella le puso al corriente.

—¡Jesús! ¡Es horrible! No comprendo como sigues tan entera. Has estado a punto de morir asesinada a manos de un loco —se afligió Alan.

—Rayan no va a morir, ¿verdad?

—Claro que no. Es indestructible.

—Tú no has visto la herida.

—Saldrá de está. Ten fe.

En ese instante, el médico caminó a ellos. Y en ese momento, Olivia se dio cuenta que jamás había amado a nadie tanto como a Rayan. Sentía un miedo atroz a conocer la terrible noticia. Un terror que jamás experimentó con la pérdida de Henry. Miedo a no poder seguir viviendo si Rayan moría.

—¿Doctor? —musitó con el corazón latiéndole desbocado.

—Está grave, pero el peligro ha pasado.

Olivia soltó un largo suspiro.

—¿Podemos verlo? —preguntó Alan.

—Su esposa puede pasar.

Lo acompañó hasta la habitación.

—Sólo unos minutos. Pase.

Rayan estaba inconsciente y muy pálido.

Se sentó junto a él. Le acarició la frente. Ardía.

—Olivia —musitó Rayan.

—Estoy aquí, cariño.

—Olivia. Olivia no... me quiere. No... ¿Por qué no me ama? Fantasma... Hay un fantasma... Madre... He de preguntar... El fuego... Madre... duele.

Deliraba. Preocupada llamó al médico.

—Tiene mucha fiebre.

—Salga, por favor.

—Pero...

—Espere en la salita, por favor.

Olivia regresó junto a Alan.

—Está muy mal. Morirá —gimoteó.

—No morirá. No morirá —dijo su amigo intentando que su voz no mostrase el temor que él también sentía.

Pero durante los siguientes días el estado de Rayan fue crítico. Hasta que aquella tarde la fiebre desapareció y él recobró la consciencia.

—Olivia —dijo al ver a su mujer.

—Me has hecho sufrir mucho —sonrió ella.

—Ha merecido la pena estar a punto de morir.

Olivia lo besó en la mejilla.

—Gracias por salvarme la vida.

—Lo haría mil veces. ¿Y sabes la razón? Porque te amo. Ya sé que no me crees. Piensas que he disfrutado con otras mientras estábamos casados. No lo he hecho. Simplemente dije lo contrario para darte celos. Es la verdad. Te quiero con toda el alma. Y por ello, no tendrás que soportarme ni un minuto más. Te concederé el divorcio.

—Rayan no...

—Déjame terminar. ¿De acuerdo? Sé que nunca me querrás, porque tú corazón está ocupado por otro.

—No hay nadie más.

Él dibujó una media sonrisa.

—Ese cuchillo no ha conseguido matarme. La verdad tampoco me destruirá.

Olivia inspiró con fuerza.

—Tienes razón. Hubo alguien. Alguien muy importante en mi vida. Tanto que me casé con él.

El semblante de Rayan se tornó de piedra.

—Nos conocimos en Francia, en el primer año de guerra. Él era médico. Durante meses estuvimos trabajando codo con codo, viendo las atrocidades más espantosas. Supongo que las circunstancias excepcionales trastocaron nuestras vidas. Necesitábamos ser queridos, sentir que el amor era lo más importante. Y que la guerra no nos ganaría la batalla. Que no lograría separarnos y decidimos casarnos; y con el tiempo, fundar una familia numerosa. Fuimos dichosos, todo lo que se puede ser en medio de esa locura, durante unos meses; hasta aquella noche infernal. Hubo un bombardeo en un pueblo. Murieron cientos de personas y otros cientos resultaron heridos. Nos preparamos para partir en su ayuda. Con las prisas olvidé los medicamentos esenciales. Bajé y regresé al hospital. Entonces, una bomba cayó sobre el camión. Comenzó a arder. Intenté ayudarlo, pero no me lo permitieron y ante mis ojos, Henry murió calcinado. Fue... horrible.

—Esa era tú pesadilla —murmuró Rayan.

Los ojos de Olivia se humedecieron.

—Él murió y yo, por un olvido, seguía viva. No podía comprenderlo. Me sentía culpable. Y cuando pude razonar, la culpa fue suplida por el dolor. E intenté mitigarlo con fiestas, diversión y hombres.

—Comprendo.

—No, Rayan. Lo cierto es que, solamente he tenido tres amantes. Tim, al que ya conociste y dos hombres que no han dejado la menor huella.

—Deduzco que yo estoy entre ellos.

Olivia tomó la mano de Rayan entre las suyas.

—¿Cómo puedes pensar que me has sido indiferente?

Él la miró con infinita tristeza.

—Creo que he revolucionado tú mundo. Pero no hasta el punto de conquistar tú corazón. Ahora veo que eres incapaz de volver a enamorarte con la misma intensidad que lo hiciste de tu marido.

—Nunca lo amé, Rayan.

—¿Cómo dices?

—Pensé que lo que sentía por Henry era amor. Pero no fue más que una necesidad. Hasta ahora no he conocido lo que es el verdadero amor —dijo ella acariciándole la mejilla.

—¿Estás diciendo que me amas? —inquirió él, sintiendo como el corazón se le aceleraba peligrosamente.

—Sí, Rayan. Te amo tanto que cuando te vi cubierto de sangre y pensé que estabas muerto, yo también quise morir. Ya no puedo concebir la vida sin ti. Ya no.

Él la agarró de la nuca y la besó con ansia.

—Cariño. Juro que no te arrepentirás de quererme.

—Si vuelves a conspirar a mis espaldas, me enojaré muchísimo.

—Prometí que te devolvería lo tuyo y lo he hecho. Claro que, sin heredero... Cielo, en cuanto me recupere, nos pondremos a ello de inmediato. Y cuando tengamos el primero, iremos a por el segundo y después a por el tercero y....

Ella le tapó la boca con la mano.

—Lo que debes hacer es curarte por completo. Porque el primero ya está en camino.

Rayan, impactado, no supo reaccionar.

—¿Has entendido lo que he dicho?

—¿Estás embarazada? ¡Por Alá! —gritó él. Se incorporó para abrazarla y el dolor le hizo gemir.

—No te muevas o la herida se abrirá —le pidió Olivia.

—La herida de mí corazón está cerrada. Y gracias a ti nunca más volverá a sangrar. Te amo, Olivia Coleman.

Olivia se dejó caer en el sofá.

—Cuidado, querida. Puedes rodar –se burló Alan.

—Ya me gustaría verte con esta barriga.

—¡Dios no lo quiera o seré la expectación mundial!

—Es que, cielo, llevas cinco años embarazada. Ya no recuerdo como era tú silueta –dijo Francis.

—Ni yo –afirmó Rayan.

—¡Pues tú eres el culpable! –exclamó su esposa con falso enojo.

—Lo confieso. Y seguirás gorda hasta que no me des una niña.

—Espero que al tercer intento se cumplan vuestros deseos o montaréis un equipo de baloncesto –comentó Gerard.

—No es mala idea –murmuró Rayan.

—¡Ni lo sueñes! Esta vez será niña y con su llegada se terminaron los embarazos –protestó Olivia.

—En ese caso, comenzaremos con los de Francis –dijo Alan.

—¿Por qué todos los hombres creen que las mujeres deseamos ser madres? –se enojó ella.

—No la atosiguéis, chicos. Primero debe encontrar al hombre ideal. Y eso, aunque os parezca mentira, es muy complicado y difícil –la defendió Olivia.

—Yo conozco a unos cuantos que podrían enamorarla. Caballeros educados y apuestos –comentó Gerard.

—¿Queréis hacer el favor de no intentar organizarme la vida? –refunfuñó Francis.

—El destino será el que reparta los papeles –sentenció Rayan.

Gerard aseveró.

—Estoy seguro que para nuestra amiga habrá un guión excepcional. Y dime, Olivia, ¿cuándo es el gran día?

—Deseo que llegue pronto o no podré conocer al bebé antes de irme –dijo Alan.

—Lo lamento, pero faltan algunas semanas.

—¿Seguro? Te veo mucha barriga, cielo –comentó Francis.

—Es que mi esposa es una tragona.

—Y tú un bocazas, querido. No olvides que el segundo parto fueron gemelos –refunfuñó Olivia.

—Solamente digo la verdad, señora marquesa.

—Condesa. Sino te importa.

—No hay como coleccionar títulos –dijo Alan.

—Lo suyo les costó –dijo Gerard.

El silencio cayó como una losa.

—Para ser diplomático en ocasiones eres muy bruto –lo amonestó Alan.

—No pasa nada. Es la verdad. Fue una época dura, pero tuvo un final feliz –dijo Rayan.

Francis asintió.

—No siempre los criminales tienen su merecido. Ellos lo tuvieron. Howard en la cárcel hasta el fin de sus días y ella viviendo en el Soho.

—En el fondo, Celestine me da lástima.

—¿En serio? –inquirió Rayan.

Alan besó la mano de su amiga.

—Olivia es un alma caritativa.

—Qué está agotada. Si me disculpáis, voy a acostarme.

—Subo enseguida, cielo.

Olivia entró en casa. El dolor inaguantable la traspasó y rompió aguas.

—¡Rayan! –gritó.

Su marido y los demás acudieron raudos.

—¡Cielos! Se ha puesto de parto –dijo Francis.

—Pero... Quedan tres semanas –farfulló Rayan.

—Chicos. Llamad a la comadrona y al médico. ¡Venga! Vamos, cielo.

Francis la ayudó a subir a la habitación. Los demás se quedaron abajo, sin poder evitar escuchar los gritos de la parturienta.

—Todo irá bien. Las mujeres saben de estas cosas. Están preparadas. Y la tuya tiene experiencia –dijo Alan tratando de calmar a su amigo.

—El parto siempre es peligroso –comentó Gerard.

—¡Eso es! ¡Dando ánimos! –le reprochó Alan.

La comadrona y el doctor entraron.

—¿En la habitación de siempre, mi lord?

—Sí, doctor Horner.

Alan sirvió tres copas de brandy y las repartió.

—¿Duran mucho estas cosas? –quiso saber Gerard.

Rayan se tragó el licor de golpe.

—Depende del parto. La primera vez estuvo todo un día. Las otras apenas unas horas. Espero que sea rápido.

El llanto de un bebé resonó con fuerza.

—¡Y tan rápido! ¡Caray! –exclamó Alan.

Rayan echó a correr. Subió la escalera de dos en dos y entró en la habitación.

Olivia tenía al recién nacido entre los brazos.

—Es una niña. Y es perfecta –le comunicó con una sonrisa cargada de felicidad.

Rayan se sentó junto a ella y miró a su hija.

—Es preciosa. Tan bonita como su madre –murmuró acariciando la mano de su pequeña.

—Hemos conseguido nuestro sueño.

Olivia le revolvió el cabello.

—Tú has logrado que mi vida sea maravillosa. Te amo, mi príncipe del desierto.

Él la besó dulcemente en los labios.

—Y yo doy gracias a Dios por haber puesto en mi camino a esa muchacha loca y descarada que me propuso matrimonio. Te adoro, señorita Olivia Coleman.

—Señora condesa, sino le importa, mi lord.

—¿Vamos a discutir ahora por el título qué debes ostentar?

—Por supuesto. Nuestro matrimonio sería muy aburrido sin nuestras pelus y reconciliaciones posteriores. ¿No te parece?

—Estoy completamente de acuerdo con usted, señora marquesa.